



DOLA DE JONG
EL ÁRBOL
Y LA ENREDADERA

Siruela


EL ÁRBOL Y LA ENREDADERA

DOLA DE JONG

Dola de Jong

El árbol y la enredadera

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: abril de 2019

La editorial agradece el apoyo
de la Dutch Foundation for Literature.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Título original: *De thuiswacht*

En cubierta: ilustración de Fry Art Gallery, Saffron Walden,
Essex, UK / Bridgeman Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 1954, 2017 Ian J. Joseph and Uitgeverij Cossee BV

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede
ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por
la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta
obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-33-2

Conversión a formato digital: María Belloso.

1

Conocí a Érica en 1938 en casa de Wies, una conocida común con la que yo mantenía una relación superficial y a la que no dedicaba mucho tiempo. Las seis semanas durante las que Wies y yo compartimos habitación de hospital no me alentaron a entablar una relación de amistad más estrecha, sencillamente porque durante aquel mes y medio me harté un poco de ella. Wies era una de esas mujeres que, en cuanto se le brinda la ocasión de estar a solas con una persona del mismo sexo, arroja sobre esta una red de compañerismo femenino. Y mi única escapatoria, la huida precipitada, no era posible en aquellas circunstancias. Además, Wies poseía la insensibilidad de su especie, porque ni mi falta de entusiasmo ni el fingirme dormida la disuadían de seguir soltando confidencias. Después de recibir el alta, dos semanas antes que yo, venía a visitarme a menudo y me traía flores y dulces.

Después de aquello no me pareció correcto ignorarla del todo, así que de vez en cuando aceptaba algunas de sus reiteradas invitaciones a pasarme por su casa. En aquella época me horrorizaba ofender a la gente, cosa que no puedo reprocharme y además es justo recordar que gracias a una de aquellas visitas conocí a Érica. Una calurosa tarde de verano me monté en mi bicicleta para ir a casa de Wies. Reconozco que estaba deseando no encontrarla en casa. Le echaría una notita en el buzón, deber cumplido y listo. Sin embargo, llamé al timbre, la puerta se abrió y volví a verme atrapada en su red.

Érica estaba recostada en el sofá frente a las puertas abiertas del balcón. Pareció dudar un segundo si ponerse en pie o permanecer tumbada para presentarse. Mi mano extendida la obligó a decidirse y con un ágil movimiento de piernas se levantó del sofá. Me cayó bien en el acto y gracias a ello me olvidé de que me había acercado a casa de Wies solo por compromiso. Hoy, después de tantos años, aún sigo viendo a Érica en el instante en el que se

levantó del sofá y me tendió la mano. En su rostro joven y redondo había una expresión que la envejecía, inclinándole hacia abajo las comisuras de los labios, y sus penetrantes ojos castaños destilaban melancolía. Llevaba sandalias, calcetines de un azul chillón, una falda plisada y una blusa *sport* roja de cuello abierto. Llevaba el cabello rubio cortito, con un fleco en la nuca, como un muchacho urgentemente necesitado de un corte de pelo. En realidad, vestía como las militantes de las Juventudes Socialistas, un espécimen de chicas con las que yo nunca me había sentido del todo cómoda. En mi oficina había unas cuantas así y yo las evitaba. Pero Érica parecía diferente. Aquella primera tarde me dio la impresión de que le costaba aceptar que era una mujer adulta y que por esa razón se vestía de aquella manera. Más adelante pensé que su forma de vestir quizá fuera la solución más simple a un periodo de apuro económico. Ahora ya sé que no.

Aquella tarde en casa de Wies, Érica entró en mi vida. Nos habíamos conocido por casualidad. A menudo me pregunto qué habría sido de mi vida sin Érica. Durante mucho tiempo pensé que mi papel en nuestra relación se había limitado al de espectadora, pero ahora sé que no fue así, que cambié el rumbo de mi vida por Érica. Quién sabe si eso fue lo mejor que me pudo suceder o si hubiera sido más feliz sin ella. Yo desde luego no lo sé.

Creo que fuimos a vivir juntas solo un mes después de conocernos. Yo ya tenía previsto cambiarme de casa. Estaba harta de las patronas y de la rutina de la residencia femenina de estudiantes donde me había instalado tras la muerte de mi padre y de donde por comodidad no me había movido. Érica, por su parte, buscaba casa después de una última y definitiva discusión con su madre.

El contrato de arrendamiento del piso del Prinsengracht lo firmé yo. Érica trabajaba como periodista en el *Nieuwspost* y ganaba un salario de principiante. El puesto que ocupaba, solo un escaloncito por encima de los voluntarios, era el anzuelo con el que se enganchaba a los jóvenes en aquellos años para después poder explotarlos. Ella ya había trabajado de voluntaria durante dos años en un periódico de provincias, periodo durante el cual había dependido económicamente de su madre. Por aquel entonces estaba devolviéndole el dinero a «Madre», lo cual era un círculo vicioso, una fatalidad que afectaba a mucha gente joven en aquella época de desempleo.

Durante nuestro primer año juntas yo me reía del modo en que Érica

hablaba de su madre. Sucediera lo que sucediera, ella solo se quedaba con la parte humorística de la anécdota. Yo aún no comprendía lo que se ocultaba detrás de las bromas de Érica y me divertía su talento descriptivo cuando hablaba de «Madre».

—Madre me ha telefonado —exclamó un día al regresar de la oficina mientras subía las escaleras de casa—. El general se va de vacaciones y no quiere que Madre le acompañe.

Y, una vez arriba, me hizo un relato minucioso de las quejas de su madre sobre el hombre de cuya casa se ocupaba, un jubilado al que calificaba de perdonavidas.

Nuestro primer año de convivencia en el apartamento del Prinsengracht estuvo lleno de sorpresas. Yo aceptaba el comportamiento a menudo extraño de Érica sin apenas intervenir o hacerle comentarios, lo que hoy me resulta difícil de entender. Me percataba de sus problemas y conflictos, eso sí, pero en aquella época estos se proyectaban como siluetas sobre una pantalla blanca. Fue más tarde cuando las imágenes adquirieron forma y color gracias a la perspectiva de fondo que fui ganando. Aquel primer año me ahorré el suplicio de saber y comprender lo que estaba sucediéndole, por la sencilla razón de que me propuse ir a mi aire. Habíamos decidido que cada una hiciera su propia vida. Nos habíamos impuesto esta condición por el deseo pueril de conservar una determinada —imaginaria— libertad, una concesión mutua que en el fondo no deseábamos ni necesitábamos, pero que entonces considerábamos un concepto que debíamos respetar. En realidad, se trataba de una reacción agresiva contra nuestra infancia —que supongo que Érica sufrió más que yo—, durante la cual se nos habían brindado escasas oportunidades para dar salida a nuestras ansias de libertad. Nos ateníamos a nuestro pacto de forma forzada —así lo veo ahora—. Aquel deseo de independencia me impidió ofrecer y aceptar una amistad más profunda. El afán de no inmiscuirnos la una en la vida de la otra convirtió el primer año de nuestra convivencia en un *tour de forcé*, un largo ejercicio de autodisciplina para mí. Debido al carácter inestable de Érica, no existía ningún tipo de regularidad en nuestros quehaceres domésticos. A pesar de todo, se impuso una cierta rutina, que respetábamos sin poner objeciones. Hablábamos poco de esas cosas; nuestra convivencia transcurría con naturalidad.

Convencí al propietario de la casa de la necesidad de derribar un tabique,

con lo que la habitación de Érica ganó el espacio de la estancia intermedia. Mi cama se apoyaba contra las puertas correderas y, aunque estas permanecían siempre cerradas, por las noches antes de dormir nos era posible charlar un rato, ella desde su cama de la pequeña alcoba y yo detrás de las puertas correderas.

Las puertas que separaban nuestras habitaciones las había cerrado yo incluso antes de firmar el contrato de arrendamiento. Habíamos ido a visitar por tercera vez el apartamento para asegurarnos de que habíamos tomado la decisión acertada. Cuando pensaba en las obligaciones que implicaba alquilar una casa, me inquietaba un poco, sobre todo por las noches. Pero yo no decía nada. Aquel domingo por la tarde, estando yo en la habitación de atrás y Érica en el cuarto de en medio, le pregunté:

—¿Estás segura de que quieres la estancia intermedia, Érica?

Ella asintió con la cabeza, plenamente convencida.

—Sí, prefiero el ruido de los coches y los sonidos de la calle a eso de ahí —respondió y señaló con el dedo las puertas abiertas del balcón por las que se veía la parte trasera de las casas de la calle que discurría paralela al canal. Y añadió—: Estoy hasta las narices de las broncas y discusiones de pareja.

No entendí bien a qué se refería. La casa del general, con quien vivían Érica y su madre, estaba en la elegante avenida Minervalaan. Pero no indagué más.

—Pues entonces pediremos que nos tiren ese tabique y así ganarás el espacio de la pequeña alcoba. Si no, tu parte es demasiado pequeña; mi cuarto es mayor. En ese anejo podrías colocar tu cama y tal vez una mesita...

—«Que nos tiren ese tabique» —me imitó ella—. Ya, ¿tú te crees que el propietario es tonto?

—Ya me ocupo yo del asunto —contesté y me sentí de repente muy segura—. Si no, corremos nosotras con el gasto.

Érica me lanzó una mirada escrutadora.

—Tú sabes que no tengo dinero, ¿verdad? Pero, bueno, si estás tan segura de que el propietario...

—¿Estamos de acuerdo? —insistí—. ¿Firmamos?

Asintió moviendo la cabeza despacio, sin entusiasmo y sin apartar su mirada de mí. Primero cerré las puertas del balcón, como buscando una breve prórroga, y, a continuación, mirando a Érica con complicidad, cerré las

puertas correderas que separaban las dos estancias. El gesto pretendía sellar el pacto de preservar nuestra libertad. En aquel momento no fui capaz de expresar aquella idea con palabras.

Nuestra decisión, que celebramos después tomando un café en un bar, no había sido más que un epílogo. Érica habló poco, nos tomamos el café y cada cual se fue por su lado. Al día siguiente me llamó desde el periódico:

—¿Cuándo vas a firmar el contrato?

—A mediodía.

—¡Acuérdate del tabique, eh!

Durante las semanas siguientes Érica se mostró muy animada. Con un optimismo tenaz, ignoraba los pequeños contratiempos que conlleva instalarse en una nueva vivienda. Dejaba en mis manos la resolución de los problemas. Al parecer, el que yo hubiese conseguido el permiso del propietario para tirar el tabique la había convencido de mi habilidad para ese tipo de gestiones. No le conté que había tenido que firmar un contrato de dos años para lograr la colaboración del propietario.

«Ocúpate tú de ello», me decía cuando le mencionaba cuestiones como el empapelado de la pared y el suministro de agua caliente.

Alentada por la confianza que Érica había depositado en mí, encontré el valor para emprender algunas empresas que no habría osado acometer en otras circunstancias. Incluso llegué a endeudarme. Ella estaba volcada en la tarea de amueblar su habitación. Era muy habilidosa en el manejo de las herramientas. Jamás había visto a una mujer con tanta maña para la carpintería. Sus dedos, cortos y fuertes, manipulaban la madera y el martillo con tal seguridad que al cabo de dos semanas ya pudo instalarse en su habitación amueblada con lo básico. Como no tenía dinero para comprar enseres, arrastraba hacia el Prinsengracht toda clase de objetos desechados que encontraba por la calle y que por la noche transformaba en prácticos muebles. Durante aquellas semanas sentí la necesidad de acercarme cada tarde un rato al apartamento del Prinsengracht, como un gato que instintivamente se familiariza con su nuevo hogar, y, cuando a media noche me volvía a la residencia, veía que la luz de su habitación continuaba encendida. Dejaba a Érica en el piso inclinada sobre su trabajo de aquella noche, una rodilla sobre la madera, el serrucho sujeto en su fuerte mano, un mechón del cabello lacio caído sobre los ojos, la blusa oscurecida por el sudor. Mientras me alejaba a lo largo del canal seguía

oyendo los martillazos o el chirrido del serrucho. Cuando al día siguiente por la tarde le pregunté si había trabajado mucho rato la noche anterior, me contestó restándole importancia:

—Hasta las cuatro de la madrugada, creo. Empezaba a clarear el día. Por la noche el canal está muy tranquilo. Al menos eso ya lo sé.

En otra ocasión me dijo:

—Decidí quedarme a dormir aquí. No me merecía ya la pena volver a casa. —Y señaló una silla que acababa de tapizar—. Es cómoda y muy suave.

Al parecer Érica estaba acostumbrada a trasnochar. Me pregunté varias veces si en el futuro ella me impediría dormir lo suficiente, porque yo era de las que necesitan ocho horas de sueño ininterrumpido.

Érica se ocupó del traslado de mi cama y de mis enseres, algo que no me esperaba. Se había opuesto a mi intención de contratar una empresa de mudanzas con el comentario de «eso es tirar el dinero».

—¿Entonces qué? —le había preguntado yo con timidez, cohibida por el tono de su voz, que hacía parecer mi propuesta un acto de despilfarro.

—Pues ya veremos.

Me dejó en la incertidumbre hasta el último día, y cuando, un poco cortada, le recordé su responsabilidad, me contestó:

—El mozo de almacén de Padre pasará por tu casa con la carreta mañana por la tarde a las cinco y media. Procura estar lista.

Era la primera vez que mencionaba a «Padre». Hasta aquel momento yo había supuesto que su padre ya no vivía, y que «Madre», siendo viuda, estaba obligada a ganarse el sustento. Del silencio de Érica yo había inferido una conclusión totalmente equivocada. Tampoco entonces dio más explicaciones, y yo no tuve el valor de preguntarle.

Recuerdo bien nuestra primera noche en el nuevo apartamento. El mozo de almacén tuvo que hacer dos veces el recorrido de mi residencia al apartamento. La primera vez la carreta iba medio llena con los enseres de Érica que había recogido en la casa del general. Cuando al fin el hombre se marchó, después de que Érica le dijera «dale recuerdos a Padre» y yo le ofreciera cinco florines, nos enfrentamos al caos. Estuvimos ordenando nuestras cosas hasta las once de la noche. Perdimos bastante tiempo recorriendo el pasillo de un extremo a otro, porque las puertas correderas seguían cerradas. Cuando regresamos de tomar un café y huevos fritos en una

pequeña cafetería del barrio y después de echarles un vistazo a los resultados del trabajo de Érica, comprendí al fin aquello que me había inquietado vagamente durante la mudanza. Sabía que algo se me había escapado, y con el ajetreo y la confusión no me había parado a pensar qué. Sus bultos sobre la carreta —algunas cajas, una maletita, una silla y una máquina de escribir— me habían dado un poco de pena, sí, pero me había tranquilizado la idea de que en su nuevo hogar le esperaban sus muebles. Su habitación me había parecido un poco vacía, lo que atribuí a la mudanza, a que faltaba vaciar las cajas y organizar las cosas. Pero en aquel momento, al acercarme a su puerta para darle las buenas noches y ver que estaba desatando una cuerda enrollada alrededor de un rollo de mantas, de repente mi di cuenta de cuál era el problema.

—¡Érica, tu cama! ¿Dónde tienes la cama? ¡Te has olvidado la cama!

Érica se irguió mirándome con una sonrisa tímida que le torció la boca.

—Yo duermo en el suelo —contestó.

A pesar de la sonrisa, su voz sonó seria y categórica. Pero me obligué a insistir.

—Pero lo que no puedes es... Qué locura...

—Yo duermo en cualquier sitio —me interrumpió—. Un día de estos me compraré una cama, de segunda mano. No te preocupes.

Seguramente Érica añadió esto último al inferir de la expresión de mi cara que yo me reprochaba a mí misma no haberme percatado antes de lo que sucedía. Me invadió un sentimiento de indignación que no logré ubicar.

—¿Por qué no me dijiste nada? Podría haberte prestado el dinero, ¿no?

Érica se sentó encima del rollo de mantas y se rodeó las rodillas con los brazos. Esta vez se echó a reír a carcajadas.

—¿Tú no has dormido nunca en el suelo? Imagínate que hubieras tenido que huir a causa de un incendio o una inundación...

—Anda, Érica, déjalo ya...

No supe qué decir. Por mucha voluntad que le echara, yo no lograba tomarme aquello a la ligera, no era capaz de reírme con ella. Pero Érica ya se había callado. Giró la cabeza y miró unos minutos por la ventana. De pronto se hizo un silencio tan profundo que oí el tictac del reloj de mi habitación.

—Madre no quiso entregarme la cama —dijo mientras seguía mirando las

oscuras siluetas de los árboles que se alzaban en el canal iluminado por la luna.

—Seguro que la cama era propiedad del general —bromeé para ayudarla.

Aún lo recuerdo muy bien.

A propósito, siempre he guardado un mal recuerdo de aquel episodio.

Érica se encogió de hombros.

—Bueno... que descanses... —dije.

—Que ronques a gusto.

—Nuestra primera noche —le contesté.

¿Qué más podía decirle?

—Sí.

Aquella noche pasé muchas horas despierta. Aunque la casa del canal era silenciosa, era incapaz de conciliar el sueño.

Érica se pasó al menos seis semanas durmiendo en el suelo envuelta en su manta como un capullo. Para su cumpleaños, en octubre, le regalé una cama. Durante todo aquel tiempo yo no había vuelto a mencionar el asunto. La actitud de Érica lo impedía. En innumerables ocasiones tuve en la punta de la lengua las palabras introductorias de aquella conversación, pero nunca logré pronunciarlas. Antes de dormirme, mientras trabajaba o mientras regresaba a casa, mi silencio se me antojaba ridículo. En cambio, en cuanto me encontraba frente a ella, me era imposible preguntarle sin más: «La cama, ¿vamos mañana a por ella?». Me había detenido varias veces delante del escaparate de una tienda de muebles; incluso llegué a entrar una vez para informarme de los precios y dejé plantado al vendedor con una excusa. Cuando trajeron la cama a casa un día a primera hora de la mañana —lo que me había costado algunas gestiones secretas y unos absurdos quebraderos de cabeza—, Érica se limitó a farfullar:

—Gracias.

Pero de pronto se dejó caer sobre la cama y, rebotando sobre el colchón, exclamó:

—¡Es perfecto! No demasiado blando.

El día de su cumpleaños conocí a «Madre». Érica anunció su visita sin ningún comentario y sin hacer bromas. Cuando sonó el timbre y abrió la puerta, el hueco de la escalera se transformó de repente en un tubo lleno de

sonidos, exclamaciones alternadas con risas, un jadeo exagerado y profundos suspiros, sí, como una columna de ruido que ascendiera lentamente. A continuación, ya arriba, se produjo una repetición más moderada de lo mismo.

—Uf, hija, menuda subida, vaya altura. Hola, nena. —Un beso sonoro—. ¡Felicidades, eh! Bueno, aquí vives estupendamente. Te regalaré una alfombra de escalera. ¿Dónde está tu amiga? ¡Por fin! Bueno, te deseo mucha suerte, nena. Toma, ¡esto es para ti!

Yo esperé en vano oír la voz de Érica mientras preparaba el té en la cocina. Sin decir ni una palabra, Érica condujo a su madre a su habitación y cerró la puerta. Yo me detuve en el pasillo, vacilante, con la bandeja con el té en las manos.

Más tarde, frente a la madre de Érica, una mujer fuerte con la boca de Érica y el cabello teñido de un negro betún, fui yo la que mantuve la conversación viva, lo que por cierto no me costó gran esfuerzo. Madre —así empecé a llamarla yo también aquella misma tarde, en lugar de «señora»— me pareció una mujer fascinante y divertida con muchas historias que contar, que respondía encantada a las preguntas sencillas y a mis muestras de interés. Érica estaba muy callada, como siempre.

Como Érica había cerrado la puerta de su habitación, lo que yo había ignorado tras un momento de vacilación, pensé que quizá se avergonzaba un poco de su madre. Pero me equivoqué una vez más. Érica había reaccionado incluso con una sonrisa ante el humor basto y ruidoso de Madre. Su mirada se había cruzado varias veces con la mía sin que yo percibiera ningún tipo de vergüenza ajena. Ni siquiera los comentarios desagradables y sarcásticos que su madre había soltado en referencia a «tu padre» parecían haberle hecho mella alguna. Érica estaba sentada en el suelo en su postura favorita fumando tranquila, con los brazos alrededor de las piernas. Debo reconocer que ni yo misma pude evitar sentir un poco de vergüenza ajena en algún momento. Cada vez que oía una carcajada excesivamente sonora, una anécdota demasiado inverosímil o una confesión demasiado sincera, buscaba de forma involuntaria la mirada de Érica para comprobar si ella compartía mi sensación —que tan dolorosa sería para ella—, sin embargo ella permanecía inmóvil, con el rostro impertérrito. Nada le afecta, pensé sorprendida. Mantiene una actitud serena, se muestra divertida y ni siquiera parece aburrida ante todas esas historias y bromas que seguro habría oído cientos de veces. Después de que Madre se

marchara para ir a cenar al centro con el coronel —el «general», como le llamaba Érica—, me dirigí hacia la cocina para preparar una cena festiva. Pero Érica me detuvo. Tenía cinco florines en la mano.

—Regalito de madre. Venga, vamos a disfrutarlo.

Aquella noche cenamos en Kempinsky, aunque Érica apenas comió. Al final fui yo la que tuvo que sacar la cartera para pagar la cuenta. Después de dos botellas de vino, ella había continuado pidiendo copas de ginebra Bols sin parar. Apenas pude llevarla a rastras a casa y tuve que ayudarla a desvestirse. Apoyada sobre mí, adormilada, me llamó varias veces «bruja linda» besándome el cuello. Sin embargo, de camino a casa, había sido capaz de mantener una conversación totalmente racional, un monólogo en realidad, en el que me trazó un divertido panorama de lo que hacía en su trabajo en el periódico y me describió a sus colegas con mucha gracia.

Aquella noche pensé en los cinco florines. «Toma, ¡esto es para ti!». Ese era el regalo que los dedos toscos de su madre habían sacado del polvoriento bolso en la calle y que había sostenido en la mano durante el ruidoso ascenso al piso de arriba para entregarlo en el último escalón. No sabía yo quién me daba más pena, si la madre o la hija. Inevitablemente me vinieron a la mente ciertas imágenes de mis cumpleaños en casa: las margaritas amarillas que adornaban mi silla y rodeaban el tenedor y el cuchillo en la mesa del desayuno; los regalitos empaquetados con primor colocados en torno al plato; la tarta con velas, más adelante una vela por cada cinco años; la silenciosa complacencia de mi padre.

A la hora del desayuno Érica hizo una broma acerca de la cama.

—Ahora que tengo cama, no puedo dormir.

—¿Y la ginebra Bols qué? —le pregunté.

—Sí, ¿será posible? Menuda curda pillé, ¿eh?

—Un poco.

Érica meneó la cabeza.

—¿Ves? Pues habrá sido la cama. Y ¿sabes qué he pensado? —Me miró con una desesperación cómica tras la que adiviné intención de enmienda—. Pues que ahora tendrás que comprarme sábanas y fundas de almohada.

—Un buen regalo para San Nicolás —respondí, con timidez por mi posición de benefactora.

—Oye, no, que no hace falta que me regales tú la ropa de cama. Padre me

dio diez florines. Pero cómprala tú, porque yo no entiendo de esas cosas.

Más tarde, antes de salir para ir al periódico, me entregó el dinero:

—Qué pena —dijo, como arrepentida.

Al llegar al final de la escalera se dio la vuelta y exclamó mirando hacia arriba:

—¡Bea..., tendría que haberme comprado un vestido con ese dinero!

Aquello le pareció gracioso. Salió a la calle riendo.

Al principio de nuestra convivencia se producían a veces situaciones que me resultaban extrañas. Aunque de tanto en tanto Érica se soltaba a hablar. Sin venir a cuento, de repente empezaba a contarme cosas de su juventud, y eso me ayudaba a tranquilizarme y a comprender algunas cosas que me preocupaban.

Sus historias eran siempre angustiosas, trágicas, aunque ella no las veía así, creía yo entonces. Y la mayoría de las veces yo me reía escuchándola. En tales ocasiones me acostaba tarde y no dormía lo suficiente, tal como me había temido que fuera a suceder. Del relato de sus experiencias nacieron determinados adverbios y expresiones que empleábamos en los momentos oportunos y que reforzaron nuestro sentimiento de intimidad y camaradería. Imitábamos entonces a Padre cuando le espetaba a Madre «aún bailarás sobre mi tumba», o bien decíamos «vamos a ver a la Abuela», que era la señal que empleaba Madre cuando por la ventana de la buhardilla veía a Padre desaparecer en un bar al otro lado de la calle. Llegó el momento en que Érica dejó de verle la gracia a esas historias, pero eso no fue hasta mucho más adelante.

2

Wies recibió con alborozo la noticia de que íbamos a compartir piso. Se atribuía a sí misma el papel de *deus ex machina* y así lo proclamó a los cuatro vientos. En su imaginación, Érica y yo éramos unas solitarias almas en pena que, después de apelar a su infalible inteligencia intuitiva, habíamos encontrado amparo la una en la otra y un cobijo seguro. No se le ocurrió pensar que la mano de la providencia había desempeñado un papel mayor que ella en nuestro encuentro —mi visita a Wies aquella tarde de verano no había sido anunciada—, y yo no quería quitarle la satisfacción. Naturalmente, aunque con cierto reparo, le hice saber a Érica lo que sentía por Wies o, mejor dicho, lo que no sentía por ella.

—Y sin embargo me siento en la obligación de ir a verla de vez en cuando —dije para concluir mi confesión.

—¿Y por qué?

—Porque ella lo hace todo con buena intención y fue muy atenta conmigo cuando estuve enferma.

—Bueno, ¿y qué? Además, seguro que lo hizo porque le apetecía a ella. Las personas como Wies son atentas y amables para su propia satisfacción.

Con esas palabras Érica puso el dedo en la llaga, porque no solo acertó a retratar a Wies, sino que además reveló la naturaleza de mis visitas a Wies por las que en el fondo me sentía un poco culpable.

Ignoraba por qué Érica sí que iba a verla a su casa de vez en cuando y no se lo pregunté. Lo único que me comentó es que Wies había trabajado en el archivo del periódico. Pero yo estaba convencida de que debía de existir alguna razón por la que sentía simpatía por ella. Érica no se relacionaba con la gente por complacerla ni por necesidad de ganarse su afecto. No le importaba

hacer enemigos. Yo desconocía qué personas le gustaban, al menos aquel primer año. En aquella época yo no veía a mucha gente y recibía pocas visitas en casa. Evitaba a ciertos amigos, porque me había quedado una herida sensible aún a ciertas asociaciones y, sobre todo, por temor a un encuentro embarazoso. Érica trataba a la gente que yo le presentaba con cordialidad y discreción. No fue hasta medio año después —no lo recuerdo con precisión— cuando empezó a pronunciarse sobre mis amigos, y en la mayoría de los casos, para lo que era ella, aunque también desde un punto de vista objetivo, los criticaba sin motivo y con extrema dureza, en mi opinión de forma injusta. Esa actitud suya me sorprendió, pues por aquel entonces yo ya sabía que Érica era una persona tolerante y, en el fondo, afectuosa.

Movida por la curiosidad la acompañé una vez más a casa de Wies. Quería descubrir qué le atraía de aquella criatura zalamera que a mí me dejaba indiferente, que incluso me irritaba, sí, y de la que no era capaz de librarme por debilidad.

Cuando le anuncié que me disponía a acompañarla, Érica se limitó a enarcar las cejas, sorprendida, pero inmediatamente después dijo: «Fenomenal». Me cogió del brazo y, ante su insistencia, nos fuimos a pie hacia la zona sur de la ciudad. Le apetecía disfrutar de la tarde otoñal. Hablamos poco, yo estaba algo cansada después de un día de mucho ajetreo en la oficina. En cambio, Érica, que seguro había tenido un día de actividad frenética en el periódico, no parecía cansada. Era una mujer de pocas palabras. Habló solo cuando pasamos por delante del café Parkzicht para contarme que su jefe del periódico hacía ahí tertulia cada noche. De repente, después de haber hecho este comentario en un tono tranquilo, tiró de mí hacia el otro lado de la calle, muy nerviosa, tanto que me sobresaltó, y, cuando nos acercamos a las ventanas del café, me ordenó que echara un rápido vistazo al interior y que sobre todo lo hiciera con disimulo.

—Mira, ahí está, a la izquierda, sentado frente a la ventana. Alto, rubio y con gafas.

Yo no vi nada, claro, y protesté alzando la voz. Con la misma agitación incontrolada de antes me empujó hacia el otro lado de la calle, en dirección a la entrada principal del parque. Y mientras cruzábamos la calle no dejó de mirar hacia atrás y, desde luego, no con disimulo. Me desconcertó el súbito comportamiento de adolescente. Nunca le había prestado mucha atención a su

jefe; es más, solía hablar menos de él que del resto de sus compañeros de trabajo. Sí, aquella fue la noche que más adelante me vino a la memoria cuando intentaba reconstruir los acontecimientos pasados para recomponer el puzle.

—Vamos por el parque, ¿vale? —preguntó innecesariamente.

—Sí, claro —le contesté—, y empecé a hablarle del delicioso olor de las hojas de otoño en descomposición y de que ese olor me recordaba a mis años de infancia en La Haya cuando pasaba en bicicleta por delante de los parques camino de la escuela. Con todo, el incidente no se me quitó de la cabeza durante un buen rato. En alguna ocasión me había percatado de que Érica evitaba el tema «hombres». El numerito que acababa de montar no encajaba con la imagen que yo me había formado de su personalidad. Y me pregunté de qué hablaría con Wies, cuya conversación siempre desembocaba en el mismo temita, tal como había experimentado yo en el hospital. Ese era justo el punto principal que me hacía sentirme incómoda con Wies y apreciar a Érica.

Caminábamos despacio. Había más gente como nosotras paseando aquella tarde por el parque despidiéndose del verano y tratando de consolarse con la llegada del otoño. Me pregunté si aquella estación del año no era en realidad la mejor, un tiempo de declive y deterioro que porta dentro de sí la promesa de un nuevo florecer. El otoño, cuando se imponía con fuerza como en aquel momento, me ponía sentimental; a decir verdad, incluso melancólica. Ese sentimiento nacía de aquellos recorridos diarios en bicicleta del colegio a casa, donde mi padre me esperaba con el té. No fui capaz de hablar mucho. Sin embargo, quise ayudar a Érica iniciando una charla trivial. Seguro era consciente de su extraña conducta de hacía un rato, me dije, aunque no parecía nada avergonzada. Así fuimos paseando tranquilamente por el parque hacia la salida. Las hojas caían con lentitud de los árboles fatigados y nuestros pies jugaban sobre la áspera alfombra el juego de nuestra infancia, algo más contenido ahora.

En casa de Wies, Érica se echó directamente en el sofá. Se acomodó un cojín debajo de la cabeza y se quedó allí tumbada como si estuviera en su casa, tal como me la había encontrado la primera vez. La felicidad de Wies no tenía límites. Intentaba complacernos a cada instante, creando así un clima de tensión que me tenía sentada en el extremo de la silla —sí, Wies, esta silla es cómoda y el té está bueno; de verdad que no quiero tomar nada más; y no tengo

calor ni tampoco pasa por aquí ninguna corriente de aire; y sí sí, prefiero esta silla a la otra—. Érica entretanto contemplaba la escena tan tranquila, sin quitarle ojo a Wies.

—¿Qué opinas de mi vestido, Érica? —preguntó Wies.

Y la mujer de la camisa *sport* y los calcetines de lana, pensé irritada, aquella a quien jamás había oído pronunciar ni una palabra sobre ropa o moda, le respondió que el vestido era «monísimo» con aquel cuellecito chino tan gracioso y, por si fuera poco, le preguntó si llevaba el pelo diferente de la vez anterior. ¿Se había hecho una permanente? ¿Y cuánto le había costado? Me pareció que la conversación de aquella noche se estaba pasando completamente de la raya. Una cháchara estúpida sobre ropa, hombres y la terca señora de la limpieza de Wies. Y sobre Huib, el exmarido de Wies, que, gracias a las historias que ella me había contado de él cuando compartimos habitación en el hospital, me parecía conocer íntimamente, como si yo misma le hubiera visto cada noche dando vueltas delante del espejo en ropa interior. Aquello me irritaba, y al mismo tiempo me fastidiaba mi propia irritación, porque en realidad no había motivo alguno para entablar una conversación más profunda e interesante. A pesar de mis esfuerzos por adaptarme a la situación, me vi incapaz de participar en aquella charla. Me sentí insoportablemente inflexible y distante. Soy una esnob, me reproché a mí misma.

Cogimos el tranvía de vuelta a casa y hablamos de nuestros planes para el día siguiente, domingo. Érica volvía a ser ella misma. Habíamos planeado coger el tranvía de vapor que lleva a la playa y dar un paseo por las dunas. Pero aquel domingo Érica no salió de la cama. Aseguró que lo que le pasaba era que estaba cansada y me pidió que la dejara en paz, que fuera a mi aire y no me preocupara de ella.

Más adelante volvió a hacer lo mismo en varias ocasiones. Se pasaba el domingo entero durmiendo. Si me quedaba en casa, la oía un par de veces trajinando en la cocina o en el cuartito de la ducha, pero por lo demás el silencio era absoluto. Durante la semana Érica dormía poco. Solía leer en la cama hasta altas horas de la madrugada o escribía no sé qué ni a quién. La leve preocupación de que no me dejara dormir, que yo había sentido antes de que nos fuéramos a vivir juntas, había sido en vano. Érica no hacía ruido alguno, la verdad, y yo solo me enteraba de que estaba despierta hasta altas

horas de la noche por la raya vertical de luz que salía por la puerta que comunicaba nuestras habitaciones, y que veía a veces cuando me desvelaba por la noche. No me extrañaba pues que cada tantos meses Érica necesitara pasar el domingo entero durmiendo, y me hacía cierta gracia que su comportamiento fuera consecuente y respondiera a una lógica. Así que procuraba hacer el menor ruido posible para dejarla descansar, aunque ella nunca me lo hubiese pedido.

El primer año aquellas jornadas completas de descanso de Érica me parecieron curiosas, pero más tarde empecé a atribuirles un determinado significado y a prever cuándo permanecería acostada todo el domingo.

Yo creía entonces que había logrado comprender las razones de su comportamiento, pero más adelante, cada vez que pensaba en ello, sonreía con desdén —y también con tristeza— por lo que me había atrevido a llamar «comprensión». E incluso ahora, con todo el paisaje de esta vida humana en mi campo visual, sigo preguntándome si quizá aquello que yo veía a lo lejos como un árbol en crecimiento no habría sido solo un tronco sin vida, el verdor asfixiado por la enredadera que crecía a su alrededor.

Aquel año, justo antes de Navidad, Érica heredó tres mil florines. Para ser precisos, Madre había recibido una herencia de un tío suyo sin hijos y se lo donó todo a Érica. Fue a visitarla al periódico y le entregó en mano el sobre con el dinero. Al oír a Érica subir las escaleras supe de inmediato que le había sucedido algo especial. Cantaba una de esas canciones populares holandesas de letra banal de las que poseía todo un repertorio y que se sabía de memoria, cosa que a mí me divertía mucho. Ya tuviera la canción dos o diez estrofas, ella se las sabía todas y saliendo de su boca resultaba doblemente graciosa. Subió la escalera golpeando el sobre contra la pared, zis-zas, zis-zas, cantando «Y todavía no vamos a casa...». Supe enseguida que había tomado unas copas. Me arrojó el sobre, se dejó caer sobre una silla de la cocina y con la cabeza sobre la mesa se echó a reír en silencio.

—Madre, mi benefactora —dijo al fin enjugándose las lágrimas—. ¡Tres mil florines para Érica!

No llegué a saber qué le había dicho su madre. Érica salió de la cocina sosteniendo entre el pulgar y el índice el sobre que yo le había devuelto, como si fuera un trapo viejo, y yo me puse a lavar las patatas. Me latía el corazón y no fui capaz de decir ni una palabra. Un par de segundos después fui

consciente de la rígida sonrisa en mi cara.

Érica se presentó a cenar justo en el momento en que me estaba pelando la manzana para el postre. Se sirvió una generosa cantidad de chucrut y comió con gusto. De vez en cuando la veía mover la cabeza, de forma casi imperceptible, conteniendo de nuevo la risa. Le pelé una mandarina y deposité los gajos con delicadeza junto al borde de su plato. Mientras lo hacía, ella me miró a los ojos mientras se le saltaban las lágrimas.

—Bea, Bea —exclamó y añadió, usando la expresión en alemán de la Abuela—: ¡Vivir para ver!

—Vayamos al cine —añadió cambiando de tema—. O ¿por qué no al teatro? Ahora soy rica. ¿Qué hora es? Llegaremos justo a tiempo.

Nos apresuramos a lavarnos y vestirnos para llegar a tiempo. Para mí aquello fue un verdadero alivio. Vimos una comedia americana y nos tomamos un café en la pausa. Mientras caminábamos de vuelta a casa, Érica de repente me soltó el brazo.

—Voy a dar una vuelta a la manzana —dijo y se perdió por una calle lateral.

Regresó a casa de madrugada.

El dinero se derritió como la nieve. Compramos un árbol de Navidad y celebramos la Navidad a la inglesa, con regalos (para mí una correa de reloj y una radio nueva). Érica se compró vestidos y zapatos caros que nunca había llevado, pilas de libros, un gramófono y más discos para almacenar. Música de cámara y conciertos de piano, Greta Keller o *La ópera de los tres centavos* solían sonar toda la noche en nuestro piso. Siempre había vino o ginebra en casa. Por insistencia de Érica, comíamos en restaurantes, asistíamos a conciertos y no nos perdíamos ni un solo estreno de una obra de teatro. Ella vivía con una prisa frenética por gastar todo el dinero. Al principio me resistí a un lujo al que yo no podía contribuir con mis propios recursos, pero no tardé en aceptar sin resistencia las invitaciones de Érica. Bueno, pues que salga el dinero lo antes posible de casa, pensé. Si este era su objetivo, yo no iba a oponerme. Ni una crítica, por Dios; sobre todo, ni una crítica. Esa idea me obsesionaba en aquella época. Convivencia, sí, pero nada de censura. Así y todo, estaba deseando que Érica dejara de dilapidar el dinero de aquella manera. Su estado de ánimo febril y su alegría forzada me resultaban difíciles de soportar.

En Nochevieja la casa se llenó de gente de improviso. Los compañeros de trabajo de Érica subían las escaleras ruidosamente. Los hombres jóvenes, que se daban aires de importancia encubriendo así la falta de confianza en sí mismos, se limitaban a pronunciar frases circunspectas con acento impostado y las cejas enarcadas, soltando de vez en cuando un desvaído «¡Ciertamente, ciertamente!» o un amable «Ah, vaya, no lo sabía». Los solteros maduros, algo encorvados bajo el peso de su largo desencanto con el periodismo y de la eterna prisa por llegar al último párrafo, se expresaban con cierta arrogancia haciéndose los interesantes y queriendo demostrar que estaban al corriente de todo. «Sí sí, chica, los años vuelan». Y durante la cena fría se mostraron muy serviciales. Conté dos matrimonios. Uno de ellos, complaciente, se divertía con las dos chicas del pisito; el otro, un señor mayor que hacía mucho ruido y que al parecer se había escapado de una aburrida reunión familiar, venía acompañado de una esposa que había acudido de mala gana y que llevaba un enorme camafeo en la blusa y un collar de cuentas de marfil que le llegaba a la cintura, y que a la segunda copa de vino caliente empezó a quejarse de su mala suerte por ser mujer de un periodista. Había también una chica simpática, secretaria del «jefe», que a medida que transcurría la noche tuvo que soportar que le hicieran llegar mensajes explícitos para este. Yo no había invitado a nadie, era la noche de Érica, y además en aquella época yo no tenía necesidad de amigos. «Pues ya verás; voy a organizar un sarao», había anunciado Érica dos noches antes. No lograba yo comprender cómo había conseguido que toda aquella gente estuviera dispuesta a venir a nuestra casa en el último momento, pero, tras un cuarto de hora de fiesta y después de haber charlado con todos los invitados, comprendí que Érica había conseguido resolverles la papeleta de la fiesta de Nochevieja a los personajes más solitarios y menos populares. Era una noche de las que, cuando concluyen, te preguntas, entre ceniceros rebosantes y copas pringosas, qué sentido ha tenido semejante idea y cómo se te ha podido ocurrir implicarte en ella. Te sientes entonces un poco avergonzada, como si no hubieras podido cumplir con las expectativas. Los invitados trataban de encontrar puntos de referencia a izquierda y derecha, y, cuando eso resultaba decepcionante y la conversación iniciada no ofrecía la satisfacción deseada, circulaban por el apartamento, yendo de la habitación de Érica a la mía, para luego apoyarse de nuevo contra la mesa de la cocina, donde yo me ocupaba de las bebidas, para intentar entablar una conversación conmigo. Era una noche de estas en las que se lanzan al aire con bravura los

tópicos más estúpidos para llamar la atención y quizá para disimular así la propia timidez, o en las que los comentarios profundos se quedan flotando en el vacío como globos que escaparon de una mano infantil y se desinflan lentamente pegados en el techo. Al principio Érica no sabía muy bien qué hacer con la situación que ella misma había creado. Yo comprendía su sonrisa un poco cohibida, su forma incesante de fumar, sus idas y venidas nerviosas y sin rumbo de un grupo a otro, así que me esforcé al máximo para que la gente se sintiera cómoda. No dejé ni una copa sin llenar, serví los sándwiches y las empanadillas una hora antes de lo previsto y charlé sin parar. Sin embargo, hacia la media noche Érica había bebido tanto que no era consciente de la atmósfera poco relajada y el tedio apenas disimulado que reinaban en la fiesta. Estoy segura de que consideraba la velada un éxito y su brindis por el nuevo año fue extenso y sincero. Hacia las dos de la madrugada, cuando empezó a verse el fondo de la ponchera, mi aguante había llegado al límite y me puse a rezar en silencio para que al menos alguien se pusiera en pie y les advirtiera a los demás de lo tarde que era. En aquel instante llamaron a la puerta. «¿Quién será?», preguntó alguien, y otros corearon: «¡Más invitados!». Uno de los tipos pedantes exclamó esperanzador:

—¡Ahora sí que empieza la fiesta!

Érica fue a abrir la puerta y, de repente sobria y pálida por la excitación, le dio la bienvenida a su jefe. Yo no lo conocía, solo había oído una vaga descripción de su persona, pero supe de inmediato quién era aquel desconocido a quien Érica abría la puerta. El ambiente cambió en el acto. Algunos de los invitados extremaron su amabilidad, otros parecían sentirse incómodos. La gente se reunió en mi habitación, donde el jefe se sentó en el sofá rodeado de los más desenvueltos, que se sentaron a su lado, o en las sillas y el suelo; los más tímidos se acomodaron algo más lejos, frente a las puertas del balcón y la puerta abierta que comunicaba con el pasillo. Yo fui corriendo a preparar unos sándwiches y vertí en la copa lo que quedaba de la ponchera. De regreso a mi habitación, una vez hube servido al jefe, descubrí que Érica no estaba. Me la encontré ordenando su cuarto. Vaciaba los ceniceros por la ventana sobre el canal, sacudía los cojines y alineaba las sillas. No me vio y me retiré sin hacer ruido. En mi habitación la conversación se había animado y busqué un lugar en el círculo. El jefe disfrutaba de la atención que concitaba, se le notaba. Se comportaba como cuando un padre

acude a «echarle un vistazo a los jóvenes» —los adolescentes disponen de la sala de estar para organizar su fiesta, mientras que los padres en la habitación de arriba se lo montan lo más cómodo posible, la madre tumbada en la cama con su taza de té y un libro sobre la mesilla de noche y el padre, sentado a la mesa de tocador con sus papeles; y, después de lanzarse varias miradas de complicidad a cada estallido de la juerga que tiene lugar abajo y cuyo sonido llega hasta arriba, deciden que el padre vaya a echar un vistazo abajo, con cordialidad y camaradería—.

Tuve que reconocer que el jefe de Érica me irritaba. Mostraba tanto interés en lo que todo el mundo le decía y llevaba la conversación con tanto tacto fingiendo comprensión por todo que me habría gustado ponerle en su sitio con algunos comentarios displicentes.

La conversación versaba sobre política: el Estado y el individuo frente al Estado y las masas, un tema del que solía hablarse bastante en aquella época, cuando todos los ojos estaban puestos en España y Alemania. Las ideas y conclusiones del jefe no me agradaron nada. En vano esperé que alguien saliera en defensa del individuo, pero nadie de aquel grupo parecía dispuesto a iniciar una discusión. Al cabo de una media hora decidí volver a comprobar dónde estaba Érica, que no había vuelto. Su puerta se encontraba abierta, su habitación estaba ordenada a la manera de Érica, pero ella no estaba. Le eché un vistazo al cuartito de la ducha y al váter, también a la cocina (incluso abrí las puertas de la cocina que daban al balcón), pero sin resultado y de repente comprendí que había salido. Sentada sobre su cama esperé a que regresara. Quizá habría ido a tomar el aire un rato, a comprar cigarrillos en un bar cercano que permanecía abierto toda la noche. Mientras tanto yo entraba de vez en cuando en mi habitación, vaciaba los ceniceros, encajaba con cierta indiferencia los vasos unos dentro de otros, apilaba los platos y los llevaba a la cocina. Luego regresaba de nuevo a la habitación de Érica, me asomaba por la ventana y oteaba el canal, siempre con la esperanza de divisar a algún juerguista trasnochador que resultase ser Érica. Pero ella no regresaba. Puse agua a hervir, lavé la vajilla usada, ordené la casa, barrí el suelo de la habitación, me ocupé de las estufas y, cuando al amanecer me metí exhausta en la cama, no había ya ni rastro de la fiesta, incluso el denso humo de tabaco había sido expulsado hacia la gélida noche despejada.

Tiritaba debajo de las sábanas, hacía frío en el apartamento. ¿Por qué se

habría marchado Érica? Se me pasaron por la cabeza algunas sospechas y vagas teorías. Me acordaba una y otra vez de la palidez de su rostro cuando se presentó su jefe en casa, imagen que asocié a su estado de excitación unos meses atrás de camino a casa de Wies, cuando me arrastró de forma inesperada hacia el otro lado de la calle. ¿Y por qué Érica no había invitado a Wies a la fiesta? ¿Acaso había pasado la noche con ella? Y por qué iba a hacer eso, pensé irritada. Me levanté de la cama de un salto y me calenté un poco de leche. Cuando me puse a tomar a sorbitos mi «pócima para dormir» apoyada sobre las almohadas, oí la llave de Érica en la cerradura. Apresuradamente apagué la luz. Una vez de nuevo bajo las mantas, la oí subir la escalera de puntillas.

3

Cumpliendo con la promesa que me había hecho a mí misma, no le reproché a Érica su extraño comportamiento de la noche anterior. Además, Madre se presentó por la mañana a una hora relativamente temprana con el propósito de felicitarnos el año nuevo y no cesó de hablar ni un segundo. El general había invitado a unos amigos a su casa para festejar la entrada del año. Madre necesitó una hora entera para manifestarnos su indignación acerca de cómo la habían tratado.

—Sencillamente, esa gente me ignoró. ¡Debía ocuparme de la cena y ya está! Vamos, que yo era la criada.

En cuanto su madre se marchó, Érica se retiró a su habitación y no volvió a salir. Por la tarde fui a visitar a mi familia y cené en el centro. No volvimos a tocar el tema de la fiesta de fin de año. Unos días después Érica me enseñó una libreta de ahorros a su nombre. Me pidió que le guardara la herencia, reducida ya a quinientos florines.

—¿Por qué no te guardas la libreta tú misma? —pregunté no muy contenta con la función de tesorera que me había endosado así sin más.

Érica ignoró mi pregunta.

—Ingresaré algún dinero más —contestó impertérrita—. Tengo alguna inversión aquí y allá.

No había transcurrido ni una semana cuando vino a pedirme cincuenta florines.

—¿Quieres decir que te devuelva la libreta? —pregunté abriendo el cajón de mi escritorio donde la había guardado—. Oye, Érica, esta situación no me apetece nada, la verdad. Es absurdo que sea yo quien tenga que hacerse cargo de tu dinero. Tendrás que pedirme la libreta continuamente. Guárdala tú.

Érica se mantuvo en sus trece. Se sonrojó un poco, eso sí, pero no me ofreció ninguna explicación de por qué actuaba de aquella manera. Ese mismo día volví a encontrarme su libreta de ahorros sobre mi escritorio. Reanudamos nuestra modesta vida anterior al cuantioso botín. El resto del dinero no se tocó. Nos parecía extraño tener que hacer de nuevo las cuentas con monedas de diez céntimos. A Érica aquello le resultaba bastante gracioso, bromeaba sobre los siete años de vacas flacas que nos esperaban. Lo cierto era que, en contraste con la vida austera que nuestros ingresos nos permitían, el periodo de excesos que habíamos dejado atrás nos parecía más largo que las pocas semanas que habíamos disfrutado de él. Íbamos muy justas de dinero, sí, aunque disponíamos de lo suficiente para vivir dignamente. Al parecer, Érica continuaba saldando su deuda con Madre. De haber dispuesto de su sueldo completo se habría podido permitir una vida más holgada. Al igual que antes, Érica solo podía contribuir al presupuesto doméstico con una cierta cantidad, y, como nunca me había permitido depositar más dinero que ella en el bote que guardábamos en el armario de la cocina, yo gastaba menos de lo que me permitían mis ingresos. Supuse que la deuda que Érica había contraído con su madre en la época en que trabajaba de voluntaria en el periódico provincial no la había saldado con la herencia y yo no comprendía por qué. Sospeché que debería de haber alguna historia rara detrás de aquello. El extraño comportamiento de Érica el día en que recibió la herencia y el hecho de que su locuaz madre nunca hubiera mencionado aquel dinero las veces que vino a vernos a casa me hicieron pensar que aquella herencia que Érica había recibido era el epílogo de algún drama familiar que, por aquel entonces, yo ignoraba.

Pasamos unos meses de invierno agradables. Poco a poco retomé el contacto con gente con la que me había relacionado antes. Invitaba a amigos a cenar a casa y salía más. Mi intento de integrar a Érica en mi círculo de amistades solo tuvo éxito a medias. Ella se mantenía a distancia y, con el paso del tiempo, conforme empezó a volverse crítica hacia aquellos amigos míos que le caían mal, dejé de intentarlo. Por mantener la armonía en nuestra relación, incluso le insistí alguna vez en que invitáramos a Wies, pero no me hizo caso. Esta no había venido nunca a casa y me preguntaba si Érica seguiría viéndola con regularidad. Así y todo, Érica y yo pasábamos mucho tiempo juntas. A ella parecía gustarle. Muchas noches nos quedábamos a leer en mi

habitación. También teníamos rachas de actividad. A veces nos poníamos a investigar cosas y otras nos daba por realizar trabajos manuales. Trajinábamos durante semanas con punzones y cuchillos fabricando todas clase de objetos, tanto prácticos como inútiles; también estudiamos grafología y finalmente nos apuntamos a un curso de esgrima. Eran, en efecto, rachas. La idea de hacer una cosa u otra siempre se le ocurría a Érica, pero enseguida, tras un breve periodo de entusiasmo, se cansaba y, dado que yo me dejaba llevar por ella y mi interés no era sino consecuencia de su empeño, mi entusiasmo también solía decaer al poco de que ella empezara a aburrirse. Aquellas rachas de actividad eran en realidad señales del desasosiego de Érica, evasivas que le servían para no enfrentarse a una inquietud más profunda, tareas que se imponía a sí misma con el objeto de no tener tiempo para aquellas cosas que quería hacer de verdad. De todo ello ya me di cuenta en aquella época, pero eran ideas difusas que no alcanzaba a verbalizar, que se me pasaban fugazmente por la cabeza y no se dejaban retener.

—¿Qué vamos a hacer, Érica? —preguntaba yo entonces.

—¿Qué quieres decir? —contestaba ella—. Pues nada, lo normal, ¿acaso tenemos que hacer algo? Qué pelma que eres.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, Érica no sabía qué hacer consigo misma. Cogía un libro, lo hojeaba, cogía otro, se ofrecía a poner el té pero no lo hacía, comía una manzana, se echaba en el sofá, escribía un artículo que luego rompía en la cocina y finalmente, ya desesperada, me preguntaba:

—¿Vamos al cine?

Yo no me di cuenta entonces de que su trabajo había dejado de importarle. Al fin y al cabo, el periodismo se me figuraba una profesión interesante y yo creía que los periodistas y los reporteros solían salir también por las noches para realizar determinadas misiones o buscar noticias.

Cuando un día le pregunté a Érica acerca de su trabajo, reaccionó con sarcasmo. Ah, sí, el periodismo era una profesión romántica, pero ella no necesitaba de romanticismos. En la sección Internacional del periódico, la mayor virtud era ser hábil con las tijeras y el bote de pegamento, y en el manejo de tales atributos la consideraban tan genial que sencillamente no podían prescindir de ella en ese departamento.

—Y el conocimiento de idiomas —repuse yo para animarla.

Érica se encogió de hombros.

—Para lo que me sirve —dijo—. Es un trabajito de oficina vulgar y corriente, Bea. Solo me lo paso bien en contadas ocasiones, cuando me dejan trabajar en la sección de Arte. Ese era mi objetivo, Arte y Literatura, pero... —Concluyó la frase con un gesto de desánimo y añadió—: No soy ambiciosa. Además, solo tengo veintiún años.

De modo que Érica había perdido también la ilusión por su trabajo, por su profesión. Me disgustaba pensar que sus jefes fueran tan cortos de miras, porque estaba segura de que subestimaban sus capacidades.

Y, sin embargo, yo sabía que en el fondo aquello no era la causa de su desasosiego. Tenía que ser algo más profundo, algo relacionado con su propio ser, aunque seguro que el trabajo le servía en cierto modo para sublimar sus carencias emocionales.

Un día se me ocurrió preguntarle si estaba enamorada. Me miró con estupefacción.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido semejante cosa? ¿Yo, enamorada?

Las líneas de amargura a ambos lados de su boca se le hicieron más profundas, y a continuación, como inspirada, añadió:

—Quizá sí que esté enamorada, sabe Dios.

Como vi que el tema no le desagradaba, acudí en su ayuda:

—¿Tu jefe tal vez?

Érica soltó una sonora carcajada:

—¿Crees que estoy enamorada de él?

Interpreté en aquel momento su pregunta como una reacción infantil e ingenua y me eché a reír involuntariamente.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —dije.

—Sí, se supone que sí.

Érica se rio de nuevo con ganas y yo, consciente de su sarcasmo, volví a echarme atrás.

—¿Qué te pareció él? —me preguntó intentando recobrar un tono serio, seguramente para hacerme sentir cómoda y obligarme a hacerle más confidencias.

Desde la fiesta de fin de año, el nombre de su jefe no había vuelto a mencionarse y su pregunta resultaba embarazosa. Érica debió de notar mi confusión o me la vio en la cara, porque frenó mi respuesta con la afirmación

de que su jefe era una persona especial.

—Es posible, sí —contesté vagamente.

—Sabe mucho —dijo casi en tono de disculpa y, a continuación, me comunicó—: Suelo salir con él a almorzar.

Entonces, como si se hubiera extralimitado en su confesión, me reprochó que le hiciera unas preguntas tan tontas y abandonó la habitación.

Me vi en la necesidad de sacar una conclusión de aquello, pero no sabía cuál. Durante un tiempo estuve pensando de vez en cuando en sus palabras acordándome de su comportamiento de adolescente durante nuestro paseo nocturno en otoño, pero lo dejé estar. Por alguna razón que ni yo misma entendía y que no respondía a ninguna lógica, me resultaba imposible asociar a Érica con su jefe, y, dado que me negaba a husmear en los asuntos personales de Érica, ni siquiera de pensamiento, desconecté del tema. El tema de los hombres no volvió a tocarse hasta que, unas semanas antes de Semana Santa, conocí a Bas, el gerente de nuestra filial en Róterdam. En aquella época él solía acudir con regularidad a nuestra oficina para reunirse con mi jefe, quien por prescripción médica debía llevar una vida tranquila y limitar sus actividades a Ámsterdam.

Con Bas tuve mi primera relación seria. Antes que él hubo otros dos hombres y aunque a estos ahora ya ni siquiera los cuento, sí recuerdo que me entregué a ellos y que me sentí desolada después de la ruptura. Fueron pasiones intensas y breves que no me aportaron más que depresiones y la necesidad de buscar el aislamiento temporal para recuperar mi autoestima. Aquí, en los Estados Unidos, he tenido alguna aventura más, que nunca me ha llevado a nada. Los hombres en mi vida son como sombras entre bastidores. En el teatro donde Érica era la protagonista no había lugar para ellos.

Las mujeres de mi edad, cuando en un momento de confidencias se les pregunta por el cómo y el porqué de su soltería, suelen responder que no les apetecía casarse o que nunca hallaron a su príncipe azul. Yo acostumbro a dar ambas respuestas. Incluso ahora me pregunto a veces si la combinación de Bas y yo habría reunido las condiciones necesarias para un matrimonio feliz. La verdad es que pensar esas cosas no sirve de nada.

Por su correspondencia con mi jefe, yo ya me había dado cuenta de que Bas era una persona reflexiva y cordial. También las cartas de negocios ofrecen un perfil de la persona que las escribe. Además de esas cualidades,

para mí atractivas, cuando lo conocí resultó que la imagen física que me había formado de él correspondía con la realidad. Era más bajo de lo que me había imaginado, eso sí, pero su corpulencia era de las que me infunde confianza. Tenía el cabello prematuramente cano, pero el rostro todavía joven, con el saludable color de una persona no atormentada por conflictos. Me gustaban sus manos grandes, bien formadas, y admiraba su perfecta dentadura. Es posible que analizase sus atractivos por separado para cotejarlos con los míos. Nunca he encontrado motivo alguno para presumir de mi físico. Incluso por aquel entonces yo era lo que suele llamarse una «chica del montón». Siempre fui demasiado delgada y pálida, con el cabello lacio de un rubio apagado, y sin interés por la ropa ni talento para saber lo que me sentaba bien. Pero tenía unas manos «bonitas», sí, y, como me dijo Érica en cierta ocasión, «unos dientes preciosos».

Bas me recordaba a mi padre y me sentí de inmediato tan protegida en su presencia que, durante el almuerzo al que me convidó, le invité a mi casa aquella misma tarde.

Aquella noche se quedó a dormir. Aún hoy recuerdo a menudo con asombro con qué facilidad me dejé seducir en varias ocasiones para mantener relaciones íntimas. Compartí mi cama con hombres cuyo cuerpo me resultaba tan extraño como su fisonomía. En caso de repetición, reconocía sus rasgos faciales y me invadía un sentimiento de vergüenza ante el recuerdo completo. ¿Acaso pudo ser de otra manera? ¿Y qué me aportaban aquellas primeras noches? Quizá temía que después de entablar una buena amistad no fuese capaz de llegar a una relación física. Seguramente me resultaba más fácil entregarme a ciegas bajo la influencia de un par de copas y aturdida de cansancio tras una noche de exploración y tocamientos. Siempre se repetía el mismo patrón.

No fue hasta el amanecer cuando, resignada, porque me sentía más o menos obligada a ello y siempre atenta a los sonidos de detrás de las puertas correderas, le ofrecí a Bas la satisfacción que había estado esperando toda la noche. Con todo, él era un hombre paciente y permaneció paciente todas las noches que compartió mi cama.

Al rememorar aquel episodio, soy ahora más consciente que cuando la idea me inquietó por primera vez de que un vago sentimiento de culpa minó desde un principio gran parte de la felicidad de mi encuentro y relación con

Bas. La ambigüedad de mis emociones, que por aquel entonces se manifestaba en disculpas infundadas, todo tipo de concesiones y una sensación continua de remordimiento, es precisamente la razón por la cual he conservado como recuerdo más fuerte lo que sucedió el lunes de Pascua. Bas había llegado la noche del Viernes Santo. Yo había insistido en hacer partícipe a Érica de nuestros planes festivos. A su llegada, Bas me sorprendió con dos entradas para el teatro que había adquirido durante su recorrido de la estación a casa y lo primero que le pregunté fue:

—¿Y Érica qué?

Ignoré sus objeciones y la expresión de asombro en su cara, de modo que el sábado por la mañana no tuvo más remedio que salir a comprar una tercera entrada. Como yo le había insistido en que buscara tres asientos juntos, se vio en la obligación de cambiar nuestras plazas por otras en una esquina del teatro con peor vista. La situación me resultó incómoda, claro. Me dije a mí misma que me encontraba como atrapada entre ellos dos, pues en aquel momento no lograba ver lo irrazonables que eran mis exigencias. Érica formaba parte de mi existencia, no estaba dispuesta a abandonarla durante los días de fiesta. Que Bas no quisiera aceptar aquello, incluso después de que yo se lo hubiera argumentado con toda claridad, me parecía injusto. Al mismo tiempo me sorprendió la actitud de Érica. Cuando le dije que iríamos al teatro los tres juntos, se limitó a sonreír y contestó «bien» o «estupendo», no recuerdo exactamente. Yo había esperado de su parte algún tipo de protesta o de objeción dictadas por la modestia, ante lo que yo le aseguraría que ella «formaba parte del equipo».

Sin embargo, Érica había reaccionado una vez más de un modo diferente al que me había imaginado y después ya no volvió a hablarse del asunto. Más tarde intenté hacer las paces con Bas. Una vaga sensación de vergüenza me apesadumbró aquel fin de semana más que nunca. Hice de todo para complacer a Bas. Recuerdo incluso que la mañana de Pascua me puse a limpiar a fondo mi habitación antes de que él se despertara, sin hacer ruido, en calcetines. Le serví el desayuno en la cama, le obligué a permanecer acostado hasta colocarle la bandeja sobre las rodillas bellamente presentada, a pesar de que él prefería levantarse para desayunar en la cocina.

—Tú quédate a gusto en la cama —exclamé ante su protesta—. ¡Enseguida estará listo!

Érica, que estaba preparando café en pijama, un café fuerte sin el cual no era capaz de enfrentarse a la jornada, empezó a entonar una canción:

—Madre, no puedo vivir sin ti...

Era una de esas cancioncillas populares holandesas cuya letra se sabía de memoria.

A pesar de que yo no me había enfadado nunca con ella, pues en todos aquellos meses de nuestra convivencia no había encontrado jamás motivos para impacientarme o quejarme, de repente me invadió una oleada de cólera. El corazón me latía con fuerza, me temblaban las manos, no sabía qué hacer ni cómo actuar mientras caminaba confusa del fogón al fregadero.

—Érica —le siseé—. Érica, para ya. Érica, déjame en paz.

Ella continuó cantando imperturbable, la letra entera, dos coplas. Esto es insufrible, pensé entonces. Tengo que salir de aquí. Debemos separarnos, esto no es vida para mí, no la soporto más.

¿Qué había sucedido? ¿De dónde me había venido de repente aquel rencor extremo hacia Érica? No recuerdo si en aquel momento fui consciente de que mi sentimiento de culpa y mi repentino enfado se debían a la noche que acababa de pasar. Probablemente fue el caleidoscopio del tiempo el que más adelante me ayudó a entenderlo. Aquella noche no había sido capaz de entregarme a Bas, ni tan siquiera venciendo mi desgana, que era a lo que ya estaba acostumbrada. La vergüenza que me causaba la proximidad de Érica, que yo sabía al otro lado de la puerta, había sido excesivamente fuerte, insuperable. El desconcierto de Bas, que sin embargo no había dicho nada, y más tarde sus preguntas formuladas con tacto, me habían impedido dormir durante toda la noche, a ello se sumaba el hecho de que no estaba acostumbrada a compartir la cama. Como no quería que Bas se percatara de mi insomnio, aquella mañana le esperé muy quieta en la cama. Me pregunto ahora qué debió de pasarme por la cabeza durante aquellas infinitas y angustiosas horas. ¿Fui tan ingenua de pensar únicamente en el día de mañana en vez de en el conflicto que ocultaba mi cohibición y que en aquel momento no era capaz de entender? No lo recuerdo. Pero seguro que debí de sentir cierta extrañeza, sobre todo porque ya había experimentado una incapacidad similar con mis dos anteriores parejas. La relación con aquellos dos hombres había desembocado en un sentimiento de desengaño y amargura, sí, pero la impotencia de mi parte nunca había desempeñado un papel importante. Era

más bien lo contrario lo que había motivado la ruptura. En ambos casos la relación se había enfriado de inmediato y me había sentido perdida. Aquellas semanas dolorosas en las que estuve preguntándome por qué no era capaz de cautivar a los hombres que me gustaban se me grabaron para siempre en la conciencia.

Érica no prestó atención a mi enfado hasta que terminó de cantar el último verso de la canción. Acariciándome la nuca con la mano, me dijo con ánimo de tranquilizarme:

—No hagas caso, cariño. Soy una bruja mala.

Percibí en su voz un sincero arrepentimiento, pero a la vez un cierto triunfo. Es como una criatura, pensé de nuevo conformada; ha tenido que cantar la canción hasta el final. Hoy entiendo que no fue así. Érica dio muestras de muy buen humor durante toda la mañana. Por la tarde salió.

—Voy a ver qué tal está Wies —reconoció con una franqueza poco habitual en ella—. Y cenaré en casa de Madre. El general ha salido. —Alzó los ojos al cielo para indicar lo que se imaginaba que sería la cena—. Nos vemos en el teatro.

Aquella tarde saldé mi deuda con Bas —así al menos lo sentí yo— y, temporalmente liberada, disfruté de nuestra cena en Dicker & Thijs y de la función de teatro. El estado de ánimo de Érica había cambiado —se mostró amable, aunque parecía inquieta—. Después del teatro, acompañé a Bas a la estación. Cuando regresé a casa, Érica no estaba y ya no la oí llegar. Antes de dormirme, me pregunté dónde se habría metido. Sabía que había pasado la tarde con Wies y que luego había estado unas cuantas horas con su madre. Ignoraba si se veía con otros amigos. ¿Qué haría las noches en que salía hasta la madrugada? Me reproché a mí misma que la primera confianza que Érica me había hecho sobre su vida me incitase a querer saber más. Te da la mano y te tomas el brazo, pensé, a disgusto conmigo misma. Apreté la cara contra la almohada y, por alguna razón que entonces no fui capaz de comprender, rompí a llorar.

La noche siguiente, Érica se entretuvo un rato en la cocina después de lavar los platos.

—¿Cuándo vuelve Bas? —me preguntó.

—Vendrá a la oficina el jueves por la tarde, pero por la noche tiene que regresar a su casa. ¿Por qué?

—Por nada —contestó y, como si saltara de un témpano de hielo a otro, añadió—: Ponen una nueva película francesa en la sala De Uitkijk. ¿Vamos a verla?

—Me apetecería, pero...

Dudé de si decirle que me sentía muy cansada. Había estado todo el día deseando que la jornada llegara a su fin. Después de tantos días festivos me sentía desanimada y vacía, y me apetecía acostarme temprano.

—Pero ¿qué?

Su voz sonaba impaciente y vislumbré problemas, conflictos que yo quería evitar a toda costa.

—Bueno, de acuerdo, ¿a qué hora empieza? —respondí intentando que mi voz sonara animada.

—Bueno, de acuerdo —repitió ella imitando mi tono de voz—. Cuando Bas está aquí, sacas energía para cualquier cosa.

Comprendí que Érica había percibido mi cansancio y que intentaba a cualquier precio provocar un desencuentro entre nosotras. Para ganar tiempo, cerré el armario de la cocina y me puse a limpiar la encimera. Y entonces me oí pronunciar las palabras que hubiese querido reprimir:

—Oye, Érica, si Bas va a ser motivo de conflicto entre nosotras, será mejor que nos separemos.

—¿Quién crea conflictos?

No me gustó su reacción infantil. Me disgustó que se ofendiera de aquella manera. Ella no era así.

—Si es así, casi prefiero cortar con Bas —repuse antes de ser consciente de lo que acababa de decir, de lo que significaba mi propuesta.

Érica me miró con gesto serio.

—Lo siento, Bea —dijo—. Lo siento; es solo que... —vaciló y, sacando fuerzas de flaqueza, añadió—: Es que estábamos tan a gusto las dos juntas. Aunque, claro..., acabo de decir una estupidez. No vuelvas a pensar en ello. Ayer tuve un día horrible. Madre, en fin, ya sabes. Y, por si fuera poco, se ha afiliado al movimiento nacionalsocialista. Una fervorosa partidaria, cómo no. —Río con amargura—. Por eso tengo resaca. Tú vete a dormir tranquilamente. Enseguida te llevo una infusión.

Era obvio que Érica se había excedido de nuevo con sus explícitas

muestras de afecto, su marcha atrás y sus confidencias sobre Madre. Me empujó con brusquedad fuera de la cocina hacia mi habitación. A partir de entonces la batalla volvió a librarse furtivamente. Érica actuaba con amabilidad impostada cuando estábamos las dos solas y salía pitando de casa cada vez que venía Bas. Entretanto yo llegué a la conclusión de que Bas y yo no hacíamos buena pareja, que él no me entendía bien, que en realidad era demasiado mayor para mí y un tipo demasiado «práctico». Sexualmente tampoco me agradaba. Aunque Érica no estuviera en casa las noches en las que Bas se quedaba conmigo (la pregunta de dónde se metía mi amiga me atormentaba cada vez más), solo haciendo un gran esfuerzo lograba yo participar en nuestra vida amorosa. Esta relación no me conviene, me dije a mí misma.

Bas conseguía tirar de mí, sí, pero mi pasión no brotaba de forma espontánea. Después de tantos años, eso me hace reír. Pero mi recuerdo de Bas es tan difuso que ya no pienso en él como persona, sino como una sombra relacionada con mi vida con Érica. Así y todo, estoy casi convencida de que en aquella época me engañé a mí misma, de que en otras circunstancias nuestra relación hubiese podido ser feliz y armoniosa y quizá para toda la vida. En realidad, no le echo la culpa a Érica. ¿Por qué iba a hacerlo?

La cosa estalló justo antes del verano. Estábamos haciendo planes para las vacaciones. Érica no pensaba en otra cosa. Había encontrado una salida a su desasosiego y consideraba que debíamos ir juntas a «algún lado» como fuera. El resto del dinero de su herencia seguía intacto en el banco y Érica opinaba que debía gastarme en un viaje al extranjero aquella parte de mi sueldo que me había ahorrado por mantener un reparto equitativo del presupuesto doméstico. Tal vez aquella fuera nuestra última oportunidad de viajar en vista de la situación política internacional. Yo habría aceptado su propuesta si Bas no hubiera aludido a un viaje de negocios por Francia que tenía que hacer próximamente y que quería unir a sus vacaciones. En cualquier caso, él ya había previsto comprarse un coche y quería aplazar su salida hasta que yo hubiera terminado de trabajar y pudiéramos viajar juntos. A pesar de la situación de inseguridad reinante, o quizá justo por ella, mucha gente hablaba de viajar al extranjero. Una mitad de los que querían viajar consideraba el riesgo demasiado elevado; la otra mitad, más intrépida, deseaba aprovechar la ocasión pensando que en el caso de que estallase la guerra, algo que parecía

altamente probable, al menos habrían visto algo de Francia o de Italia antes de que esos países fueran destruidos en medio del delirio imperante. Cambiar el orden mundial era imposible, dijo Bas. *Après nous le déluge*.

Yo no respondí a la propuesta de Bas y, aunque evitaba hablar del tema, no se me quitaba de la cabeza. Su plan me apetecía. Pese a los altibajos de nuestra relación, me hacía ilusión hacer un viaje en automóvil con él. Alejados de todo, los dos juntos y solos, probablemente lo pasaríamos bien. En el fondo, pensaba yo entonces, Bas es un buen hombre, sabe ver las cosas bellas y disfruta de ellas, tiene buen gusto y criterio... Nos imaginaba circulando en un pequeño automóvil inglés por una carretera rural (Bas seguro que haría lo posible por evitar las carreteras grandes) flanqueada de un lado por colinas de trigo amarillo y del otro por antiguos caseríos. Veía niños jugando delante de la puerta de una granja y me imaginaba el banquito donde se sentaban las madres y sus hijas mayores que, con la costura en el regazo, nos seguían con la mirada. Me veía pasando por delante de la yunta de bueyes mientras me encaminaba lentamente hacia el establo guiada por un muchacho fuerte que ahuyentaba las crueles moscas de los flancos convulsos de las bestias propinándoles bastonazos igual de crueles. Me imaginaba asimismo almorzando en el restaurante del pueblo, donde estaríamos fresquitos, con las inevitables botellas *vin de la maison* sobre el mantel a cuadros rojos; o en la sombra de un pajar, a nuestros pies la crujiente *baguette*, el queso y la botella de vino. Aquellas eran las típicas imágenes inspiradas en historias que me habían contado algunos amigos privilegiados o que se representaban en carteles publicitarios. Yo nunca había estado en Francia. Las escenas que me imaginaba eran siempre sinónimo de paz y armonía, lo que suele esperarse de una pareja feliz que viaja por esos mundos de Dios. Aunque me divertía con mis fantasías, veía venir que la propuesta de Bas —sí, mis vacaciones— me obligaría a tomar una decisión difícil: elegir entre Bas y Érica. En realidad, no es que lo viera así exactamente, no; más bien lo sentía como un nubarrón en el lejano horizonte, más imaginado que visto. Por esa razón evitaba cualquier conversación, tanto con Bas como con Érica, sobre las vacaciones cada vez más cercanas. Cuando Érica sacaba el tema, yo respondía con un vago «sí» o miraba al vacío con una sonrisa y me hacía la distraída. Y siempre que intentaban apretarme las tuercas, me defendía protestando de forma exagerada. ¿Cómo iba yo a hacer planes si en mi oficina aún no habían organizado las

vacaciones? Las mías podrían caer en otoño o incluso en invierno. Con el estado de salud de mi jefe... Yo hacía ver como si aquello no dependiera de mí, como si la fecha la fijaran otros y yo no pudiera hacer otra cosa que esperar resignada su decisión, aunque en realidad era yo, como asistente personal del director y por mi antigüedad en el trabajo, quien elegía la primera. En más de una ocasión Bas me puso en una situación incómoda al proponerme hablar él con mi jefe para interceder a mi favor. Salí del apuro advirtiéndole en tono recriminatorio de que si él intervenía la gente se enteraría de nuestra relación en el trabajo, algo que yo quería evitar a toda costa. Califiqué su propuesta de injerencia en mi vida privada y le hablé tan enojada que Bas, amedrentado, cejó en su empeño y se deshizo en disculpas. Érica —comprendí ya entonces— parecía decidida a comprometerme. Conforme se acercaba el verano, insistía cada vez más. No pasaba ni un día en que no hablara de las vacaciones y cada vez se mostraba más firme. Al final empezó a decir cosas como si ya hubiera dado por hecho que viajaríamos juntas: «Una vez que estemos en Bélgica, será fácil hacer autostop hacia Francia». O bien: «Ya nos estoy viendo a las dos juntas en la Riviera». También ella se había propuesto ir a Francia. En uno de sus monólogos sobre «nuestro» viaje, me dejé llevar de tal modo que se me escapó un comentario sobre nuestra limitada economía:

—¿Cómo quieres pagar todo eso? De hecho, solo disponemos de quinientos florines por cabeza y me parece que sería más sensato que no te gastaras todo tu pequeño capital. En cualquier caso, yo que tú dejaría un poco de dinero en la cuenta, Érica.

Ella me pilló en el acto:

—¿Así que nos vamos de viaje?

Pero yo me salí con la mía:

—No he dicho eso. Solo era un comentario.

Y, en mi desesperación, le insistí de nuevo en que esperara a que se decidiera el calendario de vacaciones en el trabajo.

Érica ignoró mis palabras:

—Bien, digamos que contamos con cuatrocientos florines por barba. Viajaremos haciendo autostop, claro está. Hoy en día eso lo hace todo quisqui. Es absurdo gastar dinero en costosos billetes de tren. Además, la vista desde el coche es mejor.

Habíamos entrado de nuevo en terreno peligroso teniendo en cuenta el plan de Bas de comprar un coche, y Érica saltó enseguida al tema de nuestro lugar de destino: la Riviera. A mí, la verdad, no me apetecía nada la idea de verme tirada en la carretera a merced de la benevolencia de los automovilistas o conductores, pero decidí dejar mis objeciones para más adelante. ¡Más adelante! ¿Acaso había decidido ya para mis adentros no viajar con Bas, sino con Érica? Comoquiera que fuese, dejé la decisión definitiva en manos ajenas. La tomaron Érica y Bas, en mi presencia, sí, aunque excluyéndome, porque sencillamente no fui capaz de llevar el timón. Paralizada por la indecisión, dejé que las cosas siguieran su curso. E incluso cuando ellos se enfrentaron llegando casi a las manos, yo me mantuve en un segundo plano. Mi lucha interior, que me negaba a ver y de la que culpaba a ellos dos, me había agotado tanto que dejé pasar la tormenta sobre mi cabeza.

4

La bomba estalló, como siempre, por una causa trivial. Y otra vez fueron los días festivos los que trajeron problemas. De nuevo pasé unos días de nervios, esta vez durante la Pascua de Pentecostés. Visto desde ahora resulta extraño que nunca me acercara a Róterdam a ver a Bas. Habría sido más sencillo que me hubiera quedado en su casa el domingo y la Segunda Pascua. En algún momento lo pensé, sí, pero no lo hice. Bas vivía en una habitación alquilada y, cuando empezamos a salir, le advertí ya desde un principio que no me apetecía nada colarme en su cuarto a escondidas de su patrona o tener que cruzarme con ella, a pesar de que, según Bas, la señora permitía visitas femeninas. Me dijo que no fuese tonta, pero no volvió a insistir. Tampoco me apetecía ir a un hotel. No entiendo por qué la idea de alojarme con Bas en hoteles franceses no me desagradaba y en cambio me negaba a pernoctar con él en un espacio similar en Róterdam. Hoy, después de mis numerosos viajes y movimientos de los últimos años, desarraigada ya de Holanda, me resulta incomprensible aquel escrúpulo. Puede que yo fuese entonces una chica provinciana y burguesa. Este pudo ser un factor, sí, aunque creo que la razón de fondo fue mi resistencia a alejarme de Érica, del conflicto, a pesar del sufrimiento que me causaba. Cuánto dolor somos capaces de infligirnos a nosotros mismos; es bien extraño.

Así que Bas pasó la Pascua de Pentecostés en Ámsterdam. A modo de sorpresa, había hecho instalar la semana anterior un teléfono en mi habitación para que pudiéramos charlar por las noches. Érica ignoró el instrumento por completo y a mí, en realidad, no me hizo mucha ilusión. ¿Por qué habrá hecho eso ahora?, pensé. Me entristecía mucho sentir que nuestra relación estaba ya casi acabada mientras que Bas aún parecía creer plenamente en ella. Cada vez que me llamaba por la noche, las palabras me salían de la boca cortantes y,

por no quedar mal, las alternaba con palabras afectuosas que me sonaban como salidas de una película barata. Una noche Bas me preguntó si estaba cansada y después me dijo que mi voz sonaba como si le tuviera fobia al teléfono.

—¿No lo sabías? —fue mi respuesta hipócrita.

Sabía que Érica estaba sentada detrás de mí inclinada sobre un crucigrama y percibí, como suele suceder en estos casos, que estaba con todos sus sentidos concentrada en mi conversación telefónica.

Mientras Bas y yo estábamos disfrutando de un desayuno tardío, la mañana de la Segunda Pascua, sonó el teléfono. Era Érica.

—¿Vais a hacer algo especial esta noche?

—No, ¿por qué? Que yo sepa, no.

Su inesperada llamada y su pregunta me desconcertaron de tal manera que exclamé en dirección a Bas:

—¿Hacemos algo especial esta noche? ¡Es Érica!

Por la puerta abierta de la habitación pude ver a Bas sentado a la mesa de la cocina. Vi cómo arqueaba las cejas sorprendido, cómo se pasaba la mano por la frente con un gesto de cansancio y noté su vacilación. No respondió, y yo, que, sobresaltada, había comprendido el gesto de su mano, farfullé en el auricular algunas frases inconexas de las que Érica pudo inferir que no teníamos planes, que su pregunta me había pillado por sorpresa pero que estaba abierta a sus sugerencias.

—Iré a visitaros e iré acompañada —dijo en aquel tono que empleaba para burlarse de sí misma y que yo tan bien conocía.

—Como quieras.

Entretanto me había rehecho un poco y no quise demostrarle que me alegraba de su visita, aunque añadí que era bienvenida. De regreso a la cocina, me encontré a Bas quitando la mesa. Yo me había dejado allí media taza de té. Me senté para tomármelo, porque no sabía qué decir. El té ya no me apetecía.

—Curioso, ¿no? —meforcé a hablar.

—Estoy hasta la mismísima coronilla de esa chica.

Era la primera vez que Bas se pronunciaba acerca de Érica de aquella forma tan directa, y, en realidad, se lo agradecí. Su crítica me resultó un

alivio, porque rompía la tensión que causaba su aparente cortesía y neutralidad.

—No puede evitarlo —repuse disculpando a Érica—. No sabe qué hacer consigo misma.

Bas me lanzó una mirada larga y penetrante. No había reproche en su mirada, solo afecto y preocupación por mí.

—¿Y tú sí lo sabes, nena?

«Nena» era un nombre para las noches y un nombre que solo me gustaba de noche. «Nena» definía lo que Bas sentía por mí, y yo siempre me había preguntado si yo realmente necesitaba y deseaba la protección que él me ofrecía, implícita en aquella palabra.

Por un instante sentí la tentación de reposar la cabeza sobre la mesa, romper a llorar y así entregarme a Bas y expulsar de mi vida la lucha interior que me desgarraba. No lo hice. Me puse en pie y dejé mi tacita en el fregadero. Dejé escapar la ocasión. Debería seguir sola hasta el final del largo camino.

Aquella noche Érica se presentó en casa con su jefe. Mientras veía a aquel hombre subir la escalera detrás de ella, pensé en lo pueril que era la actitud de Érica de intentar competir conmigo. No podía imaginarme una combinación peor que la de Bas y el jefe de Érica. A mí jamás se me habría ocurrido reunir a aquellos dos hombres, pero semejante consideración no podía esperarse de Érica en sus circunstancias. John van der Lelie era seguramente el único hombre de su entorno que ella creía a la altura para semejante competición. Lo invitó a entrar en casa con aire triunfal. Ahora pienso con disgusto en todas aquellas ideas mezquinas y despreciables que me pasaron por la cabeza en aquel momento, pero así estaban las cosas. Mi vida era por aquel entonces un desastre total. Aquel periodo acabó siendo una lección para más adelante. Jamás he vuelto a permitir que las cosas se degradaran de aquel modo.

Bas, el bueno de Bas, aún intentó ayudarme aquella misma tarde, aunque no tuviera ningún motivo para ello. Debí de ser una anfitriona muy incompetente, aunque al día siguiente ya no me acordaba de lo que habíamos hablado ni de cómo me había comportado, porque en una situación dolorosa como aquella se actúa como en un sueño o en un estado de embriaguez. En esos casos, con los sentidos medio entumecidos, se funciona solo externamente mientras las emociones dan vueltas de forma frenética. En algunos momentos

de aquella velada me dio por hablar sin cesar, saltando continuamente de un tema a otro, y sin escuchar; en otros, guardaba silencio y la conversación me era indiferente. Bas, con educación, hacía ver que le reconocía a John van der Lelie el monopolio del saber. No le contradijo en ningún momento y escuchó con fingido interés.

Érica se comportó como una mánager, animaba a su jefe y le hacía de apuntadora en su papel de periodista omnisciente. Nunca la había visto tan diligente y al mismo tiempo tan incómoda, sobre todo cuando Van der Lelie dijo que él la conocía mejor que nadie, que ella estaba bajo su protección personal y que su mayor vocación era instruirla en los secretos de la vida. A la hora del café sentí el impulso de decirle a Van der Lelie que Érica era una mujer de gran talento y que era lamentable que subestimara sus capacidades. A modo de respuesta, él colocó una mano paternal sobre la rodilla de Érica y apeló a su juventud y a las responsabilidades de la vida periodística. Después de que Érica le acompañara a la puerta para despedirle irrumpió en mi dormitorio y me reprochó mi entrometimiento y «el estúpido comentario» respecto a su trabajo. Bas la cogió por los hombros y la zarandeo con suavidad, como se hace para llamar al orden a un niño que se ha pasado de la raya. Pero Érica se zafó de él y le espetó que le ahorrara su intervención paternalista.

—Bea y yo nos las apañamos perfectamente solas. Ella sola se basta.

Érica lanzó una mirada desafiante en mi dirección, pero yo me había apartado de ellos y estaba desvistiéndome para la noche. Cuando estábamos juntas ella y yo con frecuencia andábamos medio desnudas por la casa, pero en presencia de Bas la cosa era lógicamente diferente. Érica salió de la habitación. Yo había contado con ello. Fui consciente de que me había aprovechado de la protección que me ofrecía Bas. Al cabo de un instante oímos a Érica bajar las escaleras y dar un fuerte portazo.

—Espero que consiga alcanzar a Van der Lelie —dijo Bas en un tono seco.

Quise objetar que Érica no iba a casa de su jefe, pero no dije nada. Además, no tenía ni idea de dónde pasaba las noches cuando salía.

Más tarde, en la cama, Bas me tomó entre sus brazos como si no hubiese sucedido nada particular. Me hice la dormida y un rato después lo oí respirar de forma relajada. De nuevo pasé horas desvelada. Pero esta vez salí de la cama sin hacer ruido y esperé la luz del día en la habitación de Érica.

No fue hasta el día siguiente, durante nuestro paseo a lo largo de los canales, cuando Bas sacó a relucir los sucesos de la noche anterior.

Comprendí entonces que él era consciente del problema. Se daba cuenta de la situación mejor que yo; eso lo veo ahora claramente. Sin embargo, frenado por su natural discreción, por tacto y por que sabía que yo andaba a tientas en la oscuridad, dejó de ayudarme.

Me dijo titubeante que seguro le acusaría de no ser imparcial y de tener prejuicios, pero que aun así quería manifestarme su opinión de que Érica y yo éramos incompatibles, que la convivencia no nos hacía felices a ninguna de las dos. No supe qué contestar. Bas llevaba razón y yo no fui capaz de decirle que todo había sido diferente antes de que él entrara en nuestra vida. «Nuestra» vida, pensé, y el ser consciente de esa idea me dio la inevitable respuesta a mi duda. Si algún día regreso a Ámsterdam, continuarán ahí los jalones de aquel paseo que hicimos Bas y yo el lunes de Pentecostés. El camino que elegimos por detrás de los canales Achterburgwallen se me ha quedado grabado en la retina como si las impresiones durante aquel paseo hubiesen querido ser proporcionales en profundidad a mi dolor y confusión.

Cuando llegamos a casa, no logré abrir la puerta de entrada. La llave giraba, sí, pero por mucho que manipulamos la cerradura, no hubo manera de conseguir movimiento alguno en la puerta. No hubo reacción al timbre que apreté durante un buen rato sin mucha esperanza. Imaginé que Érica no estaba en casa, pero quise darle una oportunidad. La casa permanecía en silencio. Como éramos los únicos vecinos del inmueble y las oficinas de abajo estaban cerradas, no hubo más remedio que salir en busca de un cerrajero o un carpintero. Después de múltiples contratiempos conseguimos persuadir a un fontanero del callejón de atrás para que saliera de su casa. El hombre no se anduvo con contemplaciones con la puerta, y, pese a la generosa remuneración que Bas le ofreció, se negó a realizar en su día libre la reparación necesaria para nuestra seguridad. Al subir la escalera le pedí a Bas que me precediera para «pillar a los ladrones». Yo estaba en verdad un poco inquieta, así que me quedé esperando arriba en el pasillo. Cuando Bas entró en la habitación de Érica, le escuché exclamar: «¡Me cago en la hostia!», y a continuación el saludo somnoliento de Érica. Sin decir nada más, Bas salió de su habitación y pasando por delante de mí entró en la cocina. Me lo encontré frente al fregadero, bebiendo un vaso de agua. Con un gesto de la cabeza en dirección

de Érica, dijo entre dos sorbos de agua:

—Está como una cuba.

Más tarde acusó a Érica de haber echado a propósito el pestillo a la puerta y no aceptó las disculpas que ella le ofreció: que no se había dado cuenta porque había bebido y que luego no había oído el timbre. El enfrentamiento empezó en la cocina y alcanzó su punto álgido en mi habitación, donde incluso se empujaron. Yo me había refugiado en mi cuarto cuando Érica fue a rebatirle a Bas que estuviera borracha. Érica salió al pasillo y, con aspecto desaliñado y medio aturdida, le espetó:

—¿Quién está aquí como una cuba, eh, maldito embustero?

La bronca empezó de este modo y terminó con Bas marchándose de casa. Durante todo aquel rato yo había permanecido sentada en un rinconcito de mi sofá-cama apretada contra los cojines. Me había sido imposible levantar la vista de mis manos entrelazadas y ni tan siquiera fui capaz de intervenir cuando Érica, en un arrebatado de cólera, cargó contra Bas con una silla. A las calumnias, insultos y reproches que ella le lanzó, él respondió con sarcasmo e insinuaciones. Sin embargo, no capté del todo lo que Bas le decía; las palabras rebotaban sobre mis tímpanos, no dejé que me alcanzaran.

Ni un mes más tarde el eco de su voz resonó en mi cabeza y relativamente poco tiempo después supe, por boca de la propia Érica, que lo que había insinuado Bas entonces era verdad. El día de la discusión yo me había mantenido al margen. Así fue como perdí a Bas. No volví a verle nunca más. Unos días después de Pentecostés me enteré en la oficina de que había dejado el trabajo. Solo yo conocía sus motivos.

Me sentí aliviada. Las horas de remordimientos y autorreproches ya no significaban mucho en comparación con aquella sensación de alivio. Además, Érica y yo estábamos entretenidas con los planes para nuestro viaje por Francia. Estuvimos preparando cada detalle hasta el infinito, con la ilusión de dos quinceañeras a punto de emprender un viaje e ir de *camping*. Nunca habíamos estado tan unidas. Nos pasábamos horas deliberando, nos enzarzábamos en porfías tontas sobre nimiedades, examinábamos guías y mapas y nos divertíamos como niñas con nuestras fantasías. Así y todo, cuando partimos en la segunda mitad de julio, el azar fue nuestro compañero de viaje. Érica no había sido capaz de comprometerse con nada y yo sabía que, pese a todos los preparativos, nos lanzábamos a la aventura. No podía sospechar

entonces que la ilusión previa a nuestra salida había sido lo mejor. Ni tan siquiera la distancia de los años me ha permitido olvidar el suplicio que supuso aquel viaje para mí.

Tomamos el tren hasta París. Érica insistió en que a partir de allí hiciéramos autostop hasta Niza y yo acabé cediendo. Los días en el pequeño hotel de la Rive Gauche, constituido en nuestro cuartel general, transcurrieron muy rápido. Debido al ritmo que me imponía Érica, yo estaba tan cansada que me imaginaba la Riviera como un balneario. Érica estaba fuera de sí. Solo descansaba un rato cuando encontraba una terraza de un café que le gustara, pero aun así no paraba de moverse en la silla para que no se le escapara nada y a menudo se levantaba de un salto para ir a ver cualquier cosa que le hubiese llamado la atención. Aunque habíamos pactado que cada una haría su vida, de día siempre estábamos juntas. Pronto me percaté de que Érica era una turista mucho menos convencional que yo. Siempre necesito tiempo para acostumbrarme a un entorno nuevo y busco amparo en la guía Baedeker. Aquellos días los dediqué simplemente a acompañar a Érica adonde ella quisiera, y, la verdad sea dicha, a su lado me sentía protegida. Ella no parecía poner ningún reparo a mi compañía, aunque de vez en cuando, si me atrevía a protestar con timidez contra su frenético ritmo o le suplicaba una horita de descanso, me contestaba mal. Visitamos algunos museos, eso sí, aunque Érica tenía poca paciencia para visitas que se prolongaran más de una hora. Sabía dónde estaban los cuadros que quería ver y se dirigía directamente hacia ellos. Los examinaba durante un cuarto de hora, sin prestar atención a las obras maestras cercanas. Lo que veía, lo veía bien, y eso le bastaba.

—En Ámsterdam tampoco lo hago —contestó cuando protesté por su falta de interés en ver más cosas—. Eso de dar vueltas por los museos es puro esnobismo. —Y, con un movimiento del brazo con el que se refería a las masas de turistas que nos rodeaban, añadió—: ¡Y ellos qué sabrán! Solo están aquí porque hay que ver tal o cual cosa.

A Érica lo que más le interesaba era la propia ciudad de París, los parisinos y, en especial, la vida en Montmartre y en Montparnasse. Su sentido de la orientación era sorprendentemente bueno, con lo que no perdíamos tiempo buscando los sitios. Con todo, deambulábamos durante horas por las calles y, al final, siempre íbamos a parar por azar a los lugares que la guía Baedeker destacaba como curiosidad. Érica no tenía ningunas ganas de

compañía y si algún hombre intentaba probar suerte con las dos turistas femeninas era increpado de forma grosera. A pesar de su limitado vocabulario en francés, que por cierto era bastante más extenso que el mío, conocía al dedillo el argot de los improperios. Sospeché que habría aprendido esas expresiones durante sus salidas nocturnas. Cada noche, como si lo hubiéramos acordado previamente, nos despedíamos y yo buscaba el camino de regreso al hotel, mientras que Érica, tal como lo denominaba ella misma, «se iba de picos pardos». Yo no comprendía cómo aguantaba durmiendo tan poco. A pesar de ello, era siempre la primera en levantarse y aporreaba mi puerta hasta que yo la abría. No sabía a qué hora llegaba al hotel y menos aún dónde pasaba la noche. Imaginé que en los locales nocturnos de Montparnasse y Montmartre, pero, por una vieja costumbre, me negaba a indagar. Ella se había propuesto como objetivo no perder ni un solo minuto de tiempo. Después de cada experiencia vivida e incluso durante la misma, yo notaba que ya estaba deseando la siguiente. Érica quería verlo y vivirlo todo, probar todas las bebidas desconocidas, saborear todos los manjares nuevos, estudiar todas las usanzas y costumbres francesas, descubrir París entero. Su actividad era frenética, tanto física como mentalmente.

Más tarde, mucho más tarde, comprendí que durante aquellos días ella fue consciente de todo cuanto se había perdido en la vida: disfrutar despreocupadamente, sin pensar, sin responsabilidades, sin rendir cuentas a nadie ni a sí misma. Aunque sus circunstancias nunca se lo habían permitido y su educación le había impedido vivir con despreocupación, aquella filosofía de vida parecía escrita para ella. Durante aquellos cuatro días Érica arrojó por primera vez el lastre por la borda y tocó la sirena de niebla. Navegó por París en un barco pirata, el viento en popa, el ancla levada.

El presupuesto que habíamos previsto para la ciudad se agotó a los dos días y cuando vi que el dinero para la Riviera también había quedado mermado, envié un telegrama a Ámsterdam para recuperar el resto de mi pequeño capital, sin decirle nada a Érica. Ella era totalmente ciega ante cualquier limitación material y yo no quise romper su embeleso.

5

No es de extrañar que me sea imposible recordar con nitidez nuestras experiencias parisinas. Hubo un exceso de presión, un exceso de todo. Probablemente fue mi agotamiento, que no tardó en llegar, lo que me impidió preservar en la memoria las impresiones de aquellos días. No hice más que correr detrás de Érica. Sí recuerdo, cómo no, la tarde en que conocimos a Judy en un restaurante. No habíamos tenido tiempo de desayunar y, cuando al fin nos acomodamos en un pequeño bistró, eran ya las tres. Yo tenía tanta hambre que me sentía mal, pero no había conseguido frenar a Érica para llenar mi estómago vacío. En el restaurante solo había una mujer joven en un rincón sentada a una mesita frente a la nuestra y dos matrimonios de provincia en la mesa de al lado que al parecer estaban haciendo el viaje para el que habían ahorrado toda una década. Ví que la mujer americana había entablado una conversación con sus vecinos. Con los hombres se comportaba con especial coquetería, y percibí, divertida, que los caballeros veían brillar en ella la seductora señal verde de «la aventura parisina». La entusiasta respuesta de los señores a los encantos de la mujer fue frenada en el acto por la firme actitud de las dos amas de casa que conocían por experiencia propia las ominosas señales que emitían los ojos titilantes, el cuello sonrojado y la respiración agitada. Los hombres se enfriaron a ojos vistas y enseguida propusieron marcharse. Por su ropa, su peinado y su maquillaje era obvio que la joven era americana. Esa es una *tirée*, observó Érica con énfasis, «una mujer de armas tomar». El traje de chaqueta de la mujer contrastaba fuertemente con los sencillos gabanes de sus vecinas y pensé que también Érica y yo parecíamos unas provincianas a su lado. En realidad, esa clase de jóvenes americanas, las llamadas bohemias (París estaba lleno de ellas), vestían de forma informal y desaliñada. Una elegancia descuidada que indicaba sin duda una voluntad de

estilo. A Érica ese tipo de mujeres le parecían atractivas e interesantes. Una vez se hubieron marchado los dos matrimonios, la americana nos miró un instante y a continuación se acercó a nosotras.

—Do you mind if I sit down? —preguntó sin cortarse lo más mínimo—. I feel lonesome.

Érica, sonrojada, le acercó una silla en el acto. Aposté a que en menos de diez minutos la americana nos haría un rápido esbozo de sus circunstancias. Se encontraba sola en París y estaba en proceso de divorcio de su marido, quien sin embargo le había regalado un viaje a Europa gracias a una agencia de viajes de cuyos asuntos jurídicos se ocupaba. A pesar de la generosidad del marido, ella no hablaba nada bien de él.

La falta de pudor que mostró aquella mujer al hablar de su vida privada me chocó. No me cayó nada bien, pero Érica parecía fascinada por ella. Y así fue como Judy se convirtió aquella tarde en la Tercera en la Alianza, si bien debo confesar que, a partir de aquel momento, tuvo lugar un desplazamiento en nuestra relación y que pronto me tocó a mí hacer la función de remolque. En numerosas ocasiones estuve tentada a dejarlas plantadas con cualquier excusa, pero no fui capaz y permanecí junto a ellas. Al cabo de una hora, Érica y Judy ya caminaban cogidas de la mano o del brazo. Yo no daba crédito a lo que veía; simplemente iba detrás de ellas, resignada. La amistad entre las dos fue breve pero intensa y la ruptura se produjo antes de la cena con una pelea en las que se lanzaron descalificaciones tan groseras que incluso llamaron la atención de los parisinos circundantes. Después de un *drop dead* lanzado por Judy y una maldición pronunciada con igual contundencia por Érica, nuestros caminos se separaron. Yo ni siquiera sabía qué había sucedido entre ellas, dado que el espectáculo había tenido lugar en Le Printemps frente al mostrador de los bolsos donde Judy quería comprarle un regalo a Érica, mientras yo miraba discretamente unos pañuelitos de seda enfrente. Una vez en la calle, Érica apretó el paso. Visiblemente afectada fumaba un cigarrillo tras otro mientras caminábamos en silencio.

—¡Bonito espectáculo habrá sido esto para ti! —me dijo de repente.

—No muy bonito, la verdad. ¿Qué pasó?

—Da igual; no lo comprenderías —fue la respuesta.

Yo me había sentido toda la tarde como un perro apaleado y aquella respuesta fue la gota que colmó el vaso. Vi una boca de metro al otro lado de

la plaza que estábamos cruzando y sin decir ni una palabra salí corriendo hacia allí y busqué el tren para regresar al hotel. Oí que Érica me llamaba, pero la ignoré. Durante el trayecto me hundí en una depresión que me impedía ver el más mínimo puntito de luz. Y, como necesitaba algún tipo de actividad para salir del agujero, una vez en mi habitación, me puse a hacer la maleta, enfurecida. En aquel momento yo creía que lo que quería era huir de Érica como fuese, desaparecer antes de que ella me siguiera hasta el hotel. Más tarde comprendí qué es lo que yo había estado deseando de verdad: que Érica se preocupara por mí, que sintiera inquietud y remordimientos cuando se diera cuenta de que me había ido. En mi cabeza se repetían las palabras «pérdida de autoestima» que no dejaban espacio para ningún pensamiento positivo. Al cabo de muy poco tiempo estaba yo arrastrando mi maleta y bolsas escalera abajo. Ni siquiera fui capaz de esperar el ascensor. En aquella jaula enrejada, que cumplía su función a trompicones, habría estado condenada a sufrir pasivamente y necesitaba mantenerme en movimiento para defenderme de la angustia que me oprimía. Pagué mi cuenta y moví la cabeza negativamente cuando Madame me presentó la factura de la habitación de Érica. Aunque era yo la que administraba el fondo de nuestro viaje y aun sabiendo que ella casi no llevaba dinero encima, me negué a pagar lo suyo. Llegada a la puerta exclamé dándome la vuelta: *Mon amie reviendra pour ses bagages et l'addition!* Aquella fue la única vez que reaccioné instintivamente con un gesto de venganza ante el comportamiento de Érica. ¡Aún me sorprende mi reacción! Apostada al otro lado de la calle, donde esperaba un taxi, al fin me calmé lo suficiente para preguntarme adónde podía ir. Como me faltaba valor para proseguir el viaje sola, decidí regresar a Holanda. En aquel momento vi a Érica corriendo hacia el hotel. Me escondí todo lo que pude detrás de un árbol, pero ella se dirigía tan resuelta al hotel que no alzó ni volvió la mirada. Permanecí allí un rato. Varios taxis vacíos pasaron por delante de mí y no llamé a ninguno. Seguramente fue poco el tiempo que estuve allí y, sin embargo, durante aquellos minutos, que me resultaron eternos, comprendí con claridad que apenas me quedaba ya nada de la fuerza de voluntad de la que me había ufanado hacía un rato. Con un amargo sentimiento de humillación, hice balance. La imagen de Bas y Érica peleándose en mi habitación aquel lunes de Pentecostés acompañaba las palabras de Bas cuyo significado se me reveló de repente. «Oye, guapa, tu afecto por Bea se basa en emociones patológicas. Eres una mujer peligrosa». Érica había vuelto a salir del hotel y recorría la

calle con la mirada. En aquel instante decidí huir de aquellas palabras de Bas y regresar con Érica. Ella me cogió la maleta y con el hombro me empujó suavemente hacia un pequeño bistró situado en una esquina. Yo prorrumpí en sollozos, atenazada por la angustia.

Dramas como este, que ahora se me figuran escenas infantiles y absurdas, se produjeron un par de veces más durante aquel viaje. Yo tenía la impresión de que Judy nos perseguía. En mis mejores momentos, mi sano juicio me decía que este era efectivamente el caso. En los instantes de desaliento, en cambio, justificaba la presencia de Judy con la idea de que nuestro viaje discurría paralelo al suyo, dado que seguíamos la ruta habitual hacia el sur. Me engañaba pensando que Érica me colocaba en situaciones dolorosas y humillantes contra su voluntad y por culpa de otras personas. Mi fuerza se basaba en este autoengaño. Y lo agradezco porque esta idea, únicamente esta, fue la que más adelante me permitió recuperar mi autoestima y aceptar todo lo que había sucedido. Ahora, después de tantos años, todo aquello ha perdido importancia. Hace ya mucho que los actos de Érica adquirieron otro significado para mí.

Érica reconoció a Judy cuando esta estaba recorriendo la catedral de Chartres, aburrida, oculta tras unas gafas de sol cuya excéntrica montura le confería aspecto de payaso. Visto en retrospectiva, me hace sonreír que aquella mañana yo le concediera un significado simbólico a la imagen de la vida de Cristo tallada en madera siglos atrás por unas manos portentosas y que esa imagen me llamara más la atención que los famosos vitrales. Me sentía la mártir mientras Érica y Judy, sentadas en un banco de la iglesia, hacían las paces después de su riña del día anterior. Las efigies de madera me inspiraron hasta tal punto que ofrecí la otra mejilla y decidí continuar el viaje hacia el sur con ellas en el pequeño Renault de Judy. En Tours volvieron a separarse nuestros caminos a causa de una segunda pelea. Esta vez el motivo de la disputa fui yo, y Érica se mantuvo leal a mí, aunque con toda seguridad hubiese preferido tomar partido por Judy. Es más, me impresionó la rudeza con la que ella arremetió contra Judy. En un periodo de tres semanas yo ya había sido testigo de tres de esos arrebatos de Érica y cada vez me había impresionado su vehemencia. Su rostro transmitía odio, como si detrás de sus palabras hubiera una caldera de vapor a punto de estallar. Yo notaba que con aquella rabia Érica manifestaba mucho más de lo que en aquel momento era

capaz de sentir, más de lo que el incidente en sí justificaba. Cada vez que Érica discutía con Judy, yo me quedaba perpleja y al mismo tiempo me invadía una hilaridad que trataba de reprimir. De hecho, aquella intensidad emocional entre las dos mujeres era ridícula. En los años siguientes, me fui dando cuenta de que las mujeres del ambiente en el que se movía Érica eran propensas a los excesos, tanto en el amor como en la animadversión. Se relacionaban entre sí como niñas pequeñas que en un santiamén pasan de pegarse y arañarse a abrazarse cariñosamente confiándose secretos íntimos y prometiéndose amistad eterna. Pero entonces yo aún no estaba acostumbrada a ese tipo de comportamientos. En Tours desequilibré la balanza al negarme a almorzar en el restaurante más caro y declinar la invitación de Judy. Nuestro presupuesto para el viaje alcanzaba para pan, queso y vino, a lo más en un mesón de pueblo, y solo yo sabía de dónde procedía el dinero para aquellas comidas sencillas. Aunque no quería desvelar el secreto de nuestro fondo reforzado, tampoco quería dilapidar mi dinero con excesos innecesarios solo por mantenernos a la altura de Judy. Y me negaba a aprovecharme de los beneficios que la situación económica de Judy podía proporcionarnos. Cuando más adelante continuamos el viaje en el automóvil de un matrimonio inglés, Érica me acusó de ser inflexible y una sabelotodo, aunque probablemente lo dijo en broma. El viaje resultó muy agradable. Aunque con la discreción propia de los ingleses, el matrimonio se mostró amable y atento. Nos llevaron hasta Niza. Nos citábamos siempre en su hotel a una determinada hora para salir y durante los tres días que duró el viaje nos dejaron completamente libres, solo nos cedieron los asientos de su coche. Tuvimos mucha suerte y aquellos tres días fueron ideales. En Niza volvieron los problemas. Érica se entusiasmó con la ruleta, una pasión que yo no solo no compartía sino que temía. Sin embargo, no dejé de acompañarla y me divertí mirando y filosofando. En cierto momento apareció Judy en la sala de juego y, tras fundirse en un efusivo abrazo, las dos mujeres volvieron a ser inseparables a partir de aquel momento. Debo reconocer que el pequeño Renault de Judy nos hizo un buen servicio. Vimos toda la costa hasta la frontera italiana y, gracias a que me mantuve al margen de todo, quedé fuera de tiro. Yo era la espectadora neutral, una posición que yo misma me obligué a adoptar y que, pese a algunos momentos desagradables, supe mantener mediante un esfuerzo de autodominio. Solo así era viable aquella expedición y mi neutralidad resultaba irreprochable. En apariencia yo era del todo independiente de Érica y dudo de

que ella se percatara de mi lucha interior. De cuando en cuando me ofrecía alguna muestra de amistad que yo aceptaba con discreción. Seguramente Érica buscaba esos breves contactos conmigo porque en ciertos momentos necesitaba un testigo que reafirmara la realidad de sus maravillosas experiencias. Después de un par de días conseguí alejarme de ellas cada vez que llegábamos a un determinado lugar o ciudad. Nos citábamos para la hora de salida y yo salía a explorar sola. Érica y Judy casi nunca tenían en cuenta la hora, claro, y a menudo me tocaba esperarlas un buen rato. La ventaja era que así al menos veía lo que me interesaba o me llamaba la atención sin la mortificante compañía de ellas dos. El problema eran sobre todo las noches, porque no había manera de mantener a Érica alejada de las salas de juego. A veces recorríamos un montón de kilómetros en coche para llegar al casino más cercano, que se tragaba a Érica y Judy. Mientras tanto yo me dedicaba a deambular por la calle. Más tarde me enteraba, por sus conversaciones, si habían ganado o perdido. Comprendí entonces que Judy le daba dinero a Érica para el juego. Las horas nocturnas de frescor que yo pasaba sola en mi habitación de hotel se me hacían siempre muy largas. No lograba conciliar el sueño. Y ni siquiera me hizo efecto el tranquilizante en polvo que me había vendido un farmacéutico de Niza tras farfullarle lo que me sucedía. Dado que solo disponíamos de dieciséis días de vacaciones y Érica seguía empeñada en verlo «todo», continuamos el viaje en coche sin detenernos. Cuando me sumerjo en los recuerdos de la Côte d'Azur, la imagen que prevalece sigue siendo la del pequeño Renault gris recorriendo sin parar los bulevares, con Judy al volante, Érica a su lado y yo detrás. El «lugar de relax» que yo había imaginado con ilusión en París fue en realidad —y lo es en mi recuerdo— una casa de locos. Sé que pasé horas tumbada en la playa, pero ya no recuerdo dónde. De vez en cuando veía a Érica y Judy. Tomaban el sol abrazadas en la playa o bien jugaban con una gran pelota de goma que se lanzaban la una a la otra con el alboroto y la algarabía de unas colegialas. Enfundadas en unos bañadores franceses cortos, lucían sus cuerpos bronceados y brillantes de aceite. Cuando me reconocían, me saludaban con un indolente «hola», aunque la mayoría de las veces lograba pasar por delante de ellas sin que me vieran.

Evité los bulevares más animados después de que en cierta ocasión Érica y Judy, sentadas en la terraza de un café, me ignoraran aposta. Deslumbrada por la intensa luz del sol, me encontré de repente bajo la sombra de una

marquesina y al principio no las reconocí. Me vi frente a un gran círculo de mujeres, a juzgar por su aspecto americanas y francesas, que tomaban Pernod con aburrimiento mal disimulado. El grupo lo componía una mujer de mediana edad con aspecto masculino rodeada de unas seis chicas jóvenes vestidas y peinadas con una sofisticación orientada a diferenciarlas de almas menos complicadas. Recorriendo el grupo con la mirada, descubrí entre ellas a Érica y Judy. Se intercambiaron una rápida mirada de advertencia y seguidamente Érica me dirigió una leve sonrisa a modo de saludo. Volví sobre mis pasos y me fui de aquel lugar a toda prisa. Fue una huida ridícula cuya humillación sentí aún durante mucho tiempo. A partir de entonces los bulevares ya solo significaron para mí lugares de tránsito hacia la playa y me limité a visitar pueblecitos y balnearios. Los largos paseos que hice por Antibes, Cagnes, Saint Paul, Villefranche y todas las demás localidades los veo ahora como la espectadora de un documental en la que la figurante, a la que apenas se presta atención, debe subir la escalera de la catedral para infundir un poco de vida a las imágenes, colocarse frente a la puerta del ayuntamiento o caminar por una carretera rural hacia donde apunta la cámara. Y lo que esa figurante piense o sienta, a pesar de su cara animada y su paso enérgico, carece de importancia.

Cuando llegó el día en que debíamos regresar a Holanda, Érica me comunicó escuetamente que iba a quedarse un poco más. Judy, quien estaba presente cuando Érica me hizo saber su decisión, me miró desafiante, de modo que yo no reaccioné.

—Call the paper and tell them I contracted a disease —dijo Érica—. Tell them something, I don't care what¹.

En efecto, a Érica le daba completamente igual no reincorporarse a tiempo al trabajo, no le creaba ningún remordimiento de conciencia. Aunque durante todo aquel tiempo había sido consciente de que las vacaciones llegarían a su fin y había aprovechado sus días al máximo, cuando llegó el momento de volver a casa, sencillamente no se vio capaz. Como una concesión hacia mí, convenció a Judy de que me acompañara a la estación de Niza, lo que me demostró que Érica tenía cierto cargo de conciencia respecto a mí. Pero yo estaba demasiado abatida como para detenerme a pensar en eso. Después de una fría despedida frente al edificio de la estación, ellas partieron en coche y yo seguí al mozo que portaba mi equipaje.

6

Érica no regresó hasta finales de agosto. Más adelante me confesó que lo único que la había impulsado a volver a Ámsterdam fue la marcha apresurada de Judy a los Estados Unidos debido a la amenaza de guerra. Durante todo aquel tiempo yo no había tenido noticias suyas. Tres veces al día buscaba en vano en el buzón una carta o, al menos, una postal. Aguzaba los oídos para oír la primera entrega de correo de la mañana. A menudo me iba a casa a almorzar cuando mi inquietud aumentaba para estar pendiente del correo del mediodía y por la tarde me quedaba en casa al acecho del cartero. A medida que se agravaba la crisis internacional y aumentaba el temor a una invasión alemana, crecía mi preocupación por Érica. La crisis me sirvió para justificar mi preocupación y me brindó la ocasión de desahogarme con mis compañeros de la oficina hablándoles sobre la ausencia de Érica, aunque lo cierto era que el mundo podría haber estallado a mi alrededor sin provocarme más congoja que la que me causaba mi conflicto con Érica. Mis problemas personales me absorbían por completo. A menudo las guerras brindan una coartada o una salida a las personas angustiadas que no ven salvación o futuro en su propia vida y que esperan en silencio una catástrofe externa que acabe con su insoportable situación.

A lo largo del año anterior, el mundo se había situado fatalmente al borde del precipicio y, sin embargo, los terribles sucesos acaecidos en España, Austria, Múnich y Asia, por ejemplo, apenas me habían afectado. Yo no hacía sino darles vueltas a mis experiencias y problemas, como un caballo en el picadero. Las anteojeras me evitaban ver cualquier cosa que no fuera Érica corriendo delante de mí y a quien no lograba —ni debía— adelantar. En aquellos días encontré alivio a mis pensamientos atormentados comentándole a todo el mundo mi inquietud por la desaparición de Érica, que relacionaba

con la crisis internacional. Llegué tan lejos en mi autoengaño que incluso telefoneé al periódico. Van der Lelie me aconsejó recurrir al cónsul de Niza. Se ofreció a enviar él mismo el telegrama. Quizá el cónsul podría enterarse de si Érica había sido ingresada en algún hospital. «Estuve a punto de llamarte», me dijo su jefe en tono serio; «yo también estoy muy preocupado». Al parecer Van der Lelie se había tragado el cuento de la enfermedad de Érica.

Cuando el 29 de agosto se anunció la movilización total, yo estaba al borde de un ataque de nervios. Pero al día siguiente, hacia la una de la tarde, se presentó Érica en casa. Había regresado en avión y su acalorado relato sobre la experiencia de su primer vuelo neutralizó nuestro reencuentro. Al cabo de poco bajó corriendo las escaleras para ir al periódico. De repente tenía prisa por llegar a su despacho a tiempo. Y un instante después, mientras me dirigía hacia el tranvía caminando a lo largo del canal, la vi doblando la esquina a toda velocidad en su bicicleta, como si nunca se hubiera ido. Por la noche, como siempre, me puse a cocinar y ella, sentándose a mi lado, me dijo:

—Me he comportado como una grosera, Bea. Pero es que no pude actuar de otra manera. Aquello era demasiado maravilloso. Olvídate de todo, si puedes, y, si no puedes, échame la bronca ahora mismo, pero deja de mirarme con esos ojos de perro apaleado.

Con esas palabras Érica dio el asunto por zanjado. Me acabé la cena como pude y, con la excusa de que había quedado con alguien, salí de casa nada más acabar de lavar los platos. Estuve dando vueltas por el centro hasta medianoche y cuando regresé a casa, en apariencia había conseguido recobrar el dominio de mí misma. Ahora puedo reconocer que mi felicidad por el regreso de Érica fue tan grande que era obvio que la supuesta «lucha interior» no había sido más que teatro, una comedia que yo había representado solo para mí misma y con la que creía asegurar un final apropiado al drama.

Reanudamos nuestra vida habitual con la única diferencia de que llegaban unos gruesos sobres de los Estados Unidos varias veces a la semana y Érica pasaba largos ratos escribiendo cartas.

Aquel otoño Érica consiguió llenar su vida. Tal vez se nutría de los recuerdos del verano que tanto había disfrutado o puede que la agitación y el desasosiego causados por la tensa situación política le procurasen distracción. Sucedían tantas cosas dentro y fuera de las fronteras que a Van der Lelie no le quedó más remedio que echar mano de las habilidades de Érica. Con

frecuencia ella hacía horas extras y ya en octubre le ofrecieron el turno de noche en el periódico. Solía llegar a casa con historias fuertes y por primera vez desde que nos conocíamos empezó a pronunciarse claramente sobre el fascismo y los nazis. Como era de esperar, se volvió muy radical y a menudo sus enardecidos discursos resonaban por el piso. Su odio hacia los alemanes, que no conocía límites, se lo hacía pagar a Madre al ser esta su adversaria más accesible.

—Escucha, Bea, la burra de mi madre, es fantástico, dice que la salvación de Europa está en manos de Hitler y deberías oírla despotricar contra los judíos. Seguramente porque padre lo es. ¿No te lo había contado nunca? Pues sí, soy medio judía. Bueno, quizá no sea este el motivo, aunque a ella no le importaría ver a mi padre muerto. Es una mujer estúpida, Bea, y frustrada con la vida. Ya sabes, justo el tipo de personalidad que va detrás de esa banda de nazis. ¡Para colmo es mi madre! —Y añadió, decidida—: No volverá a entrar en esta casa; tenlo presente.

Yo no había vuelto a ver a su madre en meses y no parecía que esta, tan ocupada como estaba con su actividad política, fuese a tener tiempo de visitar a su hija. A Érica no se le ocurrió pensar que yo no podía echar a su madre de casa si esta se presentaba de improviso. Curiosamente, ella sí que solía ir a visitar a su madre. Quizá no era capaz de resistir la tentación de soltarle cuatro verdades bajo el pretexto de una discusión política, y así manifestarle el desprecio, tanto tiempo reprimido, que sentía por ella. Las bromitas que Érica solía hacer sobre su madre se acabaron para siempre. De vez en cuando empezó incluso a hacer algún comentario referido a su pasado del que tenía una visión de todo menos alegre. Viendo las reacciones de Érica hacia su madre nacionalsocialista, llegué a comprender cuánto desprecio, odio y rabia contenida se habían ocultado en sus bromas y anécdotas. Aquellas tormentosas visitas a su madre parecían producirle una cierta satisfacción a Érica.

En noviembre, Érica se afilió a una asociación cuya misión era recibir a niños judíos en la frontera con Alemania. Además, asistía a reuniones políticas, incluso a las de los nazis holandeses, en cuya agitación participaba y de las que de vez en cuando la echaban, como contaba con orgullo infantil.

—Espero que Madre lo haya visto —dijo.

—¿Estaba ella en la reunión? —le pregunté.

—Seguramente. Esa mujer se ha vuelto completamente majara.

—¿Y qué dice el general?

—Vaya pregunta. Ese es de la misma cuerda, obviamente. ¿Acaso no lo conoces?

Por aquel entonces Érica dividía la humanidad en buenos y en militantes del NSB, el movimiento nacionalsocialista holandés. A todo el mundo veía bajo ese mismo prisma.

—Ese es un nazi en potencia —opinaba de unos y otros—. Aquel va por mal camino o está a punto de cambiar de bando.

Así, más de un ciudadano inocente quedaba bajo sospecha, aunque en algunos casos Érica acertaba.

Yo aborrecía toda aquella agitación, así que me mantenía al margen. Con todo, de vez en cuando me dejaba convencer por Érica y le hacía alguna tarea de tipo administrativo de las que ella se había responsabilizado y que luego nunca realizaba, o bien leía los libros y los panfletos que traía a casa. El fanatismo político nunca me ha merecido un gran respeto. Por aquel entonces mi fe en la humanidad ya era escasa, y ahora que tengo cuarenta y pico años, estoy convencida de que aquellos que, como dicen aquí, en los Estados Unidos, están en el *soapbox*, es decir, los políticos de ampulosa oratoria, poseen más premura que buena voluntad. Y, además, como en el caso de Érica entonces, quieren poblar las solitarias estepas de camaradas y adversarios. Siempre que me manifestaba de esa manera, me las tenía que ver con Érica. En cierta ocasión me reprochó que pensara siempre lo peor de la gente y que careciera de amor. Sus duras palabras me rondaron la cabeza durante días. Tuve que reconocer que algo había cambiado en mí, que estaba amargada, y en silencio le echaba la culpa a Érica.

Las ambiciones políticas de Érica llegaron pronto a su fin. Su amor al prójimo no fue capaz de resistir las intrigas de Van der Lelie y arrojó las armas tan rápido como las había tomado. De nuevo volvía a quedarse en casa y no hizo ni un comentario más referido a la amenaza del nazismo. Tardó más o menos una semana en desvelarme, a duras penas, las razones de su cambio de actitud.

No me extrañó nada que Van der Lelie se hubiera afiliado al NSB. A mi parecer, la camisa negra le pegaba mucho a aquel tipo. Por la ciudad ya habían corrido rumores acerca de las simpatías que profesaba la dirección del periódico. Van der Lelie no arriesgó nada cuando obligó a Érica a elegir entre

la acción política y el periódico. En ese punto fui yo quien adoptó una actitud combativa y le manifesté a Érica mi sorpresa por el hecho de que hubiera renunciado tan fácilmente a sus convicciones. Al principio adujo todo tipo de excusas: que si Van der Lelie la había amenazado con que no encontraría trabajo en ningún otro sitio; que no le daría referencias o que se las daría malas; que advertiría a los demás periódicos; que, en el caso de que le ofrecieran un empleo, tendría que empezar de cero; que no ganaría lo suficiente; que además no había más trabajos periodísticos disponibles para una mujer; y que en la política podían prescindir de ella perfectamente. Y al final Érica concluyó:

—En realidad, ¿qué más da?

Sus justificaciones no me parecían aceptables, obviamente, pero no quise insistir. Érica tenía mal aspecto y estaba tan abatida que la dejé en paz. Aquel domingo lo pasó entero en la cama, entregándose a esa huida de la realidad que hacía ya tiempo que no practicaba. Ese comportamiento, tan inconcebible para una personalidad como la suya, me quitaba el sueño. No lograba encontrarle una explicación. ¿Sería verdad que estaba enamorada de Van der Lelie y que había cedido por no perder su atención? ¿O es que su jefe la había decepcionado profundamente por haberse afiliado al NSB? ¡Qué niña que era!

Durante aquellos días Wies llamaba con frecuencia por teléfono. Antes nunca nos había telefoneado, al menos que yo supiera. Me preguntaba por Érica, cuándo llegaría a casa o si la había visto. Yo le informaba lo mejor que podía y le pasaba sus recados a Érica, pero esta manifestaba poco interés en saber de ella. Un día que estaba en casa, incluso me hizo agitadas señales para que no se lo dijera a Wies. La primera vez que esta llamó, yo creía que Érica y ella aún se veían. Después de las siguientes llamadas llegué a la conclusión de que Érica había buscado amparo en Wies durante su crisis, pero, cuando empezó a rehuirla, dejé de entender qué sucedía entre ellas. ¡Qué ingenua fui! Cómo podía yo sospechar entonces que Van der Lelie estaba presionando a Érica haciendo un uso indebido de lo que creía saber acerca de la relación entre ella y Wies. El chantaje aún estaba fuera de mi campo visual por aquel entonces. Para mí era un concepto, una palabra conocida, sí, pero que no formaba parte de mi vocabulario. Desde mi posición no fui capaz de ver que Érica, a quien llevaba bastantes años y veía tan infantil —caprichosa e inmadura en sus opiniones, con su corte de pelo masculino y su forma

descuidada de llevar calcetines y camisas de hombre—, estaba siendo coaccionada.

Al cabo de una semana Érica me pidió que si llamaba Wies le dijera que estaba muy ocupada y que ya le escribiría. Cumplí obedientemente su encargo y al otro lado de la línea se produjo un breve silencio seguido de una carcajada sarcástica. Ese fue el final. El nombre de Wies lo oí solo una vez más, varios meses después, cuando Érica había dejado de tener secretos para mí.

—Toma el caso de Wies —me confesó Érica en aquella ocasión—. Sexualmente todo había sido bastante inocente entre nosotras, aunque dormimos con frecuencia en la misma cama. Entonces yo aún no andaba metida en eso, ¿entiendes? El caso es que Van der Lelie me dio un susto de muerte y no me atreví a volver a ver a Wies. Mi jefe me caló antes de que yo misma entendiera lo que me estaba pasando. Sus acusaciones fueron para mí una revelación. Dios, nunca olvidaré aquellas semanas.

—¿Y Judy qué? —inquirí.

—Yo era una ingenua entonces, Bea. Para Judy esas cosas no son más que una aventura. Tanto le da hacerlas que dejar de hacerlas. Y las convirtió en una aventura también para mí. Tú no puedes comprenderlo, Bea.

Érica nunca olvidaría aquellas semanas, ni yo tampoco. El color macilento de su piel y las oscuras ojeras le daban un aspecto enfermizo. Durante aquellas semanas, las líneas de expresión alrededor de su boca pasaron factura y le salieron unas finas arrugas en la piel. Apenas comía y creo que no pegaba ojo.

Cuando la inquietud me desvelaba, veía la luz entre las puertas correderas. Me sentía incapaz de ayudarla. Nuestra conversación se limitaba a mis intentos de animarla a comer o a mis comentarios sobre el tiempo y las tareas domésticas, ante lo cual ella contestaba con un bufido o un monosílabo respectivamente. Poco a poco, su nuevo desasosiego se transformó en depresión. Pero esta vez Érica no salió a buscar distracciones. Hacía su trabajo en el periódico y en sus horas libres se quedaba en casa sin hacer nada. Las cartas de los Estados Unidos dejaron de llegar y Érica ya no cogía la pluma, al menos no en casa. Permanecía tumbada en la cama durante horas mirando por la ventana, como si tuviera miedo de salir de casa. Ni siquiera iba ya al cine, tenía que ir yo sola. Aunque con remordimientos, yo salía de vez en cuando alguna noche. El ambiente en casa era irrespirable; a veces se

me hacía imposible soportarlo. Pero, cuando salía, me notaba intranquila y enseguida deseaba regresar al apartamento. Con el paso de los días, Érica se fue animando, claro, y con ello volvió a despertarse en ella la necesidad de romper la monotonía y de divertirse, de estar continuamente ocupada.

7

Al poco tiempo, un cálido domingo de octubre, me imaginé a Érica como un pájaro incapaz de decidir dónde posarse: si debajo del tejado de una casa, donde asoman caras de personas por las ventanas y donde una voz, una risa, un extraño ruido te ponen en alerta; o bien sobre algún árbol o el desagüe del cobertizo. ¿O era preferible regresar a la seguridad del bosque? Volar de un lado a otro; avanzar a pasos cortos, asustada; revolotear inquieta y luego volver a levantar el vuelo, planear con elegancia en el cielo y girar para volver a empezar la deliberación desde el principio. Habíamos salido a pasear por las dunas, ya hacía frío y yo, cobijada en una casa de pescadores, había ido a ver un valle entre las dunas, mientras Érica se había quedado contemplando el mar desde la playa. Un mirlo tardío, perdido por la costa, retuvo mi atención durante un rato y así fue como había surgido en mí aquella imagen de Érica.

—¿Sabes qué? —dijo Érica al regresar—. En realidad, nuestra forma de vivir no tiene sentido. Deberíamos alquilar una casita junto al mar, dejar el apartamento e ir a trabajar desde aquí.

—Sí —respondí yo—. Buena idea.

Contesté afirmativamente, sin dar mayor importancia a sus palabras, porque estaba segura de que se olvidaría enseguida del plan. No merecía la pena ni pensar en ello. Érica siempre planteaba propuestas que nunca llegaban a concretarse. Planes, inquietud, espera; sí, ¿espera de qué?

Pero aquella vez me equivoqué. No presté atención al comportamiento de Érica durante la semana que siguió a aquel domingo. Me percaté de que estaba más animada que de costumbre, eso sí, y me alegraba de que estuviera contenta y de que, al menos, durante unos días reinara un ambiente de paz y armonía en casa. El sábado me comunicó que tenía previsto pasar todo el

domingo fuera de casa y que no contara con ella. No le pregunté nada, como siempre, y el domingo, cuando me desperté a las diez, ella ya no estaba.

Pasé el día sola, me agasajé con un desayuno en la cama, escribí algunas cartas, estuve leyendo y disfrutando de la tranquilidad. Pero por la tarde, deambulando por el Rijksmuseum entre parejas y familias que pasaban por delante de los cuadros y las armaduras, me invadió una extraña sensación de soledad. Pensaba en Érica, la echaba de menos, y sin embargo me irritaba aquella sensación y trataba de reprimirla. Me había obligado a mí misma a visitar el museo solo por hacer algo, por no pasarme todo el día encerrada en casa. Ahí, en el edificio de altos techos abovedados, entre la gente que disfrutaba de la compañía de su familia o de sus amigos (lo que yo veía entonces como un ideal), me pregunté por qué no me había quedado tranquilamente en casa, recluida en el ambiente seguro y familiar de mi habitación. ¿Por qué me había forzado a salir? ¿Acaso me había entrado también a mí esa necesidad compulsiva de actividad? ¿O es que temía lo que pensara Érica de mí si me quedaba todo el día sola en casa? Temor a su menosprecio, a su actitud algo displicente hacia mí que por aquel entonces creía observar en ella continuamente. La opresiva sensación de abandono que me invadió en aquel instante superó la que había sentido durante mis paseos solitarios por los pueblecitos de la costa francesa. Contemplaba los cuadros de Rembrandt y Vermeer con interés fingido, pero los lienzos escapaban por completo a mi atención. Estaba muy pendiente de la gente que me rodeaba, que me inspiraba envidia y temor, aumentando mi ansiedad. Me sentía una criatura desgraciada y es probable que en aquel momento ya fuera consciente de esa imagen de mí misma que Érica me echó en cara unas horas más tarde.

Hacia las siete más o menos, en el preciso momento en que me encontraba de pie frente a la encimera comiendo a cucharadas de una cacerola un poco de comida recalentada, oí a Érica subir la escalera con pasos sonoros. Parece que sigue contenta, pensé de inmediato, seguramente viene a contarme toda clase de anécdotas divertidas.

Con las palabras «Hecho; todo en orden», Érica se dejó caer en una silla de la cocina.

—¿Ya has cenado? —pregunté acercando una mano al cajón del pan.

—¡Estoy demasiado excitada, ya cenaré más tarde, déjalo! TENEMOS UN APARTAMENTO JUNTO AL MAR. ¡En Egmond! ¡Un chollo total!

—¿Que tenemos qué? ¿Dónde?

Me quedé tan estupefacta que cogí el pan con gesto automático y busqué el cuchillo en un cajón.

—Nos vamos a vivir a Egmond aan Zee —repuso—. Dame algo de dinero, que mañana a primera hora tengo que entregar la fianza. La llave ya la tengo. Una gente muy amable, se fiaron de mí sin más. —Del bolsillo de la chaqueta asomó una flamante llave plana que me mostró radiante de alegría—. Están haciendo algunas reformas en la casa, pero está ya casi lista; el mes que viene podremos instalarnos.

Después de un periodo de desaliento, era obvio que Érica había actuado sin pensar. Un acto de desesperación, así lo calificué para mis adentros. Un salto brutal después de un tiempo de inercia que no había podido soportar más.

Me dejé caer abatida en la otra silla junto a la mesa de la cocina.

—Dios mío, Érica. ¿Cómo has sido capaz...?

Pero no logré terminar la frase. Ella parecía tan contenta. El pájaro había encontrado al fin un lugar donde posarse. Me sentía incapaz de desanimarla, no en aquel momento, quizá al cabo de unas horas le formularía discretamente algunas preguntas y más adelante, por la noche, la haría regresar a la realidad. Egmond aan Zee, cuánto se tardaría en llegar a Ámsterdam en tren, me pregunté inquieta. Tal vez había un autobús. En cuanto al contrato de alquiler del apartamento, ¿qué había que hacer para rescindirlo?

—¿Qué te pasa? ¿Otra vez aguando la fiesta? Eres una vieja gruñona. No tienes agallas, ni una pizca de osadía en la vida. La vida no es esto. —Hizo un gesto con el brazo que abarcó la cocinita y el cuchillo de pan que yo sostenía abstraída en la mano—. Hay que hacer algo de la vida. Mujer, atrévete a vivir. —Ese tema parecía agradarle e insistió en él azuzándose a sí misma—. Aquí vivimos como dos periquitos sobre un palo. Cada día lo mismo. Ya no somos tan jóvenes. ¿Cuántos años hemos perdido ya? Sobre todo, tú. Y encima eres mayor que yo. ¿De qué te ha servido tu vida? La oficina. Y ahí estás con tu cuchillo del pan en tu cocinita con los visillos a cuadros y el hule a cuadros sobre la mesa. ¡Muy mono ese rojo intenso! ¡Tan original! Y los miércoles por la noche Dotje y Max te invitan a cenar a su casa con sus hijos, que no dejan de berrear. Entre los lloriqueos de las criaturas te sirven unos crepes. Los sábados por la noche vamos al cine y el domingo a veces nos acercamos al

café Kalfje. Mírate, con tu vestido de domingo recién estrenado y tu nuevo pañuelito anudado al cuello. La vida es bella, llena de sorpresas y de tacitas de té. Contigo a mi lado, me estoy volviendo como tú. Ni siquiera me doy cuenta. Dos solteronas juntitas en un apartamento. —De pronto se puso a soltar tacos y dio un puñetazo sobre una mesita—. ¡Yo tengo que salir de esto! Quizá me convenga librarme de ti. Esta vida no es para mí. —Y a continuación, acordándose de su nuevo plan, añadió—: Nos mudamos a Egmond. Quiero intentarlo. Al menos es una opción.

Me hice un corte doloroso con el filo dentado del cuchillo del pan por el que había deslizado el dedo índice durante el arrebató de cólera de Érica. Lamí la gota de sangre y me chupé el dedo. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía responderle?

—Bueno, Érica... —empecé con calma.

Pero ella me quitó el cuchillo de las manos y con gestos bruscos empezó a prepararse la cena. Dos pedazos de pan, un trozo de queso, un vaso de cerveza.

—Deja que te... —dije mientras me levantaba de la silla.

Ella reaccionó bruscamente tirándolo todo al suelo, me miró con rabia y salió de la cocina. Me quedé un rato sentada, con el portazo y los latidos del corazón resonándome en los oídos.

Más tarde, mientras daba vueltas por mi habitación, aún nerviosa, la oí trajinando de nuevo por la cocina. Por lo visto le había entrado hambre. Debía dejarla hacer. Me acordé de los sándwiches cortados finitos que yo había preparado con las lonchas de carne del día anterior, con pepinillos y rodajitas de tomate, todo dispuesto con gracia sobre un plato, y los pastelitos que había comprado como postre sorpresa cuando volví a casa después del museo. Esa era la cena que había querido organizar, pero debía obligarme a no hacer esas cosas. Debía procurar no mimarla tanto, no imponerle mis cuidados. No me extrañaba que se hubiera enfadado. Tenía que intentar dejarla libre, también en este sentido. Y volví a verme a mí misma en el museo, y el eco del dolor que había sentido me produjo una punzada en el estómago. Me palpé involuntariamente el pañuelo nuevo. Mis sollozos, llenos de angustia, me aliviaron un poco. Las palabras de Érica me habían tocado el alma. Era un pañuelo de seda de Liberty, demasiado caro en realidad, con el que quise animar un poco el vestido azul marino del invierno anterior. Con qué claridad

me vi a mí misma dando vueltas por el museo. Había querido «hacer algo», pero lo único que hice fue exponerme a un martirio innecesario, la experiencia de la soledad, una reacción anormal de una persona alterada. ¿Cómo había podido llegar hasta ese extremo? ¿Qué me había sucedido? En aquel momento no fui capaz de comprenderlo.

Así que nos mudamos a Egmond aan Zee. He olvidado los detalles de todo cuanto sucedió durante aquellas tres semanas previas a nuestro traslado en camión a la casa nueva. Aún ahora me veo sentada sobre una manta de caballos doblada rodeada de nuestras pertenencias, con una lona de los transportistas que olía a humedad cubriéndome la cabeza y los hombros para protegerme de la llovizna, sumida de nuevo en una depresión profunda, como si esta cayera sobre el traqueteante vehículo a la par que la lluvia. Érica iba sentada en el asiento delantero, entre los transportistas, llevando a una tal Dolly en el regazo, una chica a quien yo no había conocido hasta entonces y cuya existencia ignoraba. Al parecer se lo estaban pasando en grande las dos. De vez en cuando me llegaban sus risas. Me sentía como un mueble arrastrado en la huida que Érica había emprendido de sí misma. La tensión y la sigilosa hostilidad que habíamos vivido hasta que al final cedí, el lío con el apartamento de Ámsterdam y el embalaje de los enseres, todo aquello me había causado un agotamiento tal que las complicaciones de vivir fuera de la ciudad se me antojaban insuperables. A medio camino, Érica mandó detener el camión y me ofreció cambiarnos el sitio. Yo me negué. Le dije que estaba bien en el asiento de atrás disfrutando de la vista ilimitada.

—Es como una película, Érica, todo —observé señalando con un gesto del brazo— desaparece de la vista rodando; es muy entretenido.

No, no quería interrumpir aquella «aventura», añadí. Interpreté la comedia con tal naturalidad que Érica, completamente convencida y feliz por mi reacción, volvió al asiento delantero. Debo intentar disfrutar del viaje, pensé sacando fuerzas de flaqueza. El típico paisaje holandés de los pólderes, visto de una sola pieza y no fragmentado en casillas por las ventanillas del tren o del coche, era verdaderamente impresionante y el cielo plomizo lo tornaba más bello incluso. Pero mis intentos de concentrarme en el paisaje fracasaron totalmente. La inesperada presencia de la tal Dolly me había sorprendido e irritado hasta tal extremo que mi última pizca de valentía estalló como una pompa de jabón. Tenía el ánimo demasiado hundido en aquel momento. ¿Por

qué le habría pedido Érica a esa chica que nos acompañara? No era el tipo de persona a quien uno llamaría para una mudanza o que se ofrezca, consciente de su eficacia, a echar una mano en este tipo de faenas. Y, sin embargo, aquella mañana, a las siete en punto, Dolly se había presentado en casa. No había movido un dedo y acabó por desesperarme con sus comentarios de supuesta entendida y con sus anécdotas sobre gente que yo no conocía. Tampoco hizo nada a nuestra llegada a Egmond. Se apoltronó en un cómodo sillón en medio del desorden. Fui yo la que tuve que salir a buscar café. Ni siquiera fue capaz de echar una mano con detalles de ese tipo. Mientras me apresuraba bajo la lluvia en busca de un bar o una cafetería, me pregunté si Dolly sería para Érica una segunda relación al estilo de la que mantuvo con Judy. En aquel momento yo veía el futuro a través de unas gafas oscurísimas, de modo que estaba medio preparada para aceptar a Dolly como una huésped permanente o para quedarme en Egmond más sola que la una mientras Érica se divertía con Dolly en Ámsterdam. ¿Y qué vería Érica en esa chica? Mi desconsuelo era tan grande que incluso se me ocurrió compararla conmigo. Salía ganando yo, pensé con el típico esnobismo holandés, porque venía de mejor familia y poseía más talento y más inteligencia que esa chica, aunque también era posible que saliera perdiendo por ser una mujer «fría», «sosa» y «aburrida». Me pregunté qué buscaría Érica en una amiga. Por qué querría vivir conmigo cuando mostraba una clara preferencia por mujeres frívolas y con desparpajo a quienes les gustaba llamar la atención, como Judy y Dolly. Las dos eran de la misma calaña.

Sosteniendo una jarrita antigua de café, que me había dado la amable mujer del colmado y con la que me calentaba agradecida las manos heladas, regresé corriendo a casa. La cordialidad de la gente sencilla del pueblo tal vez compensaría muchos males. Aquel pensamiento esperanzador me ayudó a ver el mundo un poco más de color de rosa. Más tarde comprendí —una idea en sí problemática, aunque bastante optimista en el contexto de las experiencias que acababa de vivir— que Érica había invitado a una persona a asistirnos en la mudanza con el objeto de que esta hiciera de pararrayos. Debí de pensar que el día discurriría más fácilmente en compañía de una persona neutral. ¿Temía Érica estar a solas conmigo? A pesar de su empeño en el plan de la mudanza, quizá era consciente de que yo llevaba razón, de que el paso que íbamos a dar era una locura total y de que no tendría que haberme metido en ese lío.

Durante las semanas siguientes Érica no mostró ninguna señal de arrepentimiento. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, se cumplieron mis oscuros presentimientos. Érica no fue capaz de soportar la vida fuera de la ciudad. Justo cuando había acabado de instalarme en la moderna habitación de amplias ventanas con vistas al mar que Érica me había asignado, justo cuando me había resignado a los madrugones y a los viajes en tren de ida y vuelta del trabajo a casa y reconciliado con las noches —tan monótonas como el oleaje cuyo rumor penetraba de continuo en casa—, y justo cuando había osado comunicarle a Érica mi bienestar, volvió a despertarse en ella aquella inquietud que anunciaba un nuevo estado de insatisfacción. Así que empezamos a salir por las noches, charlábamos con los pescadores de la esquina, nos tomábamos una copa en el bar (cosa que los pueblerinos veían con recelo), nos relacionábamos con las mujeres de las tiendas e íbamos a visitar a un joven pintor que Érica había conocido en el tren. A continuación, entraron en nuestros planes los viajes a Alkmaar para ir al cine. Al final llegó una semana en que ya solo usamos el apartamento para dormir. Realizábamos una absurda serie de trayectos en tren y en autobús entre Ámsterdam y Egmond, con un descanso nocturno de cinco horas en el apartamento polvoriento y descuidado. Yo estaba demasiado cansada para hacer mi trabajo, demasiado angustiada y tensa para conciliar el sueño. Un lunes, a la hora del desayuno, anuncié que aquella semana tenía previsto no entretenerme en la ciudad, que me iría directamente a Egmond y me quedaría en casa. Érica hizo oídos sordos y decidió salir sola por la noche. Al parecer se divertía más sin mí y cuando creí haberme quitado de la cabeza la imagen de ella en Ámsterdam con Dolly —que por cierto había desaparecido de nuestra vida después de la mudanza— o en el pueblo escasamente iluminado o en el cine de Alkmaar, disfruté de unas cuantas semanas de tranquilidad en mi acogedora habitación leyendo libros, haciendo punto y realizando tareas domésticas. A veces, al llegar a casa, salía incluso a dar un paseo por la playa bajo la luz del crepúsculo llevando en el bolsillo de mi abrigo una bolsita con un sándwich o un poco de fruta para aplacar las primeras señales de hambre. Volvía a casa a cenar una vez caída la noche. Me sentía razonablemente feliz. Sobre todo, los fines de semana, que pasaba casi sola, me resultaban bastante agradables. Empecé a tener mejor aspecto, me sentía descansada y con más vitalidad. Yo era la que había asumido el papel de ama de casa, de modo que al salir del autobús me ocupaba de las compras; además mantenía el apartamento limpio y

hacía la colada y la plancha. Sí, también me encargaba de la ropa de Érica, como volvería a hacer tantas veces en los años siguientes. Érica seguía despreocupándose de su aspecto y, pese a mis intentos de mejorar su imagen, parecía todavía un muchacho desaliñado. Apenas nos veíamos, incluso dejé de esperarla por las mañanas. Antes de que saliera el bus, me preguntaba si a Érica le daría tiempo a cogerlo y, como si fuera un juego, esperaba verla aparecer. En aquellos días ella perdía el traqueteante artefacto cada dos por tres, con lo que perdía también la conexión del tren en Castricum.

En el fondo sentía un poco de pena por Érica, pero no lo suficiente como para que me afectara. Mejor dicho, no permití que esa sensación creciera en mí. Sencillamente, no quería pensar en ello.

Una noche, mientras estaba leyendo en la cama, la oí llegar más temprano que de costumbre. Normalmente cuando ella llegaba yo ya dormía y ni siquiera me despertaba cuando ella pasaba delante de mi habitación. En aquella ocasión, en cambio, la oí trajinar por la casa haciendo mucho ruido, como si esperara que yo saliera a saludarla. Al cabo de un rato llamó a la puerta y me preguntó si estaba dormida. Ante mi respuesta negativa (cuánto me arrepentí más tarde de haberle dicho «no»), Érica entró en mi habitación. Iluminada por la luz de mi lámpara de lectura, vi que tenía la cara pálida e hinchada, con oscuras ojeras. Ni siquiera su fuerte naturaleza parecía resistir la agitada vida que llevaba desde hacía semanas.

—Uf, hace calor aquí —dijo quitándose el jersey.

—Calefacción central —contesté haciendo el gesto con el que habíamos manifestado al principio nuestra admiración por la moderna instalación del nuevo edificio.

Vi que llevaba la blusa sucia a pesar de que me había pasado la noche anterior planchando hasta tarde y le había dejado en el armario la pila de camisas de hombre que solía ponerse. Tenía un aspecto descuidado, como si llevase muchos días sin cambiarse de ropa.

Se sentó al pie de la cama y me miró a la cara con un ojo medio entornado por el humo del cigarrillo.

—Vengo con la pipa de la paz —dijo y, haciéndose la graciosa, cogió el cigarrillo entre el dedo pulgar y el índice y lo sostuvo entre nosotras a la altura de los ojos.

Me pasaron por la cabeza diferentes respuestas, pero todas ellas me

parecieron insuficientes o susceptibles de generar un malentendido, así que me limité a sonreír, aunque me hubiera gustado contestarle. Permanecimos así un rato sentadas, yo apoyada contra las almohadas, Érica inmóvil mirándome fijamente. Siempre fue así. Suciedera lo que sucediera, Érica jamás se intimidaba; quiero decir que nunca se percibía en ella la turbación que generan los sentimientos de vergüenza y de culpa. Una vez que decidía poner las cartas sobre la mesa, solventar un conflicto o reconocer sus errores, lo hacía sin trabas interiores. Ahora sé que en momentos como aquellos el asunto estaba ya zanjado para ella. En realidad, la confrontación conmigo no era sino un epílogo. En el fondo, Érica no le debía a nadie explicaciones excepto a sí misma.

—El mes que viene me toca de nuevo el turno de noche y he hablado con Betsie —me dijo sin más preámbulo—. Necesita dos semanas para buscar otro apartamento y luego podremos volver a instalarnos en nuestra casa. Nosotros le pagaremos la mudanza.

—Estás chalada, loca perdida.

No fui capaz de encontrar más palabras que esas. Era increíble. ¿Habría perdido realmente la cabeza? ¿De dónde habría sacado el valor y la desvergüenza de pedirle a Betsie, una compañera mía de trabajo a quien le habíamos cedido nuestro apartamento de Ámsterdam, que dejara la casa apenas dos meses después de instalarse? Y Betsie no era precisamente una blandengue. Era una mujer bastante agresiva, de unos cuarenta y pico años, que en la primera transacción había mostrado no poco pragmatismo y firmeza y que incluso había insistido en formalizar un contrato de subarriendo. Y ahora, como si fuera la cosa más normal del mundo, Érica la había convencido de que abandonara la casa porque quería recuperarla. Otra víctima de sus caprichos. Manejarme a mí era fácil. Me enfurecí tanto que no pude seguir en la cama. Aparté las mantas de un tirón y cogí el kimono que estaba encima de la silla al lado de la cama. Pero Érica se me adelantó. Volvió a taparme con las mantas, se inclinó sobre mí y apoyando las manos sobre mi pecho, me obligó a reclinarme. Yo veía su cara riendo encima de mí. Olí aquel típico olor suyo a jabón de lavanda y a humo de cigarrillo que tan familiar me era y que siempre me había resultado agradable. Pero en aquel momento su olor me repugnaba y la presión de sus fuertes manos me sacó de mis casillas. La aparté a rodillazos y, perdiendo el control, empecé a lanzarle palabrotas, insultos,

maldiciones. Ella me soltó de inmediato y volvió a sentarse al pie de la cama. Tras el arrebató de cólera volvió de pronto la calma y permanecí reclinada sobre mis almohadas, un poco avergonzada.

—Eres capaz de exasperar a cualquiera —dije como si tuviera preparada la frase—. Haces lo que te da la gana y yo no te importo.

Érica tardó en contestar. Se miraba las uñas de las manos y no pude verle la cara. De repente se arrojó en diagonal sobre la cama y se quedó quieta. No lloraba, permanecía inmóvil. Aquello duró una eternidad. Yo no sabía qué hacer. Entonces sentí sus manos sobre mis caderas y su cabeza contra mi región lumbar.

—Bea —susurró—, Bea, ¿no lo entiendes?

Un instante después llegaron las lágrimas junto con un estallido de rabia, odio y decepción. Me acusó de haberla engañado, de haberla incitado a confesarse, de no oponer resistencia para luego humillarla con mi rechazo.

Yo no supe qué decir. Qué ingenua había sido; no, ¡qué ciega y qué tonta! Me acordé de Bas, de los reproches que le había lanzado a Érica la última vez que estuvo en casa. Seguramente yo había orientado mis sentimientos hacia Érica para salvarme del caos de mi mente; no, de mi existencia en aquel momento. Pobre Érica, qué mal estaba. Y sin embargo me sentía incapaz de tocarla o de consolarla. Nunca más, pensé con repugnancia. Pero ¿era en verdad repugnancia? ¿No sería miedo lo que yo sentía? ¿Miedo porque, a pesar de lo sucedido, ella en realidad no me repugnaba, porque yo era consciente de no haber frenado sus insinuaciones y de no haber opuesto resistencia, tal como ella misma había dicho? Me invadió una sensación de extrañeza y de angustia, porque ni siquiera en aquel momento dejé de sentir afecto por ella, porque comprendí su humillación y me hubiera gustado consolarla colocando mis manos sobre su reluciente cabeza de muchacho tal como estaba ahí dando patadas contra una pata de la silla sollozando de impotencia y de pena.

—¡Yo soy así! —empezó a gritar—. ¡Yo soy así! —Volvió hacia mí su rostro empapado en lágrimas, con una expresión que transmitía a la vez dolor y triunfo—. Y tú, tú también eres así. Tú también, Bea. ¡Reconócelo! ¡Reconócelo!

Entre fuertes sollozos, aunque con el aire triunfante de un conquistador, continuó repitiendo las mismas palabras. Salí de la cama a toda prisa, me

temblaba todo el cuerpo y me encerré en la cocina (visto a distancia aquella escena parece tan ridícula), el único refugio a mi alcance.

Unas horas más tarde volvimos a encontrarnos en mi habitación, más calmadas y sin mirarnos a la cara. Érica se puso a hablar y no paró hasta el amanecer. No intentó justificarse, ¿por qué iba a hacerlo? Su sufrimiento por lo que yo denominaba entonces «anomalía», con ese sentimiento de superioridad dictado por mi instinto de conservación y por mi compasión hacia ella, fue aquella noche aún más obvio que durante aquellas semanas de padecimiento durante las que había tomado conciencia de su desviación. «Desviación», ese fue el término que empleó aquella noche. Aquello fue la catarsis con la que intentó aceptar el hecho de ser «una desviada».

Ese término no volvió a usarlo nunca más. En efecto, Érica aceptó con resignación su naturaleza, que no era capaz de cambiar, y se atuvo a las consecuencias. Y disfrutó de la vida. Yo siempre admiré esa actitud en ella. Pero aquella noche permanecí de pie frente a la ventana y le di la espalda, porque ¿cómo podía volver a confrontarla sin prejuicios? Me quedé mirando fijamente el mar iluminado por la luna sin ver más que escenas de su triste juventud. Sus experiencias del último año, de las que yo había sospechado poco o nada hasta aquella noche, me las había desgranado con tanto detalle que sentí como si las hubiera vivido yo misma. Durante un largo rato no vi nada delante de mí, hasta que de pronto fui consciente de la playa gris y desierta y de la bruma matinal que cubría el mar. En aquel momento yo lo sabía todo. Pero ¿de qué me servía? La confesión de Érica y sus reproches hacia mí nos habían separado para siempre, creí en aquel momento. Cada una debería seguir su propio camino, la convivencia se había vuelto imposible. Y, sin embargo, ni un mes después llegué al convencimiento, igualmente definitivo, de que permaneceríamos unidas para el resto de nuestras vidas, que el breve año que habíamos compartido fue, al menos para mí, determinante. Sin ella yo no podía vivir; y con ella solo podía vivir esa extraña vida condicionada por su infeliz juventud, una vida de la que yo participaba únicamente como testigo.

8

El mes siguiente me quedé sola en Egmond; nunca me había sentido tan sola. Después de aquella noche, Érica cogió la maleta y se marchó. No supe adónde. Cuando ella cerró la puerta tras de sí, tomé un baño y me froté bien el cuerpo para borrar las caricias de sus manos imperiosas y de su apremiante boca y para eliminar el rastro de su olor a lavanda y cigarrillos que había impregnado también mi piel. Cambié las sábanas de la cama y cogí el tren a Ámsterdam. Al llegar a la Estación Central, comprendí que el mundo entero había cambiado. No me vi capaz de regresar a la oficina. Como siempre había sido una persona cumplidora, traté de convencerme de que incluso en aquel momento mi obligación era ir a trabajar. Además, sabía que el trabajo cotidiano me sería de más ayuda que la inactividad. Sin embargo, me fue imposible. Intenté obligarme y subí al tranvía, pero a medio camino me bajé. Dado que me hallaba cerca del Rijksmuseum, entré. ¿Hasta qué punto somos capaces de infringirnos daño a nosotros mismos? ¿Cómo se me ocurrió ir precisamente allí? ¿Quería amargarme aún más aquellas mortificantes horas? ¿Acaso intentaba sentirme lo más desgraciada posible? No lo supe entonces y sigo sin saberlo hoy. Aquel día el museo estaba en silencio. A aquella hora temprana no había sino unos cuantos copistas de pinturas y algún ávido turista. Al poco entré en una sala donde un grupo de chicas de provincia, probablemente bajo la tutela de su profesora de dibujo, adquiriría la dosis de cultura que la escuela cree que debe proporcionar en momentos arbitrarios. Me aferré a la distracción que me procuró el grupo. Las risitas y los susurros debieron de haber empezado cuando se levantaron por la mañana en el albergue para mujeres cristianas. Después de los ataques de risa reprimidos durante el desayuno, provocados por un camarero rarito o una camarera arisca, y de las tranquilizadoras palabras pedagógicas de su profesora, las

muchachas se habrían contenido temporalmente. Pero en aquel momento se habían vuelto a descontrolar. Todo les parecía raro y ridículo, porque la excitación no hallaba otra salida. Incluso las obras maestras de Rembrandt, que en aquel momento les resultaban extrañas en comparación con las habituales reproducciones de los calendarios, eran motivo de ataques de risa inapropiados. Me acordé de mis propias salidas escolares a Ámsterdam. ¿Y Érica? También de este periodo de su vida me había hablado la noche anterior. Ella no se había reído durante su salida escolar, me contó, porque la joven directora del instituto, que aquel año se había hecho cargo de forma imprevista de la excursión, le causó una gran emoción. La directora se mantuvo todo el rato muy cerca de Érica, disgustada con el «comportamiento infantil» de las demás, sin quitarle los ojos de encima, absorta en ella, con esa tensa atención que solo nace del amor. Érica era una muchacha seria, con aspecto de chico, para quien la escuela había sido siempre un refugio y en los últimos años incluso un puerto donde al fin había encontrado el amor que siempre le había faltado. Ahí al menos se sentía segura durante la mayor parte del día, protegida contra el egoísmo, el rencor y la histeria de su madre, que de madre solo tenía el nombre, a quien había sido entregada después de que su padre pusiera pies en polvorosa y ante la que se sentía impotente.

El mundo está repartido de forma extraña. En el caso de Érica, la relación con sus padres fue una farsa amarga, una lúgubre broma del destino, en especial en la época anterior a que su padre se marchara de casa, cuando este solo soportaba estar al lado de su mujer escapándose al bar de la esquina. Por aquel entonces aún no existía el refugio de la escuela para la niña. Ella estaba en casa soportando la brutalidad de las voces que discutían con rencor. A veces incluso la dejaban en casa de la abuela a altas horas de la noche, cuando el ambiente en casa se tornaba demasiado peligroso para ella.

—Y, sin embargo, yo siempre me alegraba cuando Madre venía a buscarme —le había confesado Érica la noche anterior—. La abuela me parecía una persona horrible, a pesar de que cuidaba bien de mí. ¿Entiendes eso, Bea? Los niños son bien curiosos. A pesar de todo, prefería estar en mi propia casa.

Estuve dando vueltas por la ciudad durante el resto del día sin dejar de pensar en Érica, en las historias que me había contado sobre su infancia y juventud. Aunque intentaba no pensar en ello, me venían a la mente una y otra

vez las imágenes previas a su arrebató de cólera, cuando me estrechó entre sus brazos y yo no había opuesto resistencia. ¿Por qué no frené sus avances en aquel mismo instante? ¿Por qué no le dejé claro que yo no quería ese tipo de amor? ¿Por qué no salté de la cama de inmediato? Cada vez que me dominaban esos pensamientos, buscaba amparo en las historias que Érica me había contado después. Más adelante ya buscaría yo la manera de estar en paz conmigo misma. En aquel momento no podía ni lo deseaba.

A las cinco y media me vi frente al edificio del periódico donde trabajaba Érica. Desde el otro lado de la calle alcé la mirada hacia la moderna fachada, un implacable muro de opalina detrás del cual sabía que trabajaba Érica. En ese mismo estado me había hallado en París, en la acera de enfrente del hotel. ¿Sería esa mi forma de reconocer los hitos de mi vida? Con la escasa fuerza de voluntad que me quedaba me alejé de allí y corrí hacia la estación. Hui de la ciudad y me escondí en Egmond. Envié a la oficina la carta de renuncia «por motivos de salud».

A mediados de aquel mes, me acosté en varias ocasiones con el joven pintor a quien había conocido en la playa en una de mis caminatas. Una historia absurda. Lo único que recuerdo de aquello es que fue un intento de recobrar mi estabilidad.

Tres semanas más tarde comprendí que no tenía más remedio que volver a ganarme la vida, de modo que me obligué a pensar de forma constructiva. Contesté a varias ofertas de empleo y al poco tiempo fui a Ámsterdam a realizar entrevistas de trabajo. Me contrataron como contable en una oficina y la ironía quiso que saliera ganando desde el punto de vista económico. Era una empresa pequeña ubicada en el sur de Ámsterdam, lo que me permitía evitar el centro y, por tanto, también a Érica. Conseguí dominar mi deseo de verla. Mi vida se convirtió en una rutina de viajes, trabajo y sueño. Estaba sola y me engañaba con la idea de que era mejor así.

Poco tiempo antes de Navidad me salté varios trenes con el fin de comprar algunas cosas de picar para la fiesta navideña que habían organizado mis nuevos compañeros de trabajo. No fue casualidad que pasara a las cinco y media por delante del edificio del periódico. No me engañaba, confiaba en que el destino respetaría mi debilidad. Resultó que no fue allí donde me encontré con Érica, sino media hora después en la Kalverstraat, donde la vi acercarse hacia mí con la bicicleta en la mano. Lo primero que me llamó la

atención fue su sombrero, un sombrero de fieltro de esos de corte masculino, con la copa un poco abollada. Acto seguido me percaté de su cara hinchada bajo la sombra del ala del sombrero, con la parte inferior de la cuenca del ojo teñida de verde y morado. Además, cojeaba un poco. La sonrisa que intentó dibujar en sus labios cuando me reconoció parecía dolerle y en su rostro asomó un rictus cómico.

—¿Te has caído? —pregunté.

Su accidente fue la excusa para empezar a hablar. Érica me lanzó una mirada cómplice y puso una cara casi cómica.

—Dolly tiene una vena un poco sádica.

Su voluntad de alterarme con la provocación implícita en aquel mensaje me cayó como un jarro de agua fría.

—Vaya —contesté con la esperanza de que esa única palabra sonara lo suficientemente sarcástica y neutral.

Con su mano libre me tomó del brazo y, dándome media vuelta, me acercó hacia ella.

—Ven conmigo a tomar un té —ordenó en un tono cordial y me dio un pellizco en el brazo—. Nada de excusas, aún falta mucho para el último tren.

Érica daba por supuesto que yo seguía viviendo en Egmond o quizá lo habría preguntado. Al cabo de un rato estábamos sentadas la una frente a la otra en una cafetería y, alzando la voz en tono alegre, Érica pidió una fuente de pastelitos que depositaron entre nosotras.

—Toma, el de crema para ti. —Y me colocó un pastelito de crema en el plato—. ¿O prefieres una croqueta? ¡Señorita...! —se apresuró a gritar.

—No, no; está bien así.

En aquel instante el corazón empezó a latirme con fuerza y la emoción se apoderó de mí, pero tenía que salir de la situación como pudiera. Consulté el reloj.

—De todos modos, quisiera coger el tren de las siete. Tengo invitados esta noche.

—Deja de hacer comedia —contestó Érica—. ¿Cuándo vuelves a casa?

¿A casa? ¿Hablabas del apartamento de Prinsengracht? ¿O se refería a la casa donde vivía ella en aquel momento?

—No voy a volver nunca más —contesté.

En mi desesperado intento de mantenerme firme, aquellas palabras me salieron en un tono tan agudo que la gente sentada a la mesa contigua volvió la cabeza hacia nosotras.

Érica se echó a reír.

—¡Pssst! —me apremió—. No hace falta pregonarlo a los cuatro vientos.

Comía su pastelillo a gusto con la cucharita, pero en el tamborileo inquieto de los dedos de su otra mano sobre la mesa, en la forma en que evitaba mi mirada y en el sudor de su frente percibí que nuestro encuentro la había alterado también a ella.

—Hace un calor insoportable aquí —dijo irritada y, mientras se acomodaba el abrigo a sus espaldas sobre la silla, continuó—: Esta es tu oportunidad. Yo necesito mudarme otra vez de casa. Dolly me ha tirado por las escaleras. —Se señaló el ojo—. Esta es la tercera vez que me agrede. Estoy loquita por ella, la verdad, pero hasta ahí podíamos llegar.

Hice ademán de ponerme en pie. No podía seguir soportando la vulgaridad de su vida y la arrogancia con la que daba fe de ella. La cabeza me daba vueltas, estaba mareada y necesitaba aire fresco. ¿Qué habían hecho con Érica ese par de semanas de nuestra separación? Al ponerme en pie, ella me aferró la muñeca, y su mano, fuerte y pequeña, me obligó a sentarme. En aquel momento estaba pálida como la cera y el contraste de su piel con su ojo lesionado era estremecedor.

—Reconócelo, Bea —dijo.

Eran las mismas palabras que me había dicho aquella vez, pero en esta ocasión no había triunfo ni exasperación en su voz. Yo sabía que si ella seguía insistiendo yo cedería, que no podría soportar la súplica de su cara que alzaba hacia mí con los ojos lacrimosos y la boca traidoramente temblorosa.

Me aparté de ella y salí huyendo de la cafetería. Corrí hacia la estación. No lograba contener mis fuertes sollozos.

Aquella noche le escribí a Érica una extensa carta. Me tomé tres sedantes para no ponerme «sentimental» y poder explicarle de forma serena que yo no pertenecía a su mundo. El papel tiene paciencia, solían decirme cuando era niña. Las hojas escritas, que a la mañana siguiente hice trizas y arrojé por la ventanilla del tren, me procuraron cierto alivio. Aunque, en realidad, no había hecho sino lavar una superficie llena de burbujas y espuma. En el misterioso lago interior del cráter no me atrevía a alterar nada. Compré mi tranquilidad

de espíritu alejándome de todo.

Debido a mi actitud, que yo misma no era capaz de definir pero que procedía de mi convicción de que ella y yo habitábamos mundos diferentes, Érica nunca volvió a atreverse a arrancarme mis verdaderos sentimientos. También ella comprendió que yo había bajado la barrera, que había encontrado mi derecho de asilo detrás de ese poste fronterizo, en el interior de la alambrada que yo misma me había construido. Ella se atuvo a las consecuencias y respetó mi decisión. Solo una vez más confraternicé con el enemigo, pero después de aquel «descuido» me repuse para siempre.

La tensión provocada por la guerra allanó el camino de nuestra reconciliación y acabó penetrando también en mi aislamiento voluntario. Empecé a preocuparme por la seguridad de Érica. Me inquietaba, en primer lugar, el hecho de que fuera medio judía. Por las conversaciones que oía en mi oficina me di cuenta de la megalomanía de la mayoría de los judíos holandeses que se amparaban en su identidad nacional para combatir el temor a la psicosis racial de Hitler. El auditor de mi empresa era judío, como lo era la mayor parte de su clientela, y el administrador y yo éramos los únicos cristianos entre el personal. La gente de mi entorno me aportaba puntos de vista que yo no había contemplado hasta entonces y, claro está, el punto central de mis pensamientos, Érica, se convirtió en el núcleo de mi nueva mirada. Pensé también en Van der Lelie, cuyas prácticas me habían inspirado temor desde aquella noche clave de las confesiones de Érica. Por mi jefe me enteré de cuál era la postura política del empleador de Érica. Mi jefe no se mordía la lengua y mantenía la suscripción al periódico solo para estar al corriente de las simpatías nazis de los holandeses, porque leyendo entre líneas uno se enteraba de todo. Al igual que me sucedió durante el periodo en que Érica estuvo en Francia, el miedo y la inquietud por ella empezaron a atormentarme. Esta vez mi preocupación no era un pretexto con el que encubrir mis deseos. Mi desasosiego era sincero y más fuerte que mis intereses personales. Le envié a Érica una carta al periódico. Al releerla me sonó exagerada: «¿Qué planes tienes? ¿Eres consciente del peligro que corres?». La rompí y escribí otra en la que le insistí en que tenía que verla por «motivos especiales». Ella me telefoneó al despacho y propuso quedar en un bar. Pensando en nuestro último encuentro, le propuse que acudiera a Egmond el siguiente sábado por la tarde. No había sido mi intención invitarla a casa, pero, al oír el tono

arrogante de su voz que tan familiar me era, imaginé una segunda escenita en público que prefería evitar. Acordamos encontrarnos en la Estación Central a la una y media.

El sábado la esperé en la estación durante una hora, en vano, y más tarde la aguardé ansiosa en casa durante otras muchas horas. Al fin se presentó hacia la hora de cenar. Yo estaba tan enervada por la larga espera —durante la cual mi ánimo había fluctuado entre la indignación, la duda, la rabia y el arrepentimiento— que el discurso que tan concienzudamente me había preparado se convirtió en recriminación... ¿Acaso estaba ella tan tranquila esperando a que los alemanes ocuparan el país? ¿No era capaz de ver la realidad de una puñetera vez? ¿Pensaba que los alemanes se desviarían de su camino por respetar Holanda? ¿De verdad creía que los judíos holandeses —o medio judíos, ¿qué más daba?— recibirían un trato distinto al de los judíos polacos o alemanes? ¿Acaso no se había enterado de que el director del periódico era un nacionalsocialista reconocido? ¿Y su compinche, el señor Van der Lelie? ¡Ese seguro que la protegería, sí, claro! No, yo en su lugar liaba los bártulos y ponía pies en polvorosa. Lumbreras mayores que ella se habían largado ya del país.

Érica parecía muy halagada por mi preocupación y mi discurso agresivo. Estaba muy pendiente de mis palabras y su mirada delataba regocijo y triunfo. Comprendí que me había expuesto, que ahora Érica conocía mis sentimientos. También yo fui consciente en aquel momento de lo que sentía por ella. Ya no podía echarme atrás. Cuando me estrechó entre sus brazos apretándome contra sí con firmeza, no opuse resistencia. Estuvimos así abrazadas un buen rato hasta que me susurró algo al oído. No entendí lo que me dijo y tuvo que repetirlo. Nunca más volvió a pronunciar ese par de palabras. Tampoco fue necesario. Las dos sabíamos que eran irrevocables y que eran para siempre. Lo aceptamos, cada cual a su manera.

Cuando Érica partió en el último autobús, yo volví a casa paseando lentamente. Sabía que tenía que ayudarla a salir del país. No era un objetivo nada fácil. En su cuenta de ahorro Érica no tenía más que los doscientos florines que yo le había seguido guardando. Desde mi reincorporación al trabajo, no había tenido tiempo de consultar con nadie. Durante los días siguientes solo se me ocurrieron unas pocas posibilidades, siempre las mismas. De hecho, eran solo dos las soluciones posibles y no sabía cuál me

desagradaba más: Padre o Judy. Y no se me ocultaba el hecho de que el préstamo que le diera su padre la conduciría sin duda a un encuentro con Judy, quien tendría que enviarle los documentos para la migración. Nos habíamos decidido por los Estados Unidos. No tenía sentido permanecer en Europa y a Érica no le apetecía ir a las Indias Neerlandesas. Judy, sí, era Judy la que la atraía del otro lado del océano. Su nombre no salió a relucir durante nuestra conversación, pero yo sabía perfectamente que Érica la tenía en mente, como si me hubiese hecho partícipe de sus ilusiones secretas. Cuando mencioné los Estados Unidos como la mejor solución, ella evitó mirarme a los ojos y reaccionó a la propuesta con excesiva indiferencia. Lo cierto es que no conocíamos allí a nadie más que pudiese constituirse en fiador. También esto lo sabíamos las dos, aunque no lo verbalizáramos. Bueno, ¿y qué más daba? Érica se iría, yo me quedaría. Estuve varios días devanándome los sesos sin cesar, sopesando los pros y los contras de las diferentes opciones, varias veces perdí la fe en la viabilidad de mi plan y llegué a un punto muerto. En tales momentos pensaba que Érica no tendría más remedio que quedarse en el país, que deberíamos arriesgarnos. Al fin y al cabo, había miles de personas en su situación que tampoco podían salir. Tal vez el inminente peligro acabaría diluyéndose. Y, si la cosa llegaba realmente lejos, siempre podríamos preparar una huida juntas. Pero enseguida perdía la confianza en la honestidad de mis reflexiones. No, no debía darles ni siquiera una oportunidad a mis sentimientos inconfesados. Entonces me apresuraba a retroceder al círculo de mis reflexiones.

—¡Padre! —exclamó Érica cuando le propuse mi solución. La propuesta parecía divertirle tanto que le dio la risa floja mientras pronunciaba su nombre con énfasis. Pero finalmente, palmeándose las rodillas, añadió decidida—: ¡Venga, adelante! ¿Por qué no?

Esperé el resultado de su misión en un bar enfrente del edificio del periódico.

Regresó en el margen del tiempo que yo había calculado y enseguida me percaté de que había sucedido algo más que una simple negativa a su propuesta. Sin decir ni una palabra, Érica se dejó caer sobre una silla al lado de la mía.

—¿Y? —pregunté.

No me contestó. Después de un largo silencio, que se me hizo infinito, me

dijo con una risita forzada:

—Sabes, Bea, Dolly y yo consultamos hace poco a una vidente.

Ante mi reacción de asombro y cierta irritación, se apresuró a añadir:

—Bueno, fue en plan broma, claro, en un momento en que estábamos con ganas de guasa, aunque Dolly... en fin... La tipa aquella aseguró que yo tenía talento musical y que debía estudiar violín. —Sonrió con sarcasmo—. Ahora lo entiendo. Debes saber, Bea, que mi padre era un violinista polaco.

No dijo nada más y, cuando le vi la expresión de la cara, llamé enseguida al camarero y me apresuré a salir con ella del café. En la calle le eché el brazo por los hombros y, mientras caminábamos a paso lento, esperé con paciencia una explicación. De vez en cuando le daba un pellizquito en el hombro para animarla y, cuando comprendí que mi brazo («cuéntamelo tranquilamente») no servía, la dejé estar. Cansada ya de pasear sin rumbo, decidí forzar el asunto.

—De modo que tu padre era un violinista polaco —dije de la forma más ligera posible.

Realmente acerté en el tono. Mis palabras sonaron tan serenas y por tanto tan absurdas que las dos nos echamos a reír. A Érica le dio la risa nerviosa. Finalmente empezó a contarme la historia. Padre se había negado a prestarle dinero. Ella le había insistido, recordándole que era su hija, que desde que él había abandonado a su madre no había hecho nada por ella y que nunca le había reclamado nada hasta ese momento. Él se puso hecho una furia y, sin más rodeos, mientras el personal que estaba en la habitación de al lado aguzaba los oídos, le espetó que no era su hija. Y empezó a describir a su madre, «esa puta», sin ahorrarle ningún detalle. Érica salió huyendo, mientras el personal la seguía con la mirada, porque tuvo que cruzar toda la oficina para salir. En esta última particularidad puso Érica mucho énfasis.

—¿Qué clase de negocio tiene tu padre? —le pregunté para desviar la atención.

—Padre es... —Érica interrumpió la frase porque la calificación de «padre» estaba ahora fuera de lugar—. Es importador... —se corrigió a sí misma.

—A mí «Padre» me sigue pareciendo un nombre adecuado para él —dije—. Porque siempre lo empleaste con retintín.

—Bien, pues entonces Padre —admitió.

Me cogió del brazo y apretamos el paso. Yo había logrado ayudarla un poco temporalmente, pero cuando me despedí de ella después de cenar y la seguí con la vista, noté en su postura y en su cabeza inclinada que no había encajado el golpe del todo.

Después de una noche de insomnio durante la cual me identifiqué completamente con Érica, la llamé al periódico a primera hora de la mañana. Pero mi amiga no se había presentado al trabajo ni nadie sabía nada de ella. En mi desesperación incluso pregunté por Van der Lelie, quien no se puso al teléfono. Simplemente me comunicaron que la señorita Boekman ya no trabajaba para el periódico.

9

Finalmente me telefoneó la mismísima Dolly. Me pareció bastante menos arrogante que cuando nos conocimos.

—¿Podrías venir? —me pidió—. Yo ya no sé qué hacer con ella; está en las últimas.

Me disculpé en la oficina y me fui corriendo a la dirección que me había indicado Dolly, en uno de los canales Achterburgwallen. Me encontré con una casita de canal en estado ruinoso, una de esas que hoy seguramente no obtendría la cédula de habitabilidad. Era ese tipo de casa que, mientras escapa a la atención de la concejalía de vivienda o por circunstancias fortuitas no renuncia a la lucha por su tambaleante existencia, ejerce cierta atracción en los bohemios o en personajes igualmente tambaleantes. Los artistas auténticos, los que trabajaban duro, pensé con la pedantería propia de quien necesita apuntalar su autoconfianza, seguro que residen en edificios sólidos donde el trabajo sale adelante sin el fastidio diario de la degradación y el deterioro. Podría abarcar casi toda la fachada de la casita con los brazos abiertos y de paso enderezarla. Busqué en vano un rótulo con un nombre en la deteriorada acera, llamé al timbre varias veces y, como no hubo reacción y la puerta estaba entornada, supuse que debía apañármelas. El portal estaba oscuro y frío. Según las indicaciones de Dolly, debía subir al último piso, donde llegué a tientas. Oí un vals en un piano y golpes de pies en el suelo. Sin saber ya qué hacer grité: «¡Dolly!», lo que me produjo una sensación extraña. A continuación, el vals se detuvo y una voz masculina exclamó:

—¡Dolly, hay alguien en el descansillo!

Una chica en bañador abrió la puerta.

Fui a parar a una habitación vacía y oblonga, una especie de estudio de danza, con espejos y una barra colocada a lo largo de una de las paredes, una

cama, un piano, un pequeño armario y un trapecio en el rincón. Un hombre joven sentado al piano volvió un segundo la vista hacia mí, imperturbable, y un par de chicas que estaban en el centro de la sala me miraron con curiosidad. Dolly me vino enseguida al encuentro. De modo que era bailarina. Nunca me había interesado en saber a qué se dedicaba, pero en aquel momento me pareció natural que fuera bailarina. Por aquel entonces yo ignoraba totalmente el mundo de las bailarinas y debo reconocer que no me parecía una profesión demasiado digna. A decir verdad, la idea de que alguien tuviera como aspiración en la vida dar saltos sobre un escenario y hacer todo tipo de equilibrios me causaba cierto recelo. La minúscula prenda de entrenamiento que vestía Dolly y que dejaba a la vista, desde las ingles, sus piernas musculadas y antinaturalmente largas también me incomodó. Un poco perdida, levanté la vista hacia ella y me fijé en la dureza de sus ojos azules y en la rosada superficie convexa de su frente, por donde rondaban unos pensamientos para mí insondables. Con un gesto de impaciencia, Dolly se apartó de las orejas el cabello rojo y sudoroso. ¿Qué debía yo decirle? ¿Qué esperaba esa mujer de mí? Pero en aquel mismo instante ella se encaminó hacia una puerta al fondo del estudio y, en un tono como si se refiriera a un perro enfermo, me dijo:

—Aquí está tirada.

Entré en el cuartito que supuse era el santuario de Érica. La habitación estaba a oscuras e increíblemente sucia y abandonada. Me percaté de ello al primer vistazo. La puerta se cerró tras de mí y, después de una orden de Dolly, se reanudaron el vals y los golpes en el suelo. Sobre un sofá bajo y ancho colocado debajo de la ventana que ocupaba casi todo el cuartito, yacía Érica con la cara sobre la almohada. La colcha se le había medio deslizado de la cama y vi que estaba completamente vestida.

¿Seré capaz de describir cómo transcurrió el resto de aquella tarde? Me puse a limpiar, fregar, recoger y ordenar frenéticamente, hasta que comprendí que Érica estaba durmiendo la mona. Me enfrenté a los detalles más repulsivos que, por decirlo de alguna manera, me expusieron la vida que Érica llevaba en aquel periodo. Su sombrero y abrigo estaban en el suelo en medio del vómito, una capa de moho cubría los platos y vasos amontonados en el fregadero, y por doquier había ropa sucia, botellas vacías, ceniceros rebosantes, periódicos viejos, alimentos podridos. No sabía yo que un ser

humano fuese capaz de semejante degradación. Y mientras me afanaba en limpiarlo todo, con obstinación y rabia, las clases en el estudio seguían su curso. Imaginé que Érica, en su desesperación, habría sufrido oyendo la música mecánica y los golpes de los pies que bailaban. En el interior de su oído habrían sonado voces de gente, pero ella no pidió que la atendieran ni nadie le ofreció ayuda.

Atenta a los sonidos, aproveché un *intermezzo* entre dos clases para vaciar el cubo de la basura. Me costó un gran esfuerzo de autodominio preguntarle el camino a Dolly y contarle lo que estaba haciendo. Ante su mirada impasible, yo me sentía una Florence Nightingale hiperactiva, una ridícula santa. Le pedí sábanas limpias. Me contestó que en aquel momento no las tenía y, además, ¿para qué? Mañana se repetiría la misma historia. En sus ojos no percibí crítica ni desprecio; se limitó a encogerse de hombros. De modo que salí corriendo y me acerqué a la Damstraat, donde compré a toda prisa sábanas, toallas, ropa interior y un pijama.

Érica no se despertó ni siquiera cuando le di la vuelta para cambiarle la ropa. Le lavé con cuidado las numerosas magulladuras y le puse el pijama en su cuerpo inerte.

«Dolly posee una vena un poco sádica», sus palabras resonaron en mi cabeza como un estribillo.

Cuando su abrigo y su sombrero lavados se estaban secando, ya había caído la noche. Las lecciones de baile habían terminado y Dolly se había marchado. Volví a salir a toda prisa en busca de café, pan, mantequilla y queso. En la mugrienta cocinilla me preparé la cena.

Cuando al fin, hacia las once de la noche, Érica se despertó de su profundo sueño, yo estaba al pie de su cama con un par de aspirinas y una taza de café. Me saludó con una sonrisilla irónica y después de recorrer el cuartito con la mirada, me dijo con la socarronería que yo ya me había temido:

—¡Hola, Florence Nightingale!

Permanecí toda la noche a su lado. Al día siguiente me permitió, silenciosa y apática, que me la llevara a Egmond. Durante el viaje en tren solo hizo un comentario. Con su eterna ironía, perceptible en su voz y en la expresión de su cara (¿no se burlaba de sí misma en realidad?), me dijo:

—Dolly se habrá ahorrado la asistenta.

Miré por la ventanilla, pero vi de soslayo que Érica había cerrado los ojos

para disimular sus repentinas lágrimas.

Con mis cuidados, que por cierto le brindé con modestia, mi amiga mejoró a ojos vistas. Yo sabía por experiencia que, una vez recuperada, iniciaría una nueva fase de su vida. Ella había sido privada de su derecho de nacimiento, pero yo estaba convencida de que en su dolorosa herida injertaría un brote que no tardaría en alimentar para alcanzar la plena floración y ocultar así sus cicatrices, al menos temporalmente. Empezó a hablar de los Estados Unidos con determinación. Y yo, que en la oficina era testigo de las dudas e inquietudes que atormentaban a mis compañeros de trabajo judíos, reafirmé su convicción. Una mañana, mi jefe interrumpió el letargo del personal convocándonos a todos a una reunión en la que nos comunicó el traspaso de la empresa porque se marchaba a los Estados Unidos. Detrás de sus palabras percibí apuro. Como judío acomodado, que poseía medios para huir del país, le asaltaban remordimientos; incluso se avergonzaba un poco ante quienes estaban expuestos a la misma amenaza que él, pero no podían ni tan siquiera plantearse semejante medida de precaución. Además, como es natural, se sentía más holandés que judío, y su decisión, en mi opinión sensata, le hacía sentirse culpable. Intentaba justificarse insistiendo en el peligro que corría. De hecho, nos soltó todo un discurso. Primero nos trazó un panorama de la situación política, a continuación, habló de las intrigas tramadas por los nacionalsocialistas holandeses y la posición del partido respecto a —y en comparación con— el de Alemania, para finalmente concluir que a los judíos holandeses les esperaba la misma suerte que a los infortunados judíos bajo Hitler. Cogió un libro que tenía sobre su mesa del despacho y se lo entregó al administrador para que lo hiciera circular entre el personal. También llegó a mis manos. La tragedia que estaban sufriendo los judíos bajo el régimen nazi se exponía en el libro con infinitos detalles y estadísticas. Según la doctrina nazi de la raza, Érica llevaba el sello de Judío-Bastardo 1 y su suerte se diferenciaría poco de la de los auténticos judíos.

Además de la agitación causada por el traspaso de la empresa y la inminente partida del director, el ambiente en la oficina era tenso. Cada dos por tres el trabajo quedaba interrumpido por debates y discusiones infinitas. Según algunos, el jefe era un cobarde y un liante, otros lo envidiaban y por eso les caía mal. Nadie apreciaba su forma de ver las cosas. Si bien la tranquilidad de espíritu en la oficina se había alterado, mis compañeros se

resistían a darle la razón al jefe porque eso supondría renunciar a la seguridad que les confería el ser holandeses por encima de todo.

Una tarde me llevé el libro en cuestión a casa para enseñárselo a Érica. Ella intentó disimular su horror fingiendo indiferencia, pero su comentario me atravesó el alma:

—¡Qué locura, Bea! Ahora de pronto resulta que soy judía. —Y negó con la cabeza, medio divertida, en señal de incredulidad y de duda—. Vivir para ver —añadió en alemán echándose a reír de nuevo—. ¡America, America, here I come! —concluyó con entonación cómica.

Así y todo, yo estaba segura de que Érica no se habría ni planteado abandonar el país si sus problemas personales no la hubieran obligado a un cambio radical. Antes de que acabara la semana redactamos juntas una carta para Judy que debía llevar mi firma.

—Siempre es mejor que la solicitud la curse otra persona —fue el argumento de Érica.

Justo antes de firmarla, se me ocurrió una idea:

—¡A lo mejor tu verdadero padre no era judío!

Se me escaparon estas palabras antes de ser consciente de lo que estaba diciendo. No habíamos vuelto a tocar el tema y me asusté del paso en falso que acababa de dar. Pero era una idea importante, obviamente, y no fui capaz de callármela.

—Pues tendrás que preguntárselo a Madre —contestó Érica sin vacilar.

—¿Yo?

—Sí, claro. ¿Quién si no? La idea se te ha ocurrido a ti. ¿No pensarás que quiero volver a ver a mi madre?

—Pero yo no puedo... ¿Cómo puedo yo preguntarle una cosa así, Érica? No te das cuenta de que es imposible. Yo no tengo nada que ver con todo eso. Y seguro que tu madre me vería venir.

A pesar de todo, la idea de pedirle cuentas a Madre por su pecado se fue consolidando. Érica ya no pudo quitársela de la cabeza y yo obedecí con resignación, aunque a desgana. Parece como si aquella conversación con Madre, que tuvo lugar en la casa del general en el salón de mobiliario burgués, hubiera sido grabada, porque aún hoy soy capaz de reproducirla palabra por palabra y sigue viva la sensación de dolor que experimenté. La señora me recibió cordialmente, que si chica esto y chica lo otro, pero su amabilidad

empezó a disminuir cuando se percató de mi nerviosismo, que presagiaba que mi visita no era de mera cortesía. Tras mascullar un extenso preámbulo, me decidí a formularle la gran pregunta, imposible de disimular con vaguedades. Como respuesta, me soltó un monólogo inflamado en el que relató las circunstancias de su vida durante aquellos años. El alegato del acusado. No me sentí nada cómoda en el papel de fiscal. Su apasionada autodefensa, durante la cual se retorció las manos apretándolas contra su corazón con un gesto dramático o extendiéndolas hacia mí, me hizo sentir casi culpable. Su insistencia en «que si él esto, que si él lo otro» al hablar de su marido legítimo hubiera hecho dudar al mismísimo verdugo. Intenté hacerle ver que yo no estaba allí para administrar justicia. Pero ella ni siquiera me escuchó, y mis palabras —repetidas una y otra vez, de «Pero, Madre, todo eso a mí no me concierne; yo solo quería...»— permanecieron flotando en el aire.

Finalmente, se impuso su materialismo.

—¿Y por qué crees que le entregué a mi hija el dinero, los únicos cuatro duros que jamás he recibido? Esos tres mil florines los heredé de Jan. Ese era su padre —añadió apresuradamente—. Él me dejó esa herencia tras su muerte. —Rompió a llorar—. No le volví a ver más, pero él nunca me olvidó.

El misterio de la herencia se había resuelto. No era un tío quien le había dejado a Érica los tres mil florines de herencia, sino su padre. Érica llevaba razón cuando sospechó que aquello olía raro. Me acordaba muy bien de su extraño comportamiento después de recibir el dinero. Durante la noche de su confesión también había aludido a aquella herencia a la que calificó de «dinero para la expiación». Se refirió a ese dinero cuando me habló de la miseria que había vivido en su juventud y de los amantes que había tenido su madre cuando ella era niña. Los líos amorosos de su madre habían transcurrido delante de sus narices, cuando ella era una adolescente que sospechaba mucho pero no sabía nada, hasta que una noche necesitó a su madre y se la encontró en la cama acompañada. Después de aquello la enviaron a un colegio de monjas. «Me quitaron de en medio», así lo había descrito ella. «A mí me tocó pagar el pato». Durante el relato de Érica, yo me había compadecido de la angustiada muchacha de dieciséis años que, tras el primer catastrófico descubrimiento del erotismo de su madre, fue «arrancada» de su «querido» instituto femenino y de golpe y porrazo «recluida» en la atmósfera religiosa y «antinatural» del convento.

Pensando en todo aquello, la lástima que en un principio me había inspirado su madre se transformó de repente en repulsión. Me puse en pie e hice ademán de marcharme. La mujer empezó a empolvase la nariz. Se hizo un silencio oprimente, evitamos cruzarnos la mirada. Con una mano en la puerta, impresionada por el tono frío y cruel de mi propia voz, dije:

—Yo solo venía a preguntar si el padre de Érica era judío.

Madre se volvió hacia mí, furiosa. Con las lágrimas corriéndole por el rostro, entrecerró los ojos con rabia.

—¡Pues, si tanto miedo tiene mi hija de perder el pellejo, que se lo pregunte a ese tipo! —Se echó a reír despectivamente—. ¡Si es que lo sabe! En aquella época puso todo su empeño en averiguar los detalles. Un cobarde infame, eso es lo que es. Él, que me había dado su palabra de que Érica nunca... ¡Sucio traidor! Algo así solo puede esperarse de un judío. Desde luego, no le falta razón a Hitler...

No esperé a que acabara su diatriba. Al salir por la puerta de la calle aún oí su voz. La cabeza me daba vueltas. Bajo la sobria luz de neón, en el acogedor ambiente de la Minervalaan —una avenida de barrio pudiente, donde el primer verdor de la primavera ya brotaba de los árboles y los jardineros municipales preparaban los parterres para las flores—, la visita que acababa de hacer se me antojaba irreal. Moví la cabeza para despertar del mal sueño y, sin darme cuenta, mis pensamientos se anclaron en un recuerdo que tal vez me vino para orientarme, para reencontrar mi yo original, mi identidad con la Bea de muchos años atrás. La conciencia de que con aquel episodio Érica se despedía definitivamente de su madre a través de mí fue probablemente lo que desató en mí aquel recuerdo.

Era el día en que enterraron a mi madre junto con el cuerpecillo del niño sin vida que le había causado la muerte. En la habitación infantil, a través de las cortinas echadas con su estampado de flores extrañamente iluminado por la luz, yo observaba la carroza negra y los coches fúnebres en la calle. La criada, a cuyo cargo me habían dejado, se había olvidado de mí, y yo lloraba cubriéndome la cara con las manos. Era demasiado pequeña para entender lo que estaba sucediendo y sentía una ingenua curiosidad hacia toda aquella agitación que veía abajo, en la calle, enfrente de la verja. La puerta se abrió y mi padre y mis abuelos irrumpieron en la habitación. Me alzaron y me colmaron de besos y caricias. Por primera vez, y nunca más durante mi

juventud, probé el sabor de la sal de las lágrimas de las personas mayores. Durante algunos minutos la niña pequeña fue integrada en el núcleo familiar, porque los adultos la buscaban también a ella. Pequeña como era, necesitaban sentir su presencia antes de emprender el doloroso camino hacia el cementerio. Y, en aquella difícil situación, mi abuela se dio cuenta de que ella era más necesaria en casa que acompañando a su hija en el último viaje. Mi abuela hizo el extraordinario y duro sacrificio de quedarse conmigo a jugar hasta que regresaron los coches fúnebres y se detuvieron ante la puerta. El recuerdo de un recuerdo —del que nunca me he liberado durante todos esos años—, de que, al fin, a los veintiocho años, alcancé a comprender lo que mi abuela debió de experimentar durante aquellas horas que, fingiendo alegría, me ayudó a vestir y desvestir las muñecas participando del mundo de fantasía de la niña que, con la tendencia natural a imitar, mimaba o reñía a sus muñecas de porcelana con la voz y el tono de su madre. Mi abuela tuvo que escuchar aquella voz mientras enterraban a su hija.

Los recuerdos de mi primera infancia son escasos. Del periodo comprendido entre la muerte de mi madre y el inicio de la enseñanza media no conservo ningún recuerdo. Hace poco incluso tuve que ponerme a calcular seriamente cuando alguien aquí en los Estados Unidos me preguntó qué edad tenía yo cuando murió mi madre. Con su muerte, se produjo un gran vacío en mi juventud. A pesar de todo, conservé una imagen de mi madre que más adelante, cuando fui algo mayor, adquirió una dimensión celestial gracias a las historias que mi padre me contaba de ella. ¡Qué diferencia con lo que había vivido Érica! Cierto era que ella tuvo una madre de carne y hueso, en lugar de mi ángel de la guarda, pero una madre que le pedía daños y perjuicios a la hija por lo que esta le había ocasionado.

A las dos en punto una telefonista anunció una llamada de Egmond. Era Érica, tal como habíamos acordado.

—¿Y...? ¿Qué te ha dicho? —me preguntó nerviosa.

—Ha sido inútil. —Tenía que ser discreta porque no sabía si la línea estaba libre—. No quiso decirme nada. Me dijo que se lo preguntaras tú a él.

—¿Ah, sí?

La voz de Érica sonó amenazadora y, a continuación, se produjo un silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

Y de nuevo no se escuchó más ruido que el de los pitidos e interferencias de la conexión telefónica. Pero también el odio, ese odio tan impotente como poderoso, que crecía en el fondo del silencio y que me figuraba estar oyendo.

—Hasta luego —se despidió Érica secamente y cortó la comunicación.

Con angustia y desgana regresé a casa en tren aquella tarde, pero Érica no me hizo más preguntas. Con dos palabras me agradeció la molestia. A decir verdad, me sentía aliviada de no tener que contarle mi conversación con Madre.

Después de cenar, Érica depositó frente a mí la carta para Judy y me pidió que la firmara. Nos fuimos juntas a echarla. Justo antes de deslizarla por la ranura del buzón, le lancé una mirada interrogativa a Érica.

—Anda, venga —me dijo—. No seas plomo.

Los días siguientes estuvimos pendientes de la respuesta. Al cabo de una semana, cada vez que entraba por la puerta, le preguntaba a Érica si había recibido la carta. Al poco tiempo, ella me pidió, irritada, que dejara de darle la lata. Ya me lo contaría si había respuesta. Me pidió que fuera entretanto a pedir información en el Consulado Americano y en la compañía marítima. Ella, en cambio, no movió ni un dedo para preparar su viaje. Durante un par de semanas me la encontraba a diario en casa tirada en la cama con alguno de los libros que yo le proporcionaba, mientras sonaba el gramófono o alguna emisora de radio holandesa. Pero al cabo de poco el pájaro echó a volar de nuevo. Cada vez que eso sucedía, me esperaba una notita en mi habitación. «Estoy en el cine» o «Me he ido a Ámsterdam». Más adelante los mensajes empezaron a contener cortesías poco usuales: «No vengo a dormir». Y, finalmente, desaparecieron las notitas. Érica había vuelto a las andadas y pasaba mucho tiempo fuera de casa.

Una mañana, después de llevarle el desayuno a la cama, lo que había empezado a hacer cuando ella lo necesitó y seguí haciendo cada vez que se quedaba a dormir en casa, me dijo:

—Será mejor que me sincere. De todos modos, tú ya sabes de qué va la cosa. Me he vuelto a enamorar. De una violonchelista que toca en la orquesta femenina de una cervecería. Tienes que venir un día a verla. Es fantástica.

Así fue como Érica empezó a hacerme partícipe de sus escapadas. De esta forma también me ayudó a crear distancia entre las dos. Sin darnos cuenta,

también nosotras habíamos entrado en una nueva fase de nuestra relación.

Aquella misma tarde, al salir de la oficina con una energía inusual en mí, decidí acercarme al centro para ver el *pub* donde le habían robado el corazón a Érica. Entré por la puerta giratoria, un poco nerviosa, y, mientras trataba de encontrar mi postura, me pregunté cómo era posible que Érica hubiera ido a parar a ese *pub* pseudoalemán y pseudo *gemütliche* («acogedor»). A mí ni se me hubiera ocurrido pisar un local de ese tipo, la clientela era de otro planeta. Un camarero se percató de que estaba un poco perdida buscando a alguien. Farfullé unas palabras para describir a Érica, a lo que él me miró de pies a cabeza y, con una media sonrisa y dirigiéndole un guiño a su colega, me acompañó hasta el podio. Me encontré a Érica sentada a una mesita, prácticamente a los pies de la violonchelista. Estaba absorta en su nuevo amor y apenas levantó la vista cuando yo, con el cuerpo empapado de sudor, me senté a su lado. Pero la sonrisa que se dibujó en su rostro me la dirigió a mí y, sin mirarme, me preguntó:

—¿Qué te parece ella?

¿Qué te parece ella? Desde que me había hecho partícipe de su secreto, Érica valoraba mi opinión y buscaba mi consentimiento. Cómo iba yo a contestarle que una mujer con un violonchelo entre las rodillas me parecía *a priori* una imagen poco atractiva. En la época en que acompañaba a mi padre a los conciertos, quien como tantas personas de clase media holandesa era un gran aficionado a la música, asistí a varios protagonizados por una violonchelista. Nunca me lo pasé bien en aquellos conciertos. El escote y los perifollos que para la ocasión lucía la artista realzaban su fragilidad por contraste con el pesado instrumento que sostenía entre los muslos, y a mí aquello me perturbaba y me impedía disfrutar de su arte. Al concluir el concierto, un día le comenté a mi padre aquella impresión, y a él le pareció que exageraba.

El objeto de la atención de Érica salió mejor parado, y es que en la cervecería mis expectativas eran menores.

La violonchelista era en verdad más entusiasta que virtuosa. Frotaba las cuerdas con el arco sin mucho tino, como si intentara fabricar estanterías de madera gruesa.

Tardé unos días en descubrir que Inge, que así se llamaba ella, poseía realmente un talento notable y era una artista de pura cepa. Eso fue cuando

vino a visitarnos a Egmond en su día libre y tocó para nosotras. En la habitación de Érica, inclinada sobre el instrumento, con el cabello oscuro y lacio cayéndole sobre el rostro blanco como un camafeo, parecía una persona distinta a la joven que me había suscitado la divertida imagen de estar serrando madera mientras tocaba su instrumento en el restaurante cargado de humo. Allí tocaba para ganarse el pan, una concesión que apenas le afectaba porque su otro yo, custodiado en su interior, lo conservaba intacto. En nuestra casa ella daba rienda suelta a ese otro yo. Tocaba el instrumento casi obsesivamente. Inge me caía bien y acepté la pasión que Érica sentía por ella. Ni siquiera me molestaba cuando se quedaba a dormir en casa una noche a la semana. En tales ocasiones yo cuidaba de ella como cuidaba de Érica. Lo que sí me preocupó desde un principio era el hecho de que fuese alemana. En aquellos días era de dominio público que a nuestros vecinos del este les estaba vetado viajar al extranjero a no ser para realizar servicios de espionaje, claro. Cuando la gente se refería a los «turistas alemanes» lo hacía con doble sentido, y, aunque parte de la población calificaba esas suposiciones y otras similares de exageradas, yo no descartaba aquella posibilidad. Los artistas solo acudían a nuestro país bajo el auspicio de la organización de Goebbels, eso se sabía a ciencia cierta. La pequeña orquesta de la que formaba parte Inge hacía seguramente propaganda política para el Tercer Reich, pensé, y era muy posible que sus integrantes hubieran recibido encargos de mayor alcance que el de actuar dentro de las cuatro paredes de la cervecería. Pero mis sospechas se disiparon pronto. Inge fue ganándose nuestra confianza al hablarnos con franqueza de la situación en su país. Mientras hablaba, con su carita en forma de corazón expresando repulsión y rabia, no dudamos de su aversión hacia el régimen. La gente no tenía elección, nos contaba. Había que vivir. Eso sí, varios miembros de la orquesta eran nazis convencidos y, mirando temerosa alrededor y encogiéndose de hombros, susurró que les remuneraban por realizar labores extras. No precisó en qué consistían aquellas tareas suplementarias, pero era bastante obvio. El color de su rostro, pálido por naturaleza, se tornó un grado más blanco cuando nos advirtió de lo que estaba sucediendo. Las cosas iban por mal camino. Alemania tenía los ojos puestos en Holanda. De pronto Érica empezó a silbar una melodía y puso un disco. Su reacción me era conocida. Sentí palpitaciones en la garganta. Seguíamos a la espera de la respuesta de Judy. Aunque esta llegara y fuese afirmativa e incluyera el dinero en efectivo requerido, aún

quedaba por ver si Érica abandonaría el país. No me hacía ilusiones. De momento Inge era más importante que su deseo de cambio y su instinto de supervivencia. Y el tiempo apremiaba. Estábamos a principios de abril.

En el Consulado Americano, donde para mayor seguridad me había acercado a preguntar si había llegado un mensaje para Érica (a escondidas de ella), vi a muchos judíos haciendo cola. La compañía marítima en la que había reservado un pasaje para Érica, por si acaso, ya no se dejaba despachar con buenas palabras. Pensé en cómo solicitar un préstamo para sufragar el pasaje. La preocupada era yo; a Érica ya no parecía importarle el asunto.

Sin embargo, en aquel momento, mientras se ocupaba del gramófono, Érica dijo de repente:

—Ich bin halb Jude².

Y se dio la vuelta rápidamente para no perderse la reacción de Inge.

De pronto fui consciente del drama que se estaba desarrollando entre las dos mujeres. Érica no había hecho esa confesión pensando en el peligro que implicaba para ella, sino solo por el interés de descubrir hasta qué punto la teoría de las razas había hecho mella en Inge. Y para saber si los sentimientos de su amiga por ella resistirían este hecho.

—Eso es imposible —empezó a decir Inge disponiéndose a reprender a Érica por su desafortunada broma.

Érica se la quedó mirando fijamente. No apartó la mirada de ella ni dejó entrever nada. A continuación, Inge me miró a mí en busca de ayuda. Recuerdo aún mi incomodidad, pero me limité a asentir con la cabeza.

—Pero entonces... —dijo Inge—, pero entonces... —Se puso en pie de un salto y nos lanzó una mirada fiera alternativamente a mí y a Érica. Buscaba las palabras adecuadas para expresar su consternación—. Pues entonces no hay tiempo que perder. —Su apremiante mirada se aferró a la mía—. ¿Qué haces? ¿Qué podemos hacer?

Volvió a sentarse. Con un par de pasos Érica se colocó detrás de la silla de Inge y arrimó su cara a la de su amiga. Yo me puse en pie y recogí los ceniceros sucios. Mientras salí a vaciarlos, oí la voz de Érica susurrándole a Inge palabras al oído. Ha superado la prueba de fuego, pensé con amargura. Siempre la prueba de fuego. Quizá, inconscientemente, yo había deseado que Inge hubiese reaccionado de otra manera. Quién sabe. Tal vez soy muy desconfiada ahora y trato de hurgar demasiado en los sentimientos.

Justo después de aquella sensación de amargura para mí entonces inexplicable, llegué a la conclusión de que Érica se había reconciliado con las circunstancias de su ilegitimidad. Había sido reconocida por Padre y así estaba registrada. Antes de llamar a su madre para pedirle explicaciones o interrogar a su padre, prefirió conformarse con la situación.

10

Hacia finales de abril renuncié a esperar. A todas luces Judy era ya agua pasada y me reproché a mí misma no haber valorado más las palabras de Érica cuando dijo: «Para Judy esas cosas no son más que una aventura. Tanto le da hacerlas que dejar de hacerlas». ¡No era de extrañar que Érica no quisiera hablar del tema! Debía de estar muy dolida por el desinterés de su amiga. Aunque quizá eso también la dejara fría, porque, aparte de Inge, en aquel momento no existía para ella nada ni nadie en el mundo. La vida amorosa de Érica era más poderosa que cualquier propósito o inquietud. Así había ocurrido con Dolly y con Judy, y así volvía a ser en aquella ocasión. También, en justicia, era preciso reconocer que incluso yo había sido en algún momento el centro de su atención, aunque con menor preponderancia.

Yo hacía horas extra en la oficina para aumentar mis ingresos. Realmente necesitábamos el dinero, pues en aquel periodo me tocaba trabajar para las dos. Érica me pedía con regularidad dinero farfullando frases como «Más adelante lo arreglamos». El resto de la «herencia» de Madre seguía depositado en el banco. Érica no preguntaba por ese dinero y yo no me atrevía a tocar el tema. Ambas lo habíamos «olvidado». Que yo sepa, aún hoy sigue en la cuenta. De vez en cuando aún cojo aquella libreta de ahorros. Siempre ha viajado conmigo junto con mis otros documentos. Ahora está amarillenta.

Por aquel entonces yo vivía de nuevo sola la mayor parte del tiempo. Por las tardes me llevaba trabajo a casa. La tarea de organizarle minuciosamente los asuntos a mi jefe antes de su partida me procuraba distracción y me hacía sentirme bien. Su aprecio por mi trabajo aliviaba un poco mi soledad y mis preocupaciones. La despedida fue cordial. Me dijo que no me olvidaría nunca, «la mejor secretaria que tendré jamás. Si alguna vez necesitas de mi ayuda...». Ni él ni yo podíamos sospechar entonces que le llegaría la ocasión de cumplir

con su palabra. Hace ya años que soy su secretaria aquí, en Nueva York. Él fue mi salvación cuando quise salir de Holanda después de la guerra. Pero estoy perdiendo el hilo de la narración. Llegó el nuevo director y también con él me entendí muy bien enseguida. La verdad es que donde yo más luzco es siempre en la oficina.

Con resignación me puse a esperar lo que nos deparara el destino. El fatalismo de la gente me sorprendía y al mismo tiempo me causaba cierta inquietud. Tal vez las cosas no eran para tanto. Quién sabe, pensé, igual mi ansiedad había sido excesiva debido a mi preocupación por Érica. También en la oficina reinaba un ambiente más tranquilo desde la marcha del jefe. El que nadie nos recordase el peligro producía, en el fondo, un cierto alivio. El tema de conversación aquellos días era el nuevo dueño de la empresa.

Érica e Inge se quedaban a dormir en Egmond una vez a la semana. Aquellas noches me daban vida. Ellas me permitían en esas ocasiones acceder al santuario de su unión. Ignoraba qué hacía Érica en Ámsterdam. Lo único que me había contado es que pasaba las noches en la cervecería y luego se iba con Inge a su pensión. Así que se sentaba en el bar a los pies de Inge noche tras noche. No me explicaba cómo era capaz de soportar aquello. Me acordé de la elocuente sonrisita del camarero. Me estremecí. Al cabo de poco llegó el gran disgusto, al menos para Érica y, en cierto sentido también para mí, pues extraje mis conclusiones. El día cuatro de mayo la orquesta femenina finalizó la gira y regresó a Alemania. Érica se presentó de repente en casa. Estaba deshecha.

—Pero Inge sabía que tendría que irse, ¿no? —pregunté con ingenuidad.

Érica se encogió de hombros desmoralizada.

—Pues claro que sí, pero no quiso despedirse.

—¡Venga ya! —solté—. Eso no te lo crees ni tú.

Érica dio la callada por respuesta y se recluyó en su habitación. Pero a media noche vino a sentarse sobre mi cama, aún completamente vestida. En su desesperación, empezó a dar rienda suelta a sus sentimientos. Primero me habló de Inge. Su abatimiento era tal que me hizo confidencias sobre su vida en común que yo no le había pedido y que me resultaron dolorosas.

—Sí, ella lo sabía —dijo finalmente—. Lo sabía desde hacía una semana. Iban a quedarse en Ámsterdam hasta finales de mes y después tocarían en Róterdam. Eso era lo acordado. Pero la semana pasada Inge supo que habían recibido instrucciones de regresar a Alemania. No les estaba permitido hablar

de ello y ella no se atrevió a decir nada. Aquello era secreto y desvelarlo entrañaba un riesgo demasiado alto. Ni a mí me lo pudo confiar. Inge no se fiaba de nadie del grupo. Y temía que mi forma de reaccionar llamara demasiado la atención.

—Eso lo dice todo —repuse alarmada—. Si a los alemanes les han ordenado regresar...

No terminé la frase. Érica hurgaba en el bolsillo de su falda. Extrajo un sobre arrugado y me lo tendió. La carta, certificada, llevaba un sello americano. Enseguida supe quién era el remitente y qué significaba aquel escrito.

—Te he engañado —me confesó Érica para mayor claridad—. No tardó ni una semana en contestarme. El dinero me lo gasté.

Cientos de veces he evocado las imágenes del tiempo que siguió a aquel instante y ahora finalmente, trece años después, esas imágenes constituyen una sola estampa en la que encajan todos los detalles. Basta una mirada para revivirlo todo, para saber también que, a pesar del tremendo dolor por la pérdida de Érica, ella dependió de mí durante al menos medio año y que así pude sentirla mía hasta el límite que yo misma me permití.

Y lo que vino después constituye el legado del tiempo: la dolorosa pregunta de por qué puse determinados límites a nuestra relación y el arrepentimiento por aquella decisión, una decisión que nunca me había generado ninguna duda, pero que más adelante dejé de entender. Ese legado fue echando en mí sus raíces como un tumor en el tejido, inofensivo mientras pude crear nuevas células a su alrededor. Aún hoy, en mis noches de insomnio, esa tumefacción adquiere a veces vida propia y entonces solo mi firmeza es capaz de salvarme: mi voluntad de conjurar la duda y el arrepentimiento y volver a encerrarme en mi caparazón. ¡Y es que nada de lo que sucedió puede enmendarse o repetirse! En apariencia todo aquello es agua pasada, limpié la pizarra, mi vida continuó.

Pero ahora que soy consciente de la importancia que tuvo aquella etapa de mi vida, la única decisiva y realmente valiosa para mí, me atrevo a evocar los detalles de aquel escenario de los primeros meses de la ocupación.

Veo entonces el golpe que supuso para mí comprender que no podía confiar de ningún modo en Érica, una idea que en realidad no me afectó en exceso, porque me produjo al mismo tiempo una extraña e incomprensible

satisfacción. Poco tiempo después, antes de que tuviera tiempo de recobrar mi serenidad y mientras intentaba desesperadamente ayudar a Érica a salir del país, se produjo la invasión alemana.

Demasiado tarde, demasiado tarde, pensaba yo siempre, porque al principio mi única preocupación era Érica. La situación precaria de mi amiga me importaba más que la catástrofe que acababa de sufrir el país, lo cual era una clara muestra de cuál era mi estado de ánimo.

Todavía recuerdo muy bien a Érica sentada delante de la radio, hora tras hora, primero con un gran nerviosismo y poco tiempo después en un estado de abatimiento total. Un velatorio.

Para mí la guerra empezó ahí, en la habitación de Érica. Aquella imagen de mi amiga inclinada sobre el aparato, como si este la hubiera succionado, representaba para mí la invasión, las batallas, los bombardeos, la derrota de un pueblo ufano. Ella estaba tan paralizada y destrozada que la voz que emitía la radio parecía su único asidero. Y cada vez que la veía mover la cabeza en sentido negativo sabía que, junto con su desesperación, crecía su estupor por la imprudencia de sus propias acciones. Me acongojaba verla de aquel modo, a pesar de que no dejaba de percibir una cierta satisfacción en mí misma, una complacencia latente que veía en mi interior con inquietud y que ni mi compasión ni mi angustia lograban extinguir.

Me dio por dedicarme exageradamente a las tareas que requería nuestra supervivencia, porque la actividad continua era lo único que me ayudaba a evadirme de mis insoportables pensamientos. Pero siempre que regresaba a casa después del trabajo o de las compras en el pueblo, donde la gente se congregaba o se cruzaba por la calle mirándose con los ojos hinchados, me encontraba a Érica tal como la había dejado. Así empezó para nosotras la época de la ocupación. Érica había quemado todas las naves. Trabajo, dinero, parientes, amigos, todo lo había perdido, no tenía nada ni a nadie más que a mí. Para devolverla a la realidad, le hablé de Inge. ¿Dónde estaría? ¿Daría señales de vida en algún momento? Mi intención era buena, pero Érica no lo entendió así. Me mandó callar con un movimiento furioso de la cabeza, como si mis preguntas fueran demasiado para ella, como si la asociación de ideas que estas generaban fuera a destrozarla. Hubiera querido cortarme la lengua. Aún hoy me encojo cuando pienso en mi torpeza y mi estupidez, en aquel lamentable error.

Pero en aquel momento no me paré a pensar mucho tiempo en aquello. Había que hacer planes. En aquellas circunstancias era mejor vivir en Ámsterdam. Supuse que, con el tiempo, cruzar a diario el país ocupado en tren sería una complicación. Y quién sabía qué nos depararía el futuro. Nos convenía dejar la casa por iniciativa propia antes de que nos evacuaran junto con los demás vecinos. Fui pesimista desde un principio y, visto en retrospectiva, actué de forma intuitiva. Por aquel entonces no tenía ni idea de la terrible tragedia que nos esperaba.

Le encomendé a Érica la tarea de buscar una casa para nosotras.

—Pero, cuidado, no se te ocurra buscarla en los canales de la zona de los Achterburgwallen —le advertí.

Érica me lanzó una larga mirada inquisitiva.

—Ah, la señora pone condiciones. La señora es la que manda ahora —repuso en tono mordaz.

Aquel fue el instante en que Érica nos salvó de una relación horrible. La posición de cuidadora y ángel de la guarda, que yo había asumido como si fuera algo natural, se me había subido a la cabeza. Y Érica me había calado enseguida. Su orgullosa resistencia me devolvió a la realidad. Y así pudimos iniciar aquel periodo singular de nuestra vida sobre una base sana de convivencia. A pesar de su situación de dependencia respecto a mí, Érica siguió siendo mi igual, no me permitió adoptar una posición dominante. Y aún hoy me avergüenzo de mi ansia de dominación de entonces, que más adelante tuve que reprimir en varias ocasiones. La verdad es que mi situación era todo menos fácil. El talante independiente de Érica me impedía dar vía libre a mi necesidad de protegerla. Su afán de independencia apenas le permitía aceptar ayuda. Ella desconocía la presión de las obligaciones. No concedía ninguna importancia al concepto de lo mío y lo tuyo, que era algo que, según ella, variaba según las circunstancias. Entonces la situación me favorecía a mí; si hubiera sido al revés, ella habría aceptado de modo natural hacerse cargo de mí. El que esta situación no se hubiera producido era mera casualidad. Así era la visión que Érica tenía de la vida, y a mí me tocaba lidiar con esa filosofía. La tarea de mantener la balanza en equilibrio me correspondía a mí.

Durante los meses de verano de 1940, Érica empezó de nuevo a ir por su cuenta, aunque era consciente de la importancia del vínculo que nos unía. Nuestro pequeño ático en uno de los barrios nuevos de Ámsterdam lo sentía

como su hogar y a mí me trataba con afecto y consideración, pero, con todo, era muy celosa de su independencia. No tenía empleo ni tampoco lo buscaba, porque estaba muy ocupada. Yo sabía muy bien a qué se dedicaba, como si me lo hubiese contado ella misma, pero me hacía la tonta. De vez en cuando, Érica desaparecía durante días y yo esperaba su regreso con el corazón en un puño. Las actividades ilegales y el sabotaje encajaban bastante bien con su personalidad. Esas pequeñas acciones fueron el inicio del movimiento de la Resistencia contra el enemigo. En aquel periodo aquello aún parecía un juego de niños y no se sacaba mucho partido de esas acciones. Yo nunca hablaba del tema. Me hacía la ingenua para ponerle las cosas fáciles a ella y a mí misma. Me dedicaba plenamente a mi trabajo en la oficina para mantenernos a las dos. Con todo, estaba cada vez más convencida de que Érica no sobreviviría a la guerra si permanecía en Holanda. No era únicamente la persecución de los judíos —que al principio no se percibió, pero cuyo comienzo, en mi pesimismo, yo esperaba como el iniciado espera el estallido de una bomba de relojería— lo que me advertía del peligro al que se exponía Érica, sino también mi conocimiento de su persona. El peligro que corría como consecuencia de sus actividades me parecía mayor que el que entrañaba su ascendencia judía. Érica era incapaz de adaptarse a las circunstancias, de ponerle al mal tiempo buena cara y de mantenerse a salvo, como hacía la mayoría de la población. Su vida era demasiado singular. Había construido su derecho a la existencia con pedazos y fragmentos. Su futuro solo prometía garantía de felicidad si retaba al destino que le había sido confiado como un enemigo rival.

Mi obligación era defender a Érica de sí misma. Sí, así lo veía yo.

¿Acaso no la admiraba justo por su capacidad de iniciativa, por su audacia? ¿No estaba orgullosa de ella? En cierto sentido sí, claro; afirmar lo contrario sería injusto. Sin embargo, yo era también consciente de que las figuras heroicas como Érica estaban condenadas. Son demasiado impulsivas e inestables. El corazón lleva la iniciativa, y así debe ser, pero después es la razón la que asume la tarea, condición indispensable para obtener resultados o éxito. Yo sabía demasiado bien que, en el caso de Érica, la voz cantante la llevaría su corazón. Así que urdí mis planes con gran discreción. Compré un carné de identidad falso con el dinero de la venta de las joyas heredadas de mi abuela. Y aguardé, esperando el momento preciso para convencerla de que se

marchara del país. Entretanto procuraba sabotear sus acciones. Sí, incluso logré apartarla varias veces de sus peligrosas actividades imponiéndole la tarea de conseguir los alimentos sometidos a racionamiento, lo cual exigía bastante tiempo de dedicación. Y Érica, deseosa de contribuir a nuestra economía familiar, salía a la calle y se pasaba horas haciendo cola. A finales del verano, después de que ella se negara en redondo a huir del país y me dijera que me ahorrara cualquier esfuerzo de mediación en ese sentido, fingí incluso una depresión nerviosa, con lo que conseguí que permaneciera tres semanas al lado de mi cama. No me avergüenzo de lo que hice. Me movía un solo objetivo, proteger a Érica. ¿Acaso no estaba en mi derecho? El movimiento clandestino seguro que encontraría a otra persona que la sustituyera. Quizá yo era egoísta o inmoral, qué más da. Cualquier medio me resultaba útil para mi fin; carecía de escrúpulos.

En noviembre recibimos de improviso la visita de su madre. Madre, ¡la camarada que militaba en el NSB!

Yo estaba sola en casa. Su inesperada visita me asustó y quería que se largara antes de que apareciera Érica. Faltaba aún una hora para la cena, pero era posible que Érica llegase a casa temprano, aunque no era lo habitual. La posibilidad era de diez contra uno, así que podía suceder.

Me comporté con su madre de una forma bastante grosera. Me hice la sorprendida al verla, no la invité a entrar, fingí tener mucha prisa, le dije que estaba cocinando y que Érica no solía llegar a la hora cenar. Pero ella entró, me acompañó hacia la cocina y se acomodó apoyándose en la escalera de mano.

Madre vestía el uniforme de la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas. Aquel atuendo de aire juvenil y la gorra ladeada sobre el cabello negro excesivamente largo le conferían un aspecto ridículo. En contraste con el colorete de las mejillas, sus labios parecían azules, y sus pestañas y las líneas negras que remarcaban sus cejas le acentuaban las arrugas y el tono amarillento de la piel. Pero ella, rebosante de energía, insistió en demostrarme que su actividad como monitora la había rejuvenecido y le había enriquecido la vida. También quiso convencerme de que ocupaba un cargo muy importante en la organización y de que la consideraban una persona imprescindible. Yo escuchaba todo aquello en silencio, mientras competían en mis pensamientos la repugnancia, una cierta compasión y determinados

cálculos.

Con todo, prevaleció mi deseo de evitar que se cruzara con Érica. Como último recurso le propuse salir a tomar una copa en un acogedor local de la esquina. No tenía nada en casa y no quería dejarla sin algo de beber. ¡En vano! Me dijo que no había visto a «la niña» desde hacía mucho tiempo y que había elegido precisamente aquella hora de la tarde para asegurarse de encontrarla en casa. La copa podía aplazarse.

—Y tú ¿qué haces aquí? —fue el saludo de Érica cuando a las siete y media asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Bueno, chica... —dijo Madre, poniéndose en pie.

Se alisó la falda ceñida del uniforme y a continuación abrió y cerró la boca como un pez en tierra intentando hablar, pues Érica no le dio la oportunidad de empezar.

—Venga, Madre, ¡lárgate ahora mismo! Tú ya no tienes nada que hacer aquí. —Y, lanzando una mirada sarcástica sobre su atuendo, añadió—: En esta casa no recibimos a militantes del NSB.

Érica abrió la puerta de par en par y con un movimiento de cabeza hizo una señal en dirección a la escalera.

Estaba claro que Madre se había preparado para un recibimiento de este tipo en vista del torrente de palabras que soltó, que debió de haber ensayado con esmero.

—Yo que tú no me daría esos aires, jovencita. Menudo caso que eres. Sé más de ti de lo que te imaginas —concluyó Madre mirando a Érica de pies a cabeza con una risita desdeñosa.

Sentí que se me helaba la sangre. Justo unas semanas antes había yo conseguido en el mercado negro un retal de tela de lana con el que una costurera, por deseo de Érica, había confeccionado para ella una especie de chaleco con mangas y un pantalón largo. No protesté al verla con aquellas prendas un poco extrañas, porque Érica me justificó su elección con el argumento de «voy calentita», lo cual era determinante en ese periodo de racionamiento del carbón. El traje le confería un aspecto masculino, de hombre joven, desde luego, pero la protegería del frío.

—Voy a contar hasta treinta —dijo Érica—. Si no estás entonces en la escalera, te echo con mis propias manos.

—¡Érica! —le advertí muy a pesar mío.

Pero ella, pálida como una muerta, me ignoró. Se puso a contar con una lentitud exasperante. Cada vez que el aire le pasaba por la tráquea emitía un silbido. Los papeles se habían invertido, eso estaba claro. Entendí de repente que ese mismo ultimátum le había sido impuesto a Érica cuando Madre aún empuñaba el cetro. Y sabe Dios bajo qué circunstancias. Seguro que no debió de ser una manifestación normal de autoridad materna.

Madre no dio ni un paso en la dirección indicada. Se echó a reír desafiante y, con ese gesto vulgar propio de las mujeres entradas en carnes que visten de forma demasiado juvenil, se acomodó el corsé dándole un tironcito hacia abajo. Yo me vi atrapada delante del fogón de la cocina envuelta en el vapor de las patatas que hervían. Me temblaban las piernas, apenas me sostenían. Nunca hubiera imaginado que contar hasta treinta pudiese durar una eternidad.

—Venga ya, Madre. Érica, por favor —les conminé.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba sucediendo, Érica me agarró por las muñecas, me echó de la cocinita y me empujó con tal brusquedad hacia el interior de mi habitación que me tropecé y me di de bruces contra el suelo. Ella cerró la puerta de un portazo. Me quedé tendida, medio aturdida por el susto y el dolor de la caída. En aquel estado escuché un forcejeo en el pasillo, el sonido de pies arrastrándose, unos ruidos en la escalera, el ronco jadeo de Érica y los gritos de Madre. A continuación, oí la voz de la vecina de abajo que se había asomado al rellano para preguntar qué estaba pasando. También de los otros pisos salieron vecinos a pedir explicaciones. De pronto se produjo un ruido de mil demonios. Al final, Érica volvió a subir la escalera y una vez arriba, como quien se lava las manos después de acabar un trabajito, exclamó:

—¡Hecho!

Aquel sobrio comentario vino acompañado por los gritos de Madre abajo, en el portal, que alternaba insultos y amenazas con explicaciones a los vecinos. Al parecer, nadie la respondía. Los vecinos de nuestro edificio eran todos del bando «correcto». Oí cerrarse las puertas y supe que habían vuelto a entrar todos en sus respectivos apartamentos. Érica permanecía inmóvil, yo solo oía su respiración jadeante. Al cabo de un rato cesaron los bramidos de Madre y oí sus pasos en dirección a la puerta de la calle y a continuación un fuerte portazo. Después entró Érica en la cocina y oí el repiqueteo de una olla en el fregadero y el sonido del agua que corría. Estaba escurriendo las patatas.

Mientras me ponía en pie con dificultad, me sobresalté de nuevo al oír que Érica estaba bajando la escalera. Al cabo de un instante la puerta de la calle se cerró tras ella. Sabía que estaba en el soportal de la casa encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas. Por la ventana la vi cruzar la calle apresuradamente, doblar la esquina y perderse.

11

Unos días después los alemanes realizaron un registro domiciliario en casa. Se presentaron a media noche y lo revolvieron todo. Yo estaba sola. Érica no había regresado. Mientras les contaba a los alemanes la verdad, que mi compañera de piso se había marchado y que desconocía su paradero, me acordé de las palabras de nuestra vecina de abajo, que se había quedado un rato a charlar conmigo la noche de la bronca.

—Ten cuidado, esa mujer es militante del partido... Si os denuncia... Dios... Dios mío, madre e hija —se interrumpió a sí misma—. Suceden cosas terribles hoy en día.

La vecina se había despedido casi con lágrimas en los ojos.

Durante el registro, cuando me preguntaron por la profesión de Érica, les respondí que era «escritora». Los señores se largaron finalmente llevándose una pila de cuadernos que contenían unas notas poéticas de Érica de cuando era niña.

Hasta bien entrada la noche estuve organizando mi provisión de alubias y guisantes que los visitantes habían tirado por el suelo. Aún hoy siento entre mis dedos aquellas legumbres rugosas tal como las sentí aquel día mientras las recogía del suelo, una a una, para meterlas en sus respectivas bolsas; y aún hoy recuerdo los pensamientos que me asaltaron y que traté de ordenar en nuevos diagramas.

Una vez más fui yo la que tuvo que esperar en casa y aguardar el desarrollo de los acontecimientos. La espera se me hizo eterna, aunque en realidad la fatal noticia no tardó ni una semana en llegar. Dolly se presentó en casa a las siete de la mañana para informarme de que Érica estaba presa en la cárcel de la calle Weteringschans.

Me costó asimilar todo aquello de golpe. Me confundió que hubiera sido Dolly la portadora de la mala noticia, y su mensaje lo experimenté como un anticlímax, porque el sonido del timbre a aquella hora intempestiva de la mañana había sido como un martillazo en mi corazón. Recuerdo que bebí del vaso de agua helada que me sostuvo Dolly y que me sentí avergonzada por no ser capaz de controlar mis nervios precisamente delante de ella.

—Supongo que te llegará la notificación oficial —dijo Dolly sin rodeos—. Podrás llevarle a la cárcel una muda y esas cosas.

Dolly, fría y serena, estaba sentada en mi silla. A su lado, volví a sentirme pequeña y un poco ridícula. Intenté ponerme en pie, pero mis piernas no me respondían aún.

—No te esfuerces, quédate sentada tranquilamente —me dijo—. Yo tengo que irme. Solo vine a avisarte. ¿Tienes dinero? Solo se consiguen cosas con contactos y dinero. Hablaremos más adelante.

Ella estaba ya en la puerta cuando la llamé.

—Dolly —dije y hasta pronunciar su nombre me supuso un esfuerzo, porque apenas la conocía y nunca la había llamado por su nombre—. Dolly, ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha hecho Érica?

—¿Hecho? —repuso ella riendo—. Qué ingenua eres. ¿Acaso no la conoces?

—¿Entonces es que está viviendo...? —empecé—. ¿Cómo es que tú te enteraste? ¿Cuándo sucedió?

—Anoche. No regresó a casa, así que fui a informarme. —Y añadió riéndose con sarcasmo—: ¡Dios, esa Érica! No tenía ni la más mínima posibilidad y, sin embargo..., se enteró del registro domiciliario por uno de los vecinos que pertenece al movimiento. Alguien la ha delatado, claro, y ya puedes imaginarte quién ha sido. Yo le prohibí... —Guardó silencio un instante lanzándome una mirada escrutadora. A continuación, se le endurecieron de nuevo los ojos, tan fríos e insensibles como ya se los había visto en su estudio de danza—. Si tú no fueras tan cobarde... Dios sabe qué ve ella en ti. Ni carne ni pescado. ¿Por qué no la dejas marchar? ¿De qué te sirve a ti Érica? En fin, no es asunto mío. Lo principal es que ella salga de esta. Seguimos en contacto.

De nada sirvieron mis gestiones. Lo intenté todo, incluso lo imposible, lo más bajo imaginable. En aquel periodo Dolly fue mi cómplice y mi paño de

lágrimas. Gracias a ella entré en contacto con el movimiento clandestino. Pero el abogado con influencias de La Haya que me recomendaron pedía ocho mil florines y yo no disponía de ese dinero ni tampoco tenía ninguna posibilidad de reunir esa cantidad, aunque hice de todo para intentarlo. Incluso fui a ver a Padre para mendigarle. Él no disponía de ese dinero, me juró, aunque me di cuenta de que se debatía en una lucha interior.

—Es bastante lógico —comentó más tarde Dolly refiriéndose a la negativa de Padre—. El dinero lo necesitaba él para su propia huida. Se ha pirado.

¿Cómo se había enterado ella de eso?

—Porque lo intenté yo misma, después de que tú no lo consiguieras. Yo sirvo más que tú para ese tipo de trabajitos. Pero el pájaro ya había volado.

—Madre —dije sacando fuerzas de flaqueza—. Chantaje.

Ahí estaba de nuevo aquella palabra, ya tan familiar, tan fácil de pronunciar después de aquellos días de reflexión en los que estuve repasando infinitas veces en mi cabeza una conversación con Madre. Dolly se encogió de hombros.

—¿Tienes pruebas? No tienes la más mínima posibilidad, querida.

Pese a todo, lo intenté. Jamás olvidaré el suplicio de aquel cometido.

Madre se mostró arrogante.

—Ahí la tratan estupendamente, le irá bien, aprenderá la lección. No le falta de nada. Además, yo le envío un paquetito cada semana. De forma anónima, claro. Ya mismo la tendrás de nuevo delante de tus narices. No te preocupes. Ya os daréis cuenta de que los alemanes no son los peores.

Guardé mi instrumento de presión para el final. Pero Madre me interrumpió. Bastaron unas cuantas palabras. Ella sabía hacia dónde quería ir yo.

—Intenta aportar pruebas. Y yo que tú me andarías con cuidado. No vaya a ser que te encierren a ti también. Y te contaré algo más, jovencita. Aunque se lo creyeran, aunque pudieses demostrarlo, a mí no me afectaría. Padre era judío, no lo olvides. Y, bueno, si quieres saber la verdad, el padre de Érica no. Me bastó con un judío. Y ahora vete a casa tranquilamente. Tu querida amiga volverá dentro de un par de semanas. Y así podréis...

No la dejé terminar, porque de haber acabado la frase, la habría agredido y habría quemado mi último cartucho.

—Pero si es tu hija, Madre —le supliqué a pesar de que esas palabras casi me asfixiaron.

—Sí, claro, y no veas cuántas alegrías me ha dado esa hija. Cría cuervos... Tantos sacrificios para nada. Me he pasado toda la vida luchando por ella... la mejor educación... las mejores escuelas...

—Érica es muy consciente de ello, Madre. Se refiere a ello con frecuencia.

Y continué con mi traición, porque eso es lo que era. Érica no debía enterarse jamás de esta visita. Mis palabras falsas surtieron cierto efecto sobre Madre. Su estado de ánimo mejoró a ojos vistas y pasó a hacerse la madre no reconocida pero resignada con su suerte.

—Mira, Bea, tú aún eres joven. Para ti es difícil de entender, hija, pero para una madre ningún sacrificio es excesivo. Pero si luego no sirve de nada, bueno, te lo digo con franqueza, si además resulta que la hija no es normal... sabe Dios cómo se volvió así, de mí desde luego no le viene. —Se le dibujó en la cara una sonrisilla coqueta—. Bueno, en fin, ya me entiendes. Y jamás recibí ni una muestra de gratitud ni de amor.

Le brotaron unas lágrimas sentimentales.

—Ya, pero a una hija no se la deja encerrada en la cárcel —intenté de nuevo—. Usted tiene influencia, un cargo en el partido.

—Todo se arreglará —repuso Madre apresurada—. No te preocupes.

Más tarde, en casa de Dolly, rompí a llorar y, por primera vez en aquellas semanas, ella se mostró afectuosa conmigo.

—Ay, pobrecilla mía —me consoló Dolly—. ¡Qué desastre! Y qué estúpida majadera es esa mujer. Se ha creído de verdad que tendrán a Érica un tiempo castigada de cara contra la pared y que luego la soltarán.

Sí, Dolly y yo nos hicimos cómplices, casi amigas. Aprendí a apreciarla y ella dejó de menospreciarme.

Las semanas se tornaron meses. La vida se volvió cada día más difícil, pero yo casi ni me enteraba. Yo esperaba; no podía hacer otra cosa. De vez en cuando iba a ver a Dolly. Entonces nos sentábamos frente a su estufita de madera, sin apenas hablar, en la habitación que había sido de Érica.

En febrero se celebró una especie de juicio donde vi a Érica por última vez. Nos sonrió a Dolly y a mí. Poco tiempo después la enviaron al campo de Vught y en abril recibí la notificación de su fallecimiento. Una pulmonía, decía

la tarjeta que saqué del buzón.

Greenwich Village,
enero de 1954

NOTAS

¹ Llama al periódico y diles que estoy enferma. Diles lo que sea, me da igual. (*Todas las notas son de la traductora*).

² Soy medio judía.